Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

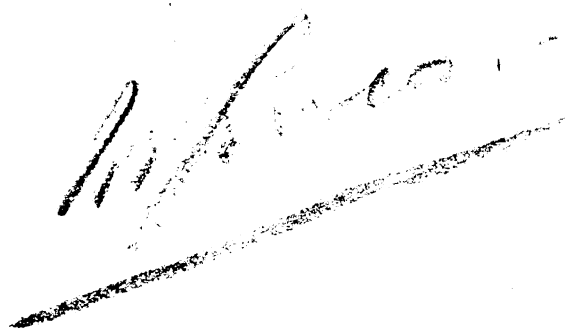
Stanford University Libraries
3 6105 126 579 833

Digitized by Google

Digitized by Google

(1714)

Digitized by Google



Digitized by Google

Digitized by Google

BLASÓN DE PLATA

Digitized by Google

DEL MISMO AVTOR

EN PRENSA

LA RONDA DE LA MVERTE . . . . . 1 vol.
LOS LISES DEL BLASÓN . . . . . 1 vol.

Dirigir los pedidos
á esta casa editora

Digitized by Google

BLASÓN DE PLATA:

MEDITACIONES Y EVOCACIONES DE RICARDO ROJAS SOBRE EL ABOLENGO DE LOS ARGENTINOS • • • • • • • • • •

MARTÍN GARCÍA
: : LIBRERO-EDITOR : :
581 - RIVADAVIA - 581
BUENOS AIRES
: : : : : : MCMXII : : : : : :

Digitized by Google

Digitized by Google

A

LOS DETRACTORES DE MI OBRA

DEDÍCOLES ESTE NUEVO TRABAJO CON

GRATITUD SINCERA

R. R.

Digitized by Google

Digitized by Google

PRÓLOGO

«¿Argentinos? Desde cuándo y hasta dónde, bueno es darse cuenta de ello.»

SARMIENTO

Digitized by Google

Digitized by Google

Argentinos:—hermanos míos en el misterio maternal de la patria—leed este libro, porque sus páginas pretenden esclarecer, como en un mito heráldico, el nombre augural de nuestra tierra, de nuestra raza, de nuestra civilización.

Tienen las patrias su abolengo, como las casas. Conocerlo y amarlo, aun cuando fuera humilde, es ya un principio de grandeza, puesto que es, por sí solo, un principio de conciencia y de fuerza. No empece al heroísmo esa humildad del origen, ni en los próceres, ni en los pueblos. No fué más esclarecido que el nuestro, el de la Grecia que la Iliada *pinta, ni el de la Roma que la* Eneida *canta, ni el de la España que el* Romancero *describe. Se esclareció después, cuando sus libros lo evocaron.*

Americanos:—hermanos nuestros por el pasa-

Digitized by Google

do, por el idioma, por el ideal,—leed también este libro, porque formáis, con nosotros, falange solidaria en el anhelo continental que las inspira.

De nuestras tierras indianas ha salido este libro, como salió la raza de la emancipación; de nuestras tierras ha salido su nombre de «plata» —símbolo de pureza, de abundancia y de paz— como el del pueblo «argentino» cuyo abolengo documenta y blasona, aquí en las riberas del río epónimo donde lo escribí.

Españoles:—hermanos nuestros en el común orgullo de la hazaña ancestral—leed también este libro, porque la proeza del conquistador que en él se evoca, fulge como su león y su castillo, en el cuartel de bronce de vuestros propios blasones.

Libro de amor, de poesía, de misterio, de revelación y de esperanza,—libro sin dogma ni retórica—buscó mi pluma realizar con él, para el Centenario de nuestra emancipación, una afirmación de patriotismo, en armonía con un noble ensueño de fraternidad.

Extranjeros:—hermanos nuestros que vinisteis de lejanas regiones á plasmar, con la tierra de las pampas la carne, el pan, la casa de vuestros

Digitized by Google

hijos,—leed también este libro, porque le anima la esperanza de vuestra propia posteridad.

No en vano va, como lema de este prefacio, aquella interrogación que Sarmiento expresara á su pueblo en el postrero de sus libros que fué como la postrera de sus visiones. Flotaba ya su espíritu—tal el de un dios sobre sus caos,—sobre eso que llamó «los conflictos y armonías de las razas en América»—cuando lanzó la inquietante pregunta, poco antes de morir, él que había sido como la conciencia personificada y viva de la patria.

¿Argentinos?—Desde cuándo y hasta dónde, bueno es darse cuenta de ello... Casi un cuarto de siglo va corrido desde que el maestro lanzó la formidable interrogación, sin que ningún argentino se adelantase para contestarla. Este libro aspira á ser esa respuesta que tardaba en llegar; y no culpéis de arrogante mi propósito, justificado como está por el patriotismo, y por veinticinco años de silencio anterior.

Obra espontánea como forma y libre como pensamiento, sin clasificación científica ni género literario, siéntola mía porque no seguí al trazarla

Digitized by Google

modelos europeos, y se formó en mi propia entraña, toda viviente de emoción y de fe.

No sé si es este un libro de moral, ó de historia, ó de política, aunque en tales materias lo discipliné, y á ellas pedí su documentación por cierto escrupulosa. De ellas habrá menester, igualmente, el lector que desee aquilatarlo en todo el alcance de sus alusiones y de las verídicas anécdotas que refiere. Yo, por mi parte, sólo sé que llegué á su concepción, menos en la frecuencia de otros libros que en la contemplación y meditación de los propios paisajes natales y de los rasgos autóctonos que las tierras nuevas imprimen en los seres que crean. Me han servido de fuentes los cronistas contemporáneos, ó actores de los sucesos que narro: esto y mis obras anteriores garantizan de sobra mi probidad, pues he querido, por elegancia, prescindir de las notas marginales que entorpecen el texto. Por otra parte, no he buscado componer una obra doctrinaria, ó conceptual, ó didáctica, sino un libro de pura emoción, que, como los libros heráldicos, reavívase, por la leyenda ó la historia, el orgullo y la fe de la casta.

Digitized by Google

Habla, pues, en sus páginas—y por instantes canta—la conciencia del país, esa fuerza territorial de nuestras Indias que he bautizado con el nombre d' «el indianismo», y definido en este rápido esbozo. Dénme los argentinos su simpatía, y me habrán dado una parte de lo que necesito para continuar esta desinteresada tarea, en obra más digna de su atención y de su aplauso.

Pensado con sinceridad y escrito con entusiasmo, caldeado como salió de entre mis manos el libro, lo entrego á vuestra benevolencia, lector. Es la obra de un hombre apasionado por el destino de su raza. Es la obra de un poeta inquietado por el misterio de las cosas. Es, acaso, la obra de un místico que confiesa su fe en las ideas y en el obscuro influjo del alma sobre las formas de la vida... He ahí por qué este libro es también un sacrificio y una confesión...

RICARDO ROJAS

Buenos Aires, 1910.

Digitized by Google

Digitized by Google

BLASÓN DE PLATA

Digitized by Google

Digitized by Google

I

El descubrimiento y ocupación de las Indias Occidentales es uno de los sucesos de la historia en que la realidad y la leyenda trábanse en inseparable poema. Objetivaciones quiméricas de la esperanza generaron la acción, y entre los episodios de la proeza realizada, nuevas quimeras á su vez surgieron en la fantasía de los paladines, para alentar la esperanza. Desde la ribera de las primeras islas que Colón ocupara, hasta las últimas reducciones indígenas en las zonas recónditas de América, un hálito de superior misterio religioso embellece el camino de los conquistadores, auspiciando unas veces el destino de los pueblos que ellos fundaban, ó señalando en otras con

Digitized by Google

su preclara excelsitud, la singular grandeza de semejante aventura.

Vencido el océano maravilloso por las tres carabelas del almirante, quedaba aún, para quienes después siguiesen el camino que se llamó en su tiempo la ruta de los Pinzones, abierto un vasto mundo desconocido, en cuyo ámbito, misterioso como el ya transpuesto océano, hallarían realidad transitoria las fabulosas comarcas descritas por los cosmógrafos antiguos, y tendría su asiento la fantástica fauna que imaginaron poemas y teogonías.

Al realizarse la conquista, el espíritu de Europa llegaba á la cima de aquella exaltación que comenzara con el Milenario y las Cruzadas. El bélico trasplante había puesto en comunicación el alma soñadora de las huestes del norte con la sensual mitología de los pueblos del sur, y fecundándose ambas en el contacto recíproco. La cristiandad de occidente, agolpada de pronto en los umbrales del Asia, había contemplado un instante la vida esplendorosa de las razas orientales. La obra escrita de los noveladores, debía llevar más tarde, desde sus fuentes populares hasta el ocio

Digitized by Google

galante de las cortes, el hálito de las leyendas célticas, que idealizaban el amor y la guerra. Los sabios, cediendo á influjos de la civilización arábiga, construían una ciencia que confinaba con la astrología, la alquimia y la magia, el tonsurado erudito renovaba en la paz de su convento la visión pagana del clasicismo, en la cual no faltaban ni las profecías geográficas de Séneca; ni los seres biformes de Ovidio. El viajero que volvía de Constantinopla ó de la India, relataba sus aventuras, acicatando fantasías y voluntades en un fácil mentir de las estrellas. Tan formidable raudal de ensueño, corrió fertilizando la sazonada tierra de la caballería y de la mística, condición generosa de aquellas sociedades; y al pasar á las Indias recién descubiertas, no hubo ficción antigua que aquí no pareciese probable, ni patraña nueva que resultase imposible á la mente exaltada del paladín.

La superstición popular que prestaba las más raras encarnaciones al diablo y poblaba su torvo sueño de cópulas nefandas y licantropías; la tolerancia inquisitorial, que sin poner reparo en lascivias y gentilidades, había dejado cundir los libros de caballería entre el vulgo; los anacronismos

Digitized by Google

de que estaba plagada la historia y que actualizaban los personajes más arcaicos, como las vestiduras modernas en los cuadros de los primitivos; y por fin la deforme cartografía de un continente mal explorado: todo ello hizo posible las creaciones absurdas que alternan con el episodio verídico, en las páginas de los cronistas coloniales. No sé que descubrieran éstos, cosa tan espantable como el pájaro Rock, que Johan de Mandeville vió en los dominios del Preste Juan, según nos los refiere en «libro de las maravillas del mundo». Tampoco sé que hallaran cosa tan singular como la estatua de sal de la mujer de Lot, quien se hincha cuando crece la luna, según la viera cerca del Mar Muerto el infante don Pedro de Portugal, «cuando anduvo las cuatro partidas del mundo». En cambio, otros seres que la imaginación de los pueblos ó de los poetas había fingido en Europa, surgieron al paso de los conquistadores en América, sea forjados por su espontáneo desvarío, ó tramados por los embelecos y hechicerías de los naturales. Entre los escritores de la época, Diego Andrés Rocha, en su tratado sobre el «Origen de los indios», autorizándose en el padre Torquemada, asegura que en Méjico, antes de los toltecas «habitaron aquella tierra

Digitized by Google

gigantes». Vargas Machuca, en su «Milicia Indiana», habla de tal toro extraño con un solo cuerno en la frente, y de un grifo que persiguió á cierto soldado de Venezuela por el monte hasta la ribera de un río; y de otro engendro que nació en Chiquinquira, mitad hombre, mitad bestia—en los cuales no fuera difícil reconocer á los espantables unicornios y monstruos nefandos que han dramatizado romances y hagiografías. Así todos los mitos caballerescos y religiosos del viejo mundo cobraron imprevista vitalidad en el nuevo. Insulas improbables, antes holladas sólo por Cifares y Palmerines, se hicieron reales entonces bajo la planta de Gonzalos y Hernandos. Los tres reinos de los libros legendarios dieron aquí su flor tangible en el oro de las minas encantadas; en las hierbas que ofrecían un sueño dulcísimo, y en la piedra bezoar cuyas virtudes describiera Monardes y Carlos V aprovechara. Bien cabía todo ello en el vasto continente que se había alzado más allá de la sumergida Atlántida y de la Thule nebulosa para justificar el diálogo griego del Timeo, ó el verso latino de la «Medea»:

Nec sit terris ultima Thule.

Digitized by Google

Ophires y Dorados harían resplandecer su promesa falaz en el brillo de las tardes tropicales ó en el reflejo de los densos légamos, bajo tórridas frondas; promesa casi siempre desvanecida ante el sueño obstinado del Conquistador, y sólo alguna vez rendida en premio por los tesoros solares del Cuzco ó por la pompa de oro de los Quimbayas. Pactolos y Juvencias mojarían sus arenas auríferas y sus selvas floridas, ofreciendo fortuna y salud á esas dos únicas fatalidades del hombre que son la inopia y la vejez. Y entre el esplendor de esos mitos geográficos que embellecen con su leyenda la realidad del poema indiano, la hueste de Castilla vió pasar nuestro Río de la Plata, cuyas ondas turbias de limo, anticipaban en su color entonaciones cálidas del bronce, si no blancuras del metal buscado. Durante los primeros lustros de la ocupación española, el Río de la Plata fué, con su promesa que los siglos no han defraudado, el punto de convergencia de los navegantes que llegaban desde el oriente en los galeones de Sanlúcar, y de los caballeros de occidente, en quienes se había desmigajado la banda de Pizarro sobre este lado de los Andes. Tal ha sido la leyenda heráldica del solar

Digitized by Google

donde se generó nuestra estirpe: las aguas del gan río la bautizaron con su nombre «argentino»; ellas fecundaron su pampa ó ritmaron su historia, y desde la génesis al destino, todo fué presidido por el auspicio de la generosa quimera fluvial.

II

El encanto de la leyenda originaria se ha desvanecido para el propio pueblo que recibió de ella su nombre. Restaurar nuestro *blasón de plata,* con el testimonio de los viejos cronistas, en el instante en que ese pueblo afirma su conciencia colectiva é interroga su porvenir, es obra de verdadero indianismo, ya que tuvo la suerte de reunir cuna, bautismo y augurio, en cosa tan estable como este occidente de su propio territorio.

Otros mitos geográficos de América han conservado para nosotros el prestigio de los siglos iniciales, así el valle de Jauja, ó la ciudad de los Césares, ó el imperio de las Amazonas. El primero

Digitized by Google

rueda en proverbios; la segunda no fué encontrada jamás; y el último, tras de infructuosas expediciones, dejó su nombre á un río. Acaso la distancia ó la naturaleza exuberante, ó el no haber sido esas comarcas centro de nuevas civilizaciones, ó el misterio que las envolviera, por quiméricas á unas y á otras por antiguas, han contribuído á mantener el primitivo encanto de aquellas leyendas. Las tres nombradas líganse, no obstante, al núcleo de nuestro mito fluvial. De aquí partieron los angustiados expedicionarios que en tiempo de Alvar Núñez fueron á buscar el imperio de las Amazonas; de aquí los que buscaban en los Andes patagónicos la opulenta ciudad de los Césares, y en el valle de Jauja ubicaron algunos geógrafos indianos los manantiales de nuestro río...

Cieza de León describe en su «Crónica del Perú» la palude Bombón, donde, «según se tiene por cierto, nace el famoso Río de la Plata». El raudal de sus aguas cruzaba el valle de Jauja, y después de recibir el tributo del Parcos, del Blicas, del Abancay, del Apurimac, del Jucay, llegaba á nuestro mar, «donde andaban cristianos españoles». Jauja, que sus ondas regaban, era un valle ferti-

Digitized by Google

lísimo, que guardaba el recuerdo de esplendores pasados. Los huancas que lo habitaban procedían de una estirpe sobrenatural, engendrada por dioses en la fuente divina de Guaribilca. Hubo junto á ella uno de los más suntuosos templos del Sol; casa de las vírgenes; aposentos del rey; despensas de la corte; molles sagrados; aras del sacrificio; ocho mil indios al servicio del templo y de los palacios señoriales; artífices que labraban en oro y plata los vasos sacerdotales y la vajilla del Inca. Los huancas ancianos recordaban por tradición, que, en épocas aún más remotas, las tribus del Jauja vieron decaer sus demonios familiares, y aparecer en lo alto cinco soles radiantes, á cuya vista los demonios huyeron, dando alaridos, y abandonaron para siempre su valle...

Tales fueron, por algún tiempo en la historia, las fuentes fabulosas del río donde ha tomado nuestra estirpe su nombre. Cieza de León escribía hacia la mitad del siglo XVI. Varios lustros contaban desde que, por el lado del Atlántico, Iralas y Gabotos comenzaran su exploración. Más tarde esta leyenda dejaría de orientar paladines, y las noticias se harían, lejos de su sede, algo menos

Digitized by Google

confusas. Entre los que habían militado por el lado del Pacífico, Vargas Machuca, vecino del Nuevo Reino de Granada, escribiría en Madrid al concluir el mismo siglo: «Los ríos más grandes de aquella parte de las Indias son cuatro», y mencionaba el Amazonas, el Magdalena, el Marañón y el Río de la Plata; y á éste último le describía diciendo: «Nace en una sierra espaldas del Tucumán; corre de huída más de doscientas leguas; desagua en el mar del norte entre el estrecho de Magallanes y el Brasil; tiene su boca más de veinte leguas». La descripción era lacónica, pero no precisa; mas la costa que corre desde el Río Grande al Estrecho, ubicaba suficientemente una extensión de veinte leguas dada la confusa cartografía de la época y el genio de esos navegantes para quienes fueron los viajes aventura por mares quiméricos, á la busca de tierras imaginarias.

La fama de aquel río que hacía remontar su corriente en busca de tesoros interiores, debía llegar magnificada, no sólo á España, sino á las otras comarcas del continente. El «Paraná-guazú de los indígenas», el «río grande como mar», tomó nombre de «Dulce» á la llegada de Solís. «El Mar

Digitized by Google

de la Tradición» llamáronle algunos más tarde, en memoria del arriesgado piloto, que, buscando un camino para el mar de Balboa, pereciera en sus costas á manos de los charrúas. Río de la Plata llamáronle después por los discos labrados de ese metal que Gaboto recibiera de los indígenas, corriente arriba del Paraná. Entonces comenzó, sin duda, la alucinante leyenda, estimulada por los informes de los indios y la fantasía de los conquistadores, propensa á la sazón, como se ha visto, á todo género de desvaríos, hasta que el río dulce de Solís, que era uno entonces con el Paraná y alguno de sus afluyentes, llegó á transfigurarse en un verdadero mito fluvial. La «Historia de las Indias» de Gomara, publicada en Zaragoza el año 1552, descríbele tal como debían concebirle los españoles que traqueaban tierra de América hacia los rumbos de la Nueva España ó el Yucatán. No importa que su testimonio sea en este punto deleznable para la historia, porque confunde fechas y descubrimientos, pues tal cosa no invalida esa página como versión de una fabulosa noticia. Hablábase de formidables querandíes antropófagos, habitadores de sus costas, longevos que vivían

Digitized by Google

ciento cincuenta años, ágiles jayanes que vencían á los venados asiéndoles por los cuernos. Pronto se convirtieron aquéllos en verdaderos gigantes, como esos de los cuentos maravillosos. El mismo Ruy Díaz de Guzmán, que vivió en el Río de la Plata, relataba pocos lustros después de los sucesos, que Magallanes, de paso para el mar de Balboa, había conseguido apresar, por manos de arcabuceros, tres de esos gigantes; pero, desgraciadamente, al traerlos á bordo de su navío, dos consiguieron huir, y el tercero, preso en la bodega, pereció de rabia. Comentábase también la prodigiosa feracidad del suelo, probada por cincuenta granos de trigo, que sembrados en septiembre por Gaboto, rindieron cincuenta mil en diciembre. Referíase de hallazgos de metales, de perlas, de piedras preciosas; acaso los mismos realizados por los conquistadores del Perú, pero que relatados de los indios del interior á los soldados que se arriesgaban aguas arriba ó continente adentro, iban á España y volvían á los varios núcleos de la conquista por diversos caminos. Afirmaba Gomara que las aguas del Plata crecían como las del Nilo, y estaban regidas por un común movimiento. Ase-

Digitized by Google

gurábase, en fin, de peces-puerco que vivían en su cauce, y de peces-hombre, iguales en un todo á la figura humana; quizá tritones y sirenas que los soldados de Sancti-Spiritu habían visto en las noches de luna sobre el curvado movimiento de la onda mórbida y plateada.

La mágica leyenda debió desvanecerse al paso de los exploradores, pero el mito geográfico del Plata había cumplido con su destino. Navegantes y conquistadores, atraídos por él, dejaban pueblos fundados y comarcas reconocidas, para servir de base á nuestra civilización. La plata no existía; pero el trigo sembrado por Gaboto demostraba la probabilidad de crear, á cambio del metal quimérico, por el grano dorado de la espiga, riquezas nuevas en la pampa feraz. Nadie volvió á ver en sus márgenes, ni perlas, ni gigantes, ni sirenas; pero Buenos Aires quedaba fundada. Del propio nombre del Plata se había derivado ya el nombre que designaría la tierra inmediata y el pueblo futuro que lo habitare. Barco Centenera iba á unir por la primera vez, en los versos precarios de su poema, las palabras «Río Argentino», «Reino Argentino», «Gobierno Argentino»... Perdonémosle

Digitized by Google

sus deplorables octavas, al único poeta que la hora militar podía permitirnos, ya que su musa adivinó y cantó, entre el tumulto de las armas, el influjo caracterizante de nuestra tierra indiana, y el nombre de la patria que sobre tanta soledad iba á fundarse.

III

La influencia epónima del Plata, no sólo se extendió á la cuenca geográfica de sus ríos tributarios, sino á zonas lejanas é interiores de la colonia española, que en nuestro suelo floreció. Platina, ó argentina, fué la cercana tierra del Uruguay, desde la opuesta orilla hasta la linde litigiosa de la colonia portuguesa. Argentinos fueron el Chaco, el Paraguay y las Misiones, por el régimen de sus aguas y el origen fluvial de su conquista. Argentinos fueron el Alto Perú y el Tucumán, si no por el Bermejo, el Carcarañá ó el Salado que desde allá descendían, al menos por el

Digitized by Google

camino que la hueste de don Diego de Roxas abrió hacia el Atlántico, derivándolas de las zonas incaicas que eran su núcleo tradicional. Argentino llegó á ser el país de Cuyo, no obstante el origen chileno de sus fundaciones, por demanda de sus propios habitadores, los cuales, al crearse nuestro virreinato, invocaron razones geográficas para entrar en la nueva jurisdicción. Argentina ha llegado, por fin, á ser la Patagonia, incorporada, casi en nuestros días, á los núcleos antiguos y perdurables de nuestra civilización nacional. La agrupación de esas diversas regiones en la unidad de un nombre y de un gobierno, apareció definitivamente formada al crearse el virreinato del Plata. A pesar de ulteriores segregaciones ó vacilaciones regionales, tal ha sido la base de nuestra conciencia territorial.

No fueron las comarcas ribereñas las que se mantuvieron más fieles al nombre «argentino» tomado de las aguas que las humedecían. Proceso laborioso ha seguido á través de los cuatrocientos años de nuestra historia, la conciencia del nombre originario, en los pueblos que constituyen nuestra república. Las necesidades de la guerra en

Digitized by Google

el período de la independencia, ó el extravío del federalismo, en tiempos de la organización, la borró totalmente en los unos, generando desmembraciones lamentables, ó la hizo debilitarse en los otros, comprometiendo la unidad nacional. No fué Buenos Aires—la ciudad predestinada y antigua como el mito del Plata donde surgiera,—la que mejor mantuvo el culto del nombre augural. Hubo un instante en que las vanidades regionales, ó las pasiones de la lucha interna, ó el olvido de los orígenes comunes, la llevaron á constituir el «estado de Buenos Aires», segregado de aquella confederación, que fiel al recuerdo de los ríos natales, siguió llamándose «Argentina». Pero la temeraria veleidad tuvo efímera suerte, y los pueblos volvieron á integrar la unidad, ante la invocación de la palabra talismánica. En el seno de esa conciencia «argentina» , generada por nuestro propio territorio, habíamos visto disolverse también la «República Cisplatina» de Ramírez, y la «República Tucumana» de Aráoz, durante los sangrientos desvaríos de la contienda federal ...Por yo no sé qué misteriosa tradición, son las comarcas mediterráneas de nuestras dos provincias de Córdoba y San-

Digitized by Google

tiago, las que, desde los albores del siglo XVI hasta nuestros días, han constituído el núcleo más firme de la tradición «argentina», y mantenido, á pesar de las vicisitudes de la historia, la continuidad no interrumpida de nuestro nombre fluvial. Entraña de la patria, ellas conservaron el núcleo de conciencia territorial en el espacio, y la unidad de conciencia histórica á través de los tiempos. Ellas no fueron chilenas en su origen, como Mendoza, La Rioja, San Juan y San Luis; ellas no sintieron la tentación de la autonomía, como Buenos Aires, Entre Ríos y Tucumán; ellas no abandonaron el hogar primitivo como Bolivia, Paraguay y Uruguay; ellas fueron desde los orígenes coloniales teatro de una ocupación efectiva y centro de expansiones militares ó espirituales de españoles, y no una dependencia quimérica del Plata, como lo fué la Patagonia hasta la conquista del desierto —todo ello destino accidentado que tocó en suerte á nuestras regiones fronterizas ó litorales, hasta llegar á la definitiva constitución de la conciencia y del territorio argentinos.

Dejo para los dos parágrafos siguientes, el exponer cómo la conciencia chilena de Cuyo se trans-

Digitized by Google

formó en conciencia argentina, y cómo se impuso á los hombres del Plata la urgencia de extender hasta la desierta Patagonia la ocupación efectiva de nuestro territorio.

Pero mientras á fines del siglo XVIII la idea de la territorialidad argentina realizaba esas expansiones por el oeste y el sur, ella debía sufrir diminuciones por el oeste y el norte, al comenzar el siglo XIX. La violencia política iniciada por la Junta de mayo bajo el ministerio febril de Moreno, y la inhábil acción militar realizada por Castelli en el Alto Perú, por Belgrano en el Paraguay y por Rondeau en Montevideo, comprometieron la unidad «argentina» del virreinato. Complicado el problema teórico de la revolución por el estado anormal de España fluctuante entre la doble autoridad del rey depuesto y de la Junta de Cádiz, y la situación revolucionaria del Plata, que fluctuaba también entre el virrey destituído y la Junta de Buenos Aires, no se acertó á despertar en cada una de aquellas provincias el verdadero sentido de la emancipación «indiana» y de la solidaridad argentina. Al grito de «¡Viva la libertad!» que acababa de resonar en Buenos Aires, contestó como

Digitized by Google

un eco inverso el «¡Mueran los porteños!» que porrumpió en la Asunción la pública alarma ante la actitud amenazadora de Belgrano; en el Alto Perú la población azorada ante la conducta demagógica de Castelli; y en Montevideo el viejo recelo de vecindad, transformado de pronto en anhelo de independencia por el espíritu localista de Artigas, que alzó bandera propia entre la deserción porteña de Rondeau, ordenada por la Junta de mayo, y la invasión portuguesa de Souza, desesperadamente solicitada por Elío. Así perdimos á Montevideo, á la Asunción, á Charcas, á Potosí, á Cochabamba, á Santa Cruz, á Tarija, á La Paz. Y años más tarde, la guerra con el Brasil en teatro uruguayo, la creación de la nueva República de Bolivia y la alianza contra el Paraguay, consagraron ante América, la dolorosa segregación...

Fué uno de los sueños de Rozas, reconstituir el virreinato que las guerras de la emancipación así desmembraron. El profundo instinto indiano y la vasta conciencia territorial que caracterizaron á este gaucho hermoso, á este jinete de las pampas, á este dominador de los pueblos del Plata, manifestáronse con caracteres geniales en aquel

Digitized by Google

proyecto y en su plan de ocupación patagónica y en su constante defensa de la soberanía argentina. La reconstrucción soñada no hubiera podido realizarse en esa época. Anarquizado entonces, sin prestigios y pobre nuestro país, despoblada la extensa tierra, sin comunicaciones el desierto, demasiado cercanos los rencores que la guerra engendra y aún no abierta á ideales de concordia la razón pública ni el alma de los dirigentes,—el interés de estas naciones estribaba en el aislamiento. Pero la restauración territorial que no pudo hacerse entonces por las armas, han de realizarla pacíficamente poblaciones más densas y cultas, en un futuro que no está lejano. La propia gravitación de los factores económicos, de las ventajas militares y de los ideales indianos, ha de traer á Bolivia hacia el Atlántico, ligándola sin solución de continuidad á nuestras sociedades de Jujuy y de Salta; ha de traer al Paraguay hacia Buenos Aires por el mismo Paraná que remontaron los conquistadores; ha de traer al Uruguay hacia la Argentina en salvaguarda de su propia soberanía y de la integridad de las aguas comunes; y las cuatro repúblicas han de constituir en esta parte de América, bajo el

Digitized by Google

nombre nuevo de «Confederación del Plata», la unidad territorial y civil que otros siglos vieron en la cuenca de nuestro río legendario.

IV

La base territorial del pueblo argentino, fué formándose, según se ha visto, por la agregación de nuevas comarcas mediterráneas al primitivo núcleo fluvial. Una de las postreras en incorporarse al Plata fué la de Cuyo, pues la región andina, señoreada por las ciudades de Mendoza, San Juan y La Rioja, perteneció en sus orígenes al reino de Chile, bien que éste como Buenos Aires estuviese sometido á las autoridades del Perú. Rescriptos de don Felipe III, al organizar en 1609 la audiencia y chancillería real de Santiago, dábale por jurisdicción «así lo que ahora está pacífico y poblado, como lo que se redujere, poblare y pacificare dentro y fuera del estrecho de Magallanes y la tierra adentro, hasta la Provincia

Digitized by Google

de Cuyo inclusive». Dicha ley, que Felipe IV ratificara, no era sino la consagración imperial de un hecho ya consumado por las armas. Don Pedro de Valdivia, al fundar á Santiago del Nuevo Extremo, en 1541, habíale señalado hacia el oriente una jurisdicción que tramontaba los Andes. Bajo el gobierno de don García Hurtado de Mendoza, hijo de un virrey del Perú, tal jurisdicción se hizo efectiva por la fundación de Mendoza y otras ciudades, realizando con ello el propósito entonces continental, de unir en el corazón del territorio argentino, las tres corrientes colonizadoras, que venían del Plata, de Chile y del Perú. Mientras Hurtado de Mendoza dominaba al rebelde Caupolicán y echaba cimientos de nuevas ciudades en Arauco vencido, enviaba capitanes suyos á conquistar la otra vertiente andina, llegando algunos como Juan Pedro de Zurita, fundador de Londres, hasta el lejano Tucumán, donde Francisco de Aguirre, venido también de Chile, fundó á Santiago del Estero, hoy la más vieja de las ciudades argentinas. Soldados que más tarde poblaron á San Juan, á La Rioja, á San Luis, todos vinieron del Pacífico; y por eso llamábase al país de Cuyo, el «Chile

Digitized by Google

Tramontano» ú oriental. Las encomiendas de los indios y la población mestiza, llevaban los mismos apellidos españoles en una y otra falda de los Andes. A mediados del siglo XVIII, la jurisdicción oriental del reino de Chile se extendía en tierra argentina, doscientas leguas sobre los valles que descienden al Plata, siendo sus límites imprecisos, el Tucumán hacia el norte, y al sur los Andes Patagónicos hasta las aguas del estrecho.

Pero he aquí que al comenzar el siglo XVIII, surgió una rivalidad imprevista entre los pueblos cuyanos y chilenos, á pesar de los comunes orígenes. La acción conjunta de los conquistadores, que fué necesidad estratégica del primer siglo en ambos lados de los Andes, había traído, con el sojuzgamiento de la tierra indígena y su habitante, encomiendas de indios, cultivo de viñas, ó explotación de metales, cuyo régimen económico fué distinto, según prefiriese en el intercambio de sus productos, la senda mulera de los Andes al Callao ó el camino carretero de las Pampas al Plata. Mendoza, capital inmediata de Cuyo, prefirió lo segundo. Su Cabildo, justicia y regimiento, presentaron á su majestad, en 1709, un memorial ex-

Digitized by Google

tenso, donde solicitaban que se les separase del reino de Chile y se les agregase á la jurisdicción argentina del Tucumán. Argüían los cuyanos en su queja al rey, que las autoridades de Chile, con violencia de las leyes, llevaban en gran número naturales de su tierra para encomendarlos á feudatarios de Santiago; señalaban los recargos de trabajos y padecimientos que esa emigración forzosa de indios traía aparejada para los que permanecían en el país; lamentábanse de la excesiva contribución pagada á Chile por el transporte de vinos y aguardientes con que proveían á esta parte de América; y protestaban, en fin, de la falta de solidaridad con que las autoridades transandinas administraban sus intereses, abandonándoles á sus propias fuerzas y protegiendo á los de Chile con todo género de pitanzas y favores.

Como tales cargos no iban acompañados de comprobaciones, el rey solicitó por diversas cédulas, el dictamen del señor obispo de Santiago, el de la Audiencia de Charcas y posteriormente el de don Manuel Amat, virrey de Lima en 1775. Llegábamos ya á las postrimerías del siglo, y para remediar la administración de tan extenso virrei-

Digitized by Google

nato como fué el primitivo del Perú, hablábase de crear otro nuevo, cuya sede estaría en el Plata. La cuenca del gran río, iba á imponerle nombre, capital, jurisdicción y régimen á la nueva división que crearon en las Indias los monarcas de España. Y aunque la nueva autoridad implicaba una diminución de la suya, el virrey Amat aconsejó al rey que pasaran al Plata, no sólo la provincia de Cuyo, «sino todo el reino de Chile».

Anticipábase quizá el virrey á un hecho que si no era factible entonces, habrá de realizarse en lo futuro, ó comienza ya á realizarse. La creciente influencia económica y moral del Plata, así como las conveniencias morales y económicas de Chile, terminarán por traerle hacia el Atlántico, que es el océano de la civilización cristiana á la cual pertenecemos, y cuya costa de América ofrece el espectáculo de las ciudades más cultas, más ricas, más laboriosas, más progresivas, que hayan florecido en nuestro continente. Los Andes levantaron entonces su enorme valla para señalar el límite de las dos jurisdicciones; pero hace pocos días los obreros que picaban la piedra desde las dos faldas antes hostiles, se han encontrado en lo negro del

Digitized by Google

túnel concluído, con abrazos de fraternidad y gritos de gloria. El nuevo camino suprime la áspera muralla, cuyo tránsito fué penuria de Aguirre y proeza de San Martín. Cualquier viajero del arenoso Plata podrá mañana en pocas horas pasar los Andes y escuchar en el acantilado de sus lejanas riberas, el canto del mar Pacífico. Chile vendrá algún día por tan fácil camino, trayendo la solidez militar de su independencia y la austeridad montañesa de su carácter, á esa soñada «Confederación del Plata», que ya preludian en sus márgenes pacificadas, la tradición y el destino del ancho río civilizador.

El Cabildo, justicia y regimiento de la ciudad de Santiago, protestaron, empero, de la anunciada desmembración, defendiendo por suya la provincia cuyana, invocando supuestas ventajas que en ello había para la corona y sus Indias. Objetaron que nadie cuidaría mejor de sus intereses que el propio reino andino; y agregaron que en caso de guerra civil ó sublevaciones araucanas, ellos necesitaban autoridad militar en Cuyo, para requerir auxilios inmediatos. A pesar de tales razones el virreinato del Río de la Plata fué creado en

Digitized by Google

1776, desmembrando de Chile la provincia cuyana, como sus propios habitantes lo habían solicitado. Así la metrópoli, siguiendo los rasgos naturales de nuestra fisonomía indiana, bosquejó el territorio de la futura república, y organizó bajo la hegemonía de Buenos Aires, las desnudas pampas del Plata, la llanura montuosa del Tucumán, la formidable montaña de Cuyo y la desierta Patagonia, aún misteriosa entre los Andes y el mar.

V

Durante varios siglos, fueron las tierras patagónicas algo así como una ínsula quimérica sobre la cual España sólo ejerció un imperio nominal. Las cartas administrativas del virreinato dábanla en jurisdicción á Buenos Aires; mas á pesar de su extensión, escasos accidentes dibujaban la desolación de sus mapas, inexplorada como la alcanzó, el siglo XVIII, desde la móvil y peligrosa frontera hasta el remoto piélago de las

Digitized by Google

islas magallánicas. Flor de esas latitudes de misterio, fué la leyenda de los Césares, esa ciudad encantada de los Andes que inspiró por dos siglos tan desvariadas empresas, como en el norte de América la áurea leyenda de El Dorado.

La más antigua expedición de que yo tenga noticia fué la de Hernandarias de Saavedra, quien expedicionando por tierra la costa del Atlántico, salió de Buenos Aires en 1605 y llegó hasta la Bahía Sin Fondo. Según Ruy Díaz de Guzmán, estos expedicionarios de la Patagonia salieron «en busca de la noticia que se dice de los Césares, sin que por aquella parte descubriesen cosa de consideración, aunque se ha entendido haberla más arrimada á la cordillera que va de por el estrecho, y no á la costa del mar, por donde fueron descubriendo.» Pero el mismo historiador, en el capítulo VI, afirma que los soldados de don Diego de Roxas, á mediados del siglo XVI, oyeron hablar á los comechigones de Córdoba, «de cómo á la parte del sur había una provincia muy rica de plata y oro á quien llamaban Yungulo, que se entiende ser la misma noticia que en el Río de la Plata llaman «los Césares», tomado del nombre de quien

Digitized by Google

la descubrió». Tales últimas palabras hacen pensar que esa leyenda de la ciudad encantada, si es que tuvo algún origen verídico, debió generarse desde los primeros años de la conquista del Plata, en aquella expedición que Gaboto mandara de «Sancti Spiritu» al interior, bajo las órdenes de un español denominado César. Después de haber cautivado éste la amistad de pueblos indígenas en valles y montañas cuyo nombre no recuerda la historia, César volvió á la fortaleza, pero la encontró deshecha y despoblada por la cruenta sublevación de los timbúes, la tribu de Mangoré enamorado. Gaboto ausente y Nuño de Lara muerto como precio de Lucía Miranda, el soldado de la intrépida expedición reemprendió su camino, á capitanear conquista propia con las propias espadas. Dicen que peregrinó hacia occidente; que pasó por tribus de lenguas y costumbres diversas; que subió á lo alto de una cordillera nevada desde la cual se veía por cada banda de los montes un mar; que volvió por Atacama hacia el norte, y así llegó, inopinadamente, á la ciudad del Cuzco, donde Francisco Pizarro acababa de prender á Atahualpa. Gonzalo Sáenz Garzón, que fué de la conquista

Digitized by Google

del Perú, avecindado más tarde en el Tucumán, dijo á Ruy Díaz haber conocido en la ciudad de los Reyes al heroico expedicionario, de cuyos labios oyó el relato de esta aventura, conocida generalmente desde entonces con el nombre «de la conquista de los Césares».

Tales protagonistas que superaban con el esfuerzo de su brazo la más alta hazaña de los viejos poemas; la fantasía de la época exaltada aún más en el ámbito virgen de las breñas indianas, y la ingenuidad de las tribus que en el comercio accidental de sus correrías se comunicaban la nueva de tan extraños invasores; todo eso junto, llevaba de unas zonas á las otras el eco de la conquista, desfigurando el hallazgo ó la proeza en doradas visiones de hechicería y de fortuna. Así, probablemente, la excursión temeraria de los Césares transfiguróse en esa encantada fundación patagónica, donde los hombres eran inmortales y fastuosa la vida. Infructuosas expediciones la buscaron; indios ingenuos ó maliciosos dieron en los Andes el testimonio de su existencia; hombres doctos y graves prestaron crédito á la seductora patraña; y de este modo la leyenda, embellecida por el misterio

Digitized by Google

y el tiempo, llegó documentada hasta nosotros, en la información encomendada por la corte de España á las autoridades de Chile. Necesitábala el rey á fin de resolver una solicitud de don Manuel Josef de Orejuela, que en 1678 pedía auxilio de tropas y dinero para emprender la conquista del fabuloso reino patagónico.

Diversos orígenes fueron atribuídos á la ciudad de los Césares. El padre Lozano, en una carta dirigida al padre Juan de Alzola, creíala fundada por sobrevivientes de un barco que naufragó en la costa magallánica; y ésta fué en su tiempo una de las opiniones más difundidas. Don Agustín de Jáuregui, presidente de Chile, dirigiéndose al virrey Amat, afirmaba que según la información levantada entre los indios por don Ignacio Pinuer, intérprete general de Valdivia, los Césares eran cristianos huídos de la ciudad de Osorno, que los araucanos arrasaron en 1599. Casi todos considerábanla población de españoles; pero un memorial presentado por el jesuíta José Cardiel al gobernador y capitán general de Buenos Aires, en 1746, «sobre los descubrimientos de las tierras patagónicas en lo que toca á los Césares», cuenta de

Digitized by Google

una cautiva española que llevada una cierta vez por los indios hacia el sud-oeste, encontró una ciudad de gente blanca y rubia: los creyó castellanos, pero oyó con sorpresa que hablaban una lengua incomprensible, diversa de la suya. La propia ubicación de los Césares variaba en los distintos testimonios: unos la decían frente á Chiloé, otros en una abra de los Andes; cuales en un lago altísimo que se cree fuese el Nahuel Huapí; quienes á la ribera de un río volcánico. Hubo geógrafos, según don Pedro de Angelis, editor inteligente de esos documentos, que la ubicaban en la cordillera nevada entre los grados 45 y 50 de latitud austral. El indio Guechapague, de la nación Huiliche, hablando en 1781 con don Fermín Villagrán, capitán en la reducción de Maquegua, aludió, sin embargo, á un paraje denominado Milecí, sobre la ribera del mar Atlántico. Hasta el número de esta ciudad se multiplicó. El padre Lozano en la susodicha carta, habla de tres: la del Muelle, la de los Sauces y la de Hoyos, que era la más populosa. No faltaba ni siquiera la descripción del camino para llegar hasta ellas. Silvestre Antonio de Roxas, que fué cautivo de los indios pehuelches, había presentado

Digitized by Google

al rey, en 1707, su «Derrotero de un viaje desde Buenos Aires hasta la ciudad de los Césares, que por otro nombre llamaban la Ciudad encantada». Y tales itinerarios desconciertan, no sólo porque nombres serios autorizan las más disparatadas noticias, sino porque la ruta descripta se puntúa al comenzar en sitios reales como el Tandil, Guaminí, Tunuyán, hasta llegar á un valle ameno donde habitan los indios Césares, todos de gigantesca estatura, después del cual la prohibida senda que conduce á la Ciudad encantada, piérdese en lo inhallable de las tierras quiméricas.

Como se ve, las noticias eran contradictorias y el camino difícil. Entre tantos convencidos é impostores que sobre este mito escribieron, algunos datos acordes permiten imaginar la vida de la ciudad suntuosa. En la encuesta que entre los indios levantara el intérprete Pinuer, deponen los caciques Quaiquil, Marimán, Artillanca, Rupayán, Guedacoy, y ellos como tantos otros, repiten la descripción de la ciudad nunca vista y por ningún extraño visitada. Marimán decía haberla vislumbrado una vez, desde la ribera del lago. Otro decía haber oído en el alba sus sonoras campanas. Cuál

Digitized by Google

decía conocer á los indios de sus inmediaciones; pero tan sometidos estaban éstos á la tiranía de los Césares, que les era vedado avisar los caminos, ni conducir extranjeros á las puertas de la ciudad, aun siendo cristianos. Los hombres eran blancos, corpulentos y rubios; barbas cerradas embellecían sus rostros; vestían capas de variados colores y gastaban armas invencibles; ninguna enfermedad prosperaba en su reino, y la vida se dilataba eterna y gozosa. Todos los palacios eran de pieda labrada, y sobre el caserío cuadrangular, templos magníficos levantaban sus cúpulas resplandecientes y sus torres sonoras. La ciudad edificada en una isla, estaba rodeada de murallas y fosos: un puente levadizo daba acceso al recinto privilegiado, por una puerta única. En los predios cercanos, las tribus sometidas cultivaban legumbres ó frutales, y los ganados engordaban pacíficos. Dos cerros liminares, uno de diamante, otro de oro, rendían á los Césares la riqueza, con que labraban su vajilla magnífica y decoraban sus templos suntuosos...

No comprendía el fiscal de Chile, doctor Pérez de Uriondo, al informar favorablemente sobre la

Digitized by Google

solicitud de Orejuela, cómo se pudiera poner en duda la existencia de los Césares, después de tales «atestaciones juradas, explícitas, acordes y terminantes.» No aceptaba ni siquiera que el mito secular de los Césares fuese una nueva forma de las ciudades encantadas que habían florecido en Méjico y el Perú, después de caídas las dinastías indígenas. No era el misterioso reino del Gran Paytití, donde los herederos del Inca Atahualpa habían reconstruído, todo oro y esplendores, su Cuzco deshecho. No era tampoco el imperio fantástico de la Gran Quivira, donde un príncipe de los reyes Aztecas, había restaurado, toda fortuna y gloria, la corte de Moctezuma. A favor del misterio patagónico, el último de los mitos indianos seguía resplandeciendo, casi en las vísperas de la Revolución argentina; y quién sabe si la credulidad de los indios, al perpetuar la Ciudad encantada, nos anticipaba en presagio la ciudad dichosa, que el nuevo ideal americano inmaginaba fundar un día sobre las Indias emancipadas.

Digitized by Google

VI

La Patagonia conservó su misterio de comarca quimérica, hasta los días asaz cercanos de la campaña de Roca que ha sido en esta parte de las Indias el último conquistador. El rápido conocimiento que Magallanes y otros marinos hicieran de la costa, nos había dado solamente la configuración marítima de nuestras tierras australes. Por el rumbo oriental no se había fundado sino pasajeras doctrinas jesuíticas, al sur de Mendoza, en plena cordillera. Sublevaciones de araucanos y pehuelches habían arrasado con ellas, efímeras como la espuma de la costa ó la estela de las naves magallánicas. La fábula, además, había desvirtuado la escasa historia que ambos sucesos realizaron. Los que habían ido por el Atlántico creíanla habitada por una nación de gigantes, cuyos enormes rastros, visibles en las arenas y las toscas, patentizaban la verdad del aserto. Los que

Digitized by Google

habían recorrido los Andes suponíanla poblada por esa misteriosa estirpe de los Césares, cuya leyenda ya conocéis. La pequeña iglesia de una doctrina del Neuquen, fué destruída por los indios. Reedificada, se trajo de Lima una nueva imagen de la Virgen, á la cual los naturales llamábanla «Señora española». Los hechiceros de la tribu anunciaron que venía á castigar sus depredaciones, y se anticiparon con otras nuevas á su venganza. Así morían, evagelistas del Nahuel-Huapí y del Limay, como los padres Mascardi, Hoyo y Elguea. La conquista espiritual de estos jesuítas, nada pudo fundar entre esos bravos pehuelches que defendían sus dioses y su tierra con todas las armas, desde la flecha y la chicha enherbolada, hasta el fuego y la bola. Se necesitaron numerosos viajes internacionales, realizados bajo las banderas de Francia, Holanda, España é Inglaterra, con propósitos meramente científicos, para que fuera desvaneciéndose la leyenda patagónica, al menos por el lado de la mar magallánica. Geógrafos y astrónomos venían para estudiar la verdadera forma de la tierra, ó las rutas polares, ó los fenómenos del cielo austral. Por ellos se supo que la faja conti-

Digitized by Google

nental comprendida entre los grandes océanos era más ancha de lo figurado hasta entonces por cartas empíricas. Así se disipó también, á fines del siglo XVIII, la secular quimera de los gigantes. El indio patagónico recobró su estatura natural. La costa fué sistemáticamente reconocida por la fragata San Antonio, de la armada española. El interior del país y sus costumbres fueron muy verídicamente descriptas por el jesuíta Falkner, que lo recorriera. Villarino remontó por la primera vez los ríos patagónicos, mientras Biedma, amparado por el ministro Gálvez, preconizaba las ventajas de su colonización. Don Sebastián de Undiano y Portela, conocedor de la pampa y de los indios, y don Félix de Azara, geógrafo del rey, aconsejaban al gobierno la ocupación de diez y siete mil leguas en la tierra más fértil del universo, mediante la traslación de la frontera bonaerense hasta Choele-Choel y el río Negro. Así nació en el Plata, dentro del virreinato recién fundado, la conciencia territorial de la Patagonia, y la idea de solidaridad económica que nos ligaba á la última de las tierras conquistadas.

Algunos hechos posteriores, vinieron á demos-

Digitized by Google

trar, á la metrópoli española primero y á la conciencia argentina más tarde, que esa unidad territorial, ligando el Plata con las tierras atlánticas, no creaba sólo una solidaridad económica, sino una solidaridad política y militar. Súpolo España cuando sus rivalidades con Inglaterra; supímoslo nosotros, después de la emancipación, cuando el litigio con Chile.

El libro de Falkner, titulado «Descripción de la Patagonia y sus partes adyacentes», dió el conocimiento exacto del nuevo país, y reveló la importancia estratégica que la costa magallánica tenía para los pueblos del Plata. Era Tomás Falkner, cierto joven irlandés, á quien los azares de un viaje habían dejado en Buenos Aires desamparado y sin recursos. Iniciado en conocimientos de cirugía y miembro de una familia católica, buscó refugio en la Compañía de Jesús, y la Compañía supo oprovechar sus servicios, su ciencia y su actividad. Hombre familiarizado con los indios, después de muchos años de misiones, la Corona de España quiso aprovecharle también, y encomendóle el estudio de las tierras y costas atlánticas. Su obra exacta y rica de información, destinada,

Digitized by Google

según parece, al ministerio británico, apareció impresa en inglés, después de la expulsión de la Compañía. Los hombres de Carlos III obstaculizaron su difusión en castellano; pero la obra, inspirada por un evidente propósito antiespañol, circuló traducida al alemán y al francés. La «Patagonia» de Falkner describía el interior y la costa, los ríos navegables y los golfos hospitalarios, el modo y duración de las jornadas, los recursos de su fauna y la flora, los caminos y sus pueblos indígenas, las costumbres de los indios y el trato de los caciques. Libro al cual no faltaba ni el prontuario de voces moluches, ni la nómina de jefes tehuelches, era excelente base para la acción militar ó la conquista pacífica. Pero en vez de entregarla lealmente al gobierno del Plata, la advertencia insidiosa escondida en sus páginas, señalaba esa presa á las garras del águila británica. «Si alguna nación intentara poblar este país—decía,—por ahí podría ocasionar un perpetuo sobresalto á los españoles, por razón de que de aquí se podrían enviar navíos al Mar del Sur y destruir todos sus puertos antes de que tal cosa ó intención se supiese en España, ni aún en Buenos Aires;

Digitized by Google

fuera de que se podría descubrir un camino más corto para caminar ó navegar este río (el Negro), hasta Valdivia. Podríanse tomar también muchas tropas de indios moradores á las orillas de este río, los más guapos de estas naciones, que se alistarían con la esperanza del pillaje, de manera que sería muy fácil el rendir la guarnición importante de Valdivia, y allanaría el paso para reducir la de Valparaíso, fortaleza menor, asegurando la posesión de estas dos plazas, la conquista del reino fértil de Chile.» Y el libro estaba tan inspirado en los intereses de Inglaterra contra los de España, que al aconsejar la fundación de una colonia en la bahía de San Julián, agregaba: «siendo tan raro un navío en estos mares, todo esto se podría hacer y mantener muchos años sin que los españoles lo supiesen. Los españoles, por ejemplo, estuvieron establecidos largo tiempo en las islas Malvinas, antes que nación alguna de Europa tuviese noticias de ello...» Bien explícita era la intención agresiva, en la rivalidad entonces ardiente de Inglaterra y España. Díjose que Falkner, refugiado cerca de Worcester después de la expulsión de su orden, en la capellanía de una casa católica, había

Digitized by Google

servido con su libro á una venganza de la compañía contra el gobierno que la expulsara de América. Fuese esto, ó la simple adhesión del súbdito experimentado al imperialismo sajón que ya conocía el camino de las Malvinas y que pronto iba á tentar el camino de Buenos Aires, lo cierto es que tales ideas despertaron por contragolpe en el Plata el sentido de esa solidaridad geográfica, y precipitaron en cortos años, la formación definitiva de nuestra conciencia territorial. El viaje de Villarino por el río Negro, la primera fortificación de Choele-Choel, el reconocimiento de los fortines por Azara, las expansiones de la frontera desde la Junta de Mayo hasta el ministerio de Alsina, la tentativa genial de Rozas y los caudillos aliados, la campaña definitiva del desierto, la organización administrativa de los territorios australes, los ferrocarriles económicos y estratégicos en el sur, la fundación de nuestra marina del Atlántico y el trazado de nuestros límites con Chile, no han sido sino la afirmación progresiva de esa conciencia geográfica despertada por el peligro colonial. Incorporadas al Plata las extensas comarcas que le pertenecían, no sólo como un patrimonio econó-

Digitized by Google

mico, sino como una salvaguarda política, la patria ha definido sus fronteras entre límites naturales ó líneas imaginarias dirimidas en paz, amojonando, como lo quiso la historia, el solar generoso de la estirpe argentina.

VII

Los territorios que se unificaron bajo la influencia del Plata, no ofrecieron á los conquistadores la fortuna de una gran civilización anterior. La tierra argentina les atrajo con su leyenda geográfica, y en ella sólo hallaron al indio nómade y desnudo escondido en su selva ó en su pampa feraz. Apenas si la industriosa población tucumana — «toda gente de manta y camiseta», como Ruy Díaz Guzmán la describe, — ligábanos al Cuzco, y hacía resplandecer en la frontera norte del Plata, una lejana vislumbre de las glorias quichúas.

Quichúa fué el Tucumán precolombiano por su

Digitized by Google

espontánea corporación al prestigioso imperio de los Incas, durante el reinado de Viracocha, octavo monarca de la dinastía solar. Tiene significado y belleza aquel episodio, tal como la historia de los Incas lo salvó del olvido, perpetuándolo para nosotros en lengua castellana. Y pláceme ahora evocarlo, procurando con el dato disperso de tantos «libros raros ó curiosos que tratan de América», imaginar sus rasgos pintorescos, pues ante su escenario de los Andes, éste ha sido uno de los sucesos augurales en nuestra vieja tradición indiana.

Hasta la breña Calchaquí, había llegado la deslumbrante fama del Cuzco y de sus reyes magníficos: allí templos solares, palacios opulentos, vírgenes deseables, curacas invencibles, ciudades populosas, caminos miliarios, tierras cultivadas, trajes repletos, marciales paramentos, ídolos valiosos, rica orfebrería — todo eso venía hasta las fronteras más lejanas, hecho rumor de gloria en la voz de los chasques, en los ecos de la guerra, en el relato de los peregrinos. Mensajeros de una estirpe sagrada, los Incas habían traído á la tierra, por mandato del astro paterno, la misión de uni-

Digitized by Google

ficar todos los pueblos de las Indias, en la comunidad de un gobierno, de una religión y un idioma. Ejecutores celosos del mandato divino, iban acrecentando su poderío por la persuasión ó por las armas. Desde Manco Capac, el fundador pacífico del Cuzco, siete Incas habían ceñido la mascapaicha ó borla imperial, hasta el advenimiento de Viracocha, formidable en la guerra. De éste se escribe que en el campo de Sacsahuana, combatiendo contra indios rebeldes, había dejado 30.000 victimas en un solo día: la sangre derramada corrió á torrentes por el bajío, y Sacsahuana se llamó desde entonces «Ya-hur-pampa», ó «campo de la sangre» en el idioma solar.

Semejante fama debía ser intimidante y deslumbradora para los indios que moraban más allá de la provincia incaica del sur. Entre ellos los calchaquíes, dueños de nuestros Andes, cedieron á las fascinaciones de la gloria cuzqueña. Los incas traían á las tierras conquistadas, sus caminos, sus puentes, sus siembras, sus telares, sus armas y sus leyes protectoras. El curuca venía como procónsul del Inca, y con él un amauta que enseñaba la religión y sus ritos, y un haravec que enseñaba

Digitized by Google

la lengua y sus tradiciones. Los sencillos calchaquíes, adoradores entonces de la tormenta y el rayo, debieron interrogar al numen oracular de sus montañas, cuya voz les aconsejaba en las grandes resoluciones de la tribu, así los éxodos ó la guerra. Rociada con la sangre de las alpacas andinas, el ara de las cavernas montañesas donde tuviera el ídolo su santuario—alcahuisas y turpentaes descifraron, quizá, la favorable respuesta y el augurio feliz ante los jefes emocionados de la tribu. No entregarían la patria ni mudarían la raza: adorarían á Inti magnífico en los cielos, donde la tormenta y el rayo fuesen dioses menores; y acatarían al Inca en la tierra, sin desmedro de los caciques tradicionales. Hablarían en cambio una lengua conocida en todos los ámbitos del mundo por ellos imaginado, trocarían sus rudas hachas de piedra por nuevas armas de metal fundido; vestirían la desnudez de sus mujeres con ponchos y sayas de vistosos colores; paramentarían al hechicero y al jefe con vincha de plumas y toqui de palta; trenzarían sus largos cabellos en la cimba alhajada de piedras y de oro; y así en la nueva era, serían admirados y temidos por

Digitized by Google

los bárbaros humahuacas del norte y por los bélicos tonocotes del sur.

Tal imagino aquel augurio de las vísperas, cuando los calchaquíes resolvieron enviar su embajada hasta Viracocha, que triunfante en sus conquistas del país de los Collas, había llegado al pueblo de los Charcas.

Fué allá en Charcas donde el Inca recibió á la conmovedora delegación tucumana que iba á ofrecerle su anexión al imperio. Aquellos indios que ignoraban el quichúa, ante un rey que ignoraba sus dialectos regionales, no pronunciaron, sin duda, el enfático discurso que Garcilaso nos ha transmitido. Semisalvajes como los otros indios de nuestro país, fatigados por un fragoso camino de doscientas leguas, turbados por la presencia del deslumbrante emperador á quien creían de sangre divina—su alocución debió ser pintoresca y lacónica, según brotaba de aquellas almas ingenuas y de su lengua bárbara. Acaso redujéronse á deponer á los pies del monarca la simbólica ofrenda que de sus lares traían; á señalar con la mirada y la mano los confines del sur en el horizonte; y á murmurar el vago nombre de «Tucma».

Digitized by Google

Sentado Viracocha en las áureas andas que dóciles sus vasallos portaban; vestido por rojo manto de vicuña, cadente desde los hombros como una túnica regia, prendidas al cuello las esmeraldas y amuletos, á las orejas los zarcillos, á los puños las pulseras, á los tobillos las ajorcas, todos los tres tallados en metal precioso; ceñida la cabellera por la vincha y la borla, emblemáticas de mando como una corona, y en la diestra el toqui de oro que era su cetro: tal se les apareció el Inca, ante quien los embajadores calchaquíes entregaron, en señal de acatamiento, maíz de sus campos, lana de sus huanacos, miel de sus montes. Los intérpretes reales, allí presentes, completaron con sus palabras este acto de vasallaje; y así quedó incorporado á los dominios del Inca nuestro Tucumán, con el nombre que ellos le dieron. ¿Era el de Tucuna, jefe calchaquí, ó era que al preguntar Viracocha si en aquellas comarcas se acababa la tierra, contestaron en quichúa: «no se acaba—«tucunmana»—y al avisar en dónde se acababa la tierra, nombraron ellos á «Chilli», que quiere decir «el fin del mundo» en la lengua aymará?...

La jurisdicción peruana, tan hermosamente ga-

Digitized by Google

nada por el Cuzco sobre el Tucumán, hubiera sido ratificada en la Conquista por la ciudad de los reyes, si no fracasara en sus comienzos la tentativa de Don Diego de Almagro. Acompañaban al rival de Pizarro, el Inca Faullu, el sacerdote Villac Umu, y quince mil yanaconas como aliados. Era su propósito conquistar el reino de Chile, sobre la ruta gloriosa de Tupac Yupanqui; pero había tomado el camino del este, y por él llegó á la frontera del Tucumán. Desde Tupiza, cinco españoles se destacaron hacia el sur, donde tres de ellos fueron muertos por los nativos de Jujuy. Tornaron á Tupiza los sobrevivientes, y al oirles el mariscal su infortunado relato, decidió avanzar contra los jujeños. Estos habíanse atrincherado entre fosas y palizadas, resistiendo con éxito al enemigo. Disimulado con maleza y paja el vano de las zanjas, caían al acometer los sitiadores. De pronto los jujeños, superando tal astucia con denuedo más eficaz, acometieron al invasor en su campo, matando yanaconas y cautivando bagajes. Vencido, levantara su sitio el viejo Almagro, camino de Chili donde se acababa la tierra; pero al cruzar el valle de Chicoana, los bravos calchaquíes ya quichui-

Digitized by Google

zados, fuertes en las armas y en la fe del Sol, defendieron heroicos su tierra. Acometieron en tal forma al jefe español que le mataron su caballo, sin que la tropa invasora lograse venganza alguna contra el indio á quien defendían sus Pucarás, en la inexpugnable altura de los cerros natales.

Años más tarde, los conquistadores venidos de Chile, en tiempo de Valdivia, y el asiento de su conquista por la fundación de Santiago del Estero, capital histórica del Tucumán, dieron sobre esta comarca una jurisdicción transitoria al reino transandino del Nuevo Extremo. Pero antes la ruta abierta por los temerarios Césares de Sancti Spiritu, desde el litoral argentino á los Andes, y por los intrépidos soldados de Roxas, desde los Andes argentinos hasta el litoral, había explorado de hecho nuestra pampa, revelando en la continuidad de su llanura, la base territorial de un «Reino Nuevo». El choque de ambas conquistas, la de Chile y del Plata, disputándose el Tucumán, se realizó en Santa Fe. Juan de Garay acababa de fundarla, cuando se encontró con Ñuflo de Chaves, que venía de Córdoba, y disputaba en nombre del gobernador Cabrera su posesión. Ambos conquis-

Digitized by Google

tadores habrían luchado, á no ver en aquel instante una canoa que navegaba del sur en el Paraná. Era el cacique Ñamandú, amigo de los españoles, que traía para Garay un pliego de Ortiz de Zárate, en el cual le comunicaba que Su Majestad acababa de hacerle merced del gobierno «argentino», con jurisdicción sobre todas las conquistas que otros capitanes hubiesen realizado antes, hasta doscientas leguas de Buenos Aires. Era á mediados del siglo XVI, y así quedó el Tucumán de los Incas agregado al gobierno del Plata.

VIII

Reconstituir la vida de los naturales muertos en el dilatado territorio argentino, es obra que las ciencias americanas no han consumado aún, y apenas pueden acometerla sin esa base las artes. Pueblos sin historia cierta ni monumentos, apenas si su nombre se ha salvado en las crónicas españolas de la Conquista. Tantas fueron

Digitized by Google

las tribus, que al seguir su difícil genealogía entre esas páginas escritas fuera de toda mira etnológica, el investigador se pierde en un laberinto comparable tan sólo al de los bosques y los deltas que algunas de ellas habitaron. Desechando prematuras generalizaciones, nuestros antrpólogos empiezan á preferir la simple acumulación de materiales. Este método previo va arrojando un poco de luz en ese caos de nuestras razas primitivas. La confrontación de sus parciales aportes, realizados por diferentes ciencias auxiliares, permite discernir los diversos nombres con que se llamó el mismo pueblo, según se prefiriese la tierra poseída, la lengua hablada ó la tradición gentilicia. Así vamos viendo el error de ciertas designaciones populares como «pampa», que involucraba en su nombre geográfico naciones diversas; pues los indios de la pampa que destruyeron la primera Buenos Aires, son distintos de los que amenazaban el Azul en tiempos de Alsina: aquéllos fueron querandíes, éstos huiliches venidos para el malón desde los Andes. Análogamente, la designación de «quichúa», comprendía en un nombre filológico pueblos distintos: los indios del Tucumán habían

Digitized by Google

aprendido la lengua del Perú en boca de los amaatus incaicos de los misioneros cristianos, pero antes habían hablado sus primitivos idiomas—lule, tonocate ó kakan. — Asimismo, la apelación de «guaraní» agrupaba en un solo hombre varias estirpes étnicas, pues los guaraníes fueron más bien oriundos del Paraguay ó Brasil; pero la arriesgada teoría del «panguaranismo», hoy desechada en los campos serios de la ciencia, extendió ese nombre, no ya á Corrientes, guarínitico sólo en el habla, sino á todas las riberas del Plata, incluso á sitios que guaycurúes, charrúas, querandíes y puelches hollaron.

Laboriosamente van, minuciosos sabios, esclareciendo la difícil verdad de nuestros orígenes indios. Procúrase, ante todo, armonizar la nomenclatura etnológica, expurgándola de las torpezas del copista ó de los errores prosódicos imputables al historiador primitivo. En las crónicas del alemán Ulrich Schmidel, ó del portugués Soárez de Souza, ó del inglés Tomás Falkner, el mismo nombre indio varía á través de su pronunciación extrajera. Schmidel habla de unos indios «Mach- Kurendés», modo como sonaba en los oídos tudescos

Digitized by Google

del minucioso narrador, el nombre de los «mocoretás»; y podéis imaginar cómo escribiría otros este soldado de Mendoza que, desde las primeras páginas de su «Viaje al Río de la Plata», llama á su propio capitán «Don Pietro de Manthosa»...

Entre los mismos españoles, el testimonio cambia de valor, si nos viene de un testigo ocular ó de un actor, como Alvar Núñez en sus «Comentarios», ó Hernando de Herrera en su «Relación», que cuando se trata de memorias escritas mucho tiempo después de los sucesos, como la «Argentina» de Ruy Díaz, ó la «Conquista» de Guevara, obras nutridas, sin embargo, de información etnológica. Para medir hasta dónde puede llegar esa adulteración de las voces indígenas, aconsejaría comparar los nombres de los Incas contenidos en los «Comentarios Reales» de Garcilaso, que sabía quichúa, y los de Román y Zamora, que no lo sabía, en su «Repúblicas de Indias». Una memoria universitaria del señor Lafone asegura, por ejemplo, que los goainazes portugueses son nuestros guayanás; que los macarotaes de las Cartas de Irala, son los mocoretás de nuestros días; que los carios y los cariyós son diferentes, siendo éstos del

Digitized by Google

Atlántico y aquéllos del Paraguay; que los arechanes de Ruy Díaz son los tapes del Padre Techo; que los pinaes de Diego García son una trocatinta de «biuaes»; que los agaces y los hagases de otros cronistas son desfiguración de una misma palabra, á causa de la ortografía y el plural; que los nogaes de Ramírez y los calchines de Gaboto son tribus litorales que quedan aún por clasificarse; que meguá y beguá son una simple sutileza prosódica de la verdadera voz: Mbeguá; que los yacana-cuni de Falkner son los onas actuales; que sanavironas y comechingones son quizá el diverso nombre con que en Chile y el Perú, respectivamente, se designaba á un mismo pueblo, habitador de las sierras de Córdoba. Revisando yo las ediciones de Angelis, encuentro que el nombre de los carcarás aparece en un pueblo del Paraná, amigo de los españoles, y en otro de la laguna Iberá, exterminado por éstos; que los guarapayos de la Candelaria son los guachás de los Mbayás, como los mohomas del Chaco son los ohoma de los guaraní; que los nonogayes de Calchaquí son los nogayes, pueblo no quichuizado; que los sarigués al norte de la Asunción y tacumbúes al sur no son

Digitized by Google

sino ramas de los payaguás; que chiriguano y zacaimbucú son uno mismo en dos diversas lenguas; — todo ello intrincado laberinto, donde la historia va tanteando el paso á la débil luz de una filología embrionaria y una documentación no aquilatada aún por la crítica.

Con tal prolijidad, vamos rastreando las absorciones de unas tribus por otras, como los chanámbeguá y los chaná-timbú; las migraciones de pueblos, como los matarás de Esteco al Chaco, ó los puelches de los Andes á la Pampa; las «desnaturalizaciones» ó transplantes de indios que eran sacados de su tierra natal para ser llevados á otras comarcas, como los huarpes cuyanos á las encomiendas de Chile, ó los diaguitas y tonocotes santiagueños á las fundaciones del Tucumán; las guerras de unas naciones con otras, como las de los puelches contra los nómades teluhet de la Patagonia; la extensión de ciertas tribus, al menos como entidad colectiva, así los aguará del Iguazú, los chovas del Paraguay, los miños de la Guayra, los ibiticuy del río Monday, los napales de la Asunción. A medida que el expurgo de los textos continúa, nuevas designaciones van apareciendo. Co-

Digitized by Google

marcas extensas cuyo habitante primitivo era conocido con un solo nombre, ven multiplicarse el número de sus tribus aborígenes, lo mismo el Paraguay, el Tucumán, el Chaco, el Plata, Cuyo y la Patagonia. Gentilicios que las historias en uso nos habían acostumbrado á considerar como suficientemente precisos, divídense ahora en múltiples estirpes. Los guaycurús, que los españoles agrupaban con los abipones, tobas, mocovíes y demás pueblos chaqueños, se nos aparecen aparte en algunos autores, y divididos ellos, á su vez, en guestiadegodis ó gente de la montaña, en cadiguegodis ó del río Cadigué, en lichagotegodeguís ó de la tierra encarnada, en apachodeguís ó de los avestruces, en eyibegodeguís ó del norte, en gotocoguegodeguís ó de los cañaverales, y en eyiguayeguí, nombre que á sí mismos se daban los indios conocidos en guaraní con el gentilicio de «guaycurúes».

Asimismo los que ayudaron á Garay en la refundación de Buenos Aires y en el escarmiento de la Matanza, se nos ocurrían querandíes no sometidos al cacique Tabotá; pero he ahí que en una polémica de 1802 sostenida en el «Telégrafo Mer-

Digitized by Google

cantil», Araujo menciona con los nombres de guaraníes de las Islas, loxales, lenceubús, cuyumexais, zotoscerebes, ceremelaguas, meguaís y deleuscembes, á las naciones aliadas del conquistador, con quien se mestizaron, desapareciendo en el primer plantel de nuestra ciudad: á principios del siglo XIX, contadas familias de ese tronco indígena quedaban en Quilmes y el Baradero. La engañosa nomenclatura lingüística ó geográfica había simplificado la cuestión, pero sacándola de su verdadero terreno: Guaraní, quichúa y pampa, no contenían la verdad etnográfica de nuestros orígenes precolombianos. La pampa fué tierra de fáciles migraciones, por ser una llanura; y el indio guaranizado ó quichuizado fué producto de la conquista espiritual. El neófito sanavirona ó tonocote, dejó su primitivo dialecto por las dos grandes lenguas americanas que el misionero cristiano adoptara como instrumento de evangelización, comenzando por traducir á ellas sus plegarias.

Fuese prematuro anticipar conclusiones sin ese trabajo previo de información. Pero esta simple nomenclatura basta para revelar cuán populosa y varia fué la gente que pobló nuestro suelo, y á

Digitized by Google

quienes por este solo hecho les retrotrae la historia á la dignidad argentina de nuestro propio nombre territorial. Los últimos sobrevivientes de esta primera estirpe indiana que los Incas no concluyeron de unificar—el ona de las costas magallánicas, el puelche de las dehesas andinas, el pampa de las chacras bonaerenses, el mocoví de los obrajes chaqueños—levantan el espectro secular de su raza en los cuatro horizontes de la tierra natal. Antepasados y hermanos en la comunidad de la patria que nosotros como ellos defenderíamos, dijérase que han sobrevivido para mostrar á los hombres de ahora—blancos nutridos en sus pechos ubérrimos —cómo fueron los hijos de bronce que el sol de las Indias calentó en las entrañas de nuestro suelo materno.

IX

En presencia de las numerosas naciones que poblaban el Plata y las otras comarcas de las Indias, los españoles se interrogaron sobre el ori-

Digitized by Google

gen de la nueva raza. La unidad del género humano era dogma científico y religioso, de suerte que á la sazón cualquier teoría debió fundarse en la hipótesis de inmigraciones anteriores. El prestigio de las tradiciones hebreas, la autoridad de que gozaban sobre el origen del mundo y las primeras transformaciones de la tierra hasta el diluvio, la confusión de las lenguas, la dispersión de las tribus, todo ello marcaba el itinerario forzoso de tales peregrinaciones. Depositada aún la ciencia en manos del clero, que guardaba la llave del libro hermético, sus misioneros sólo hallaron en los ritos indianos la corroboración del dogma incontrovertido. Excepcional era, en efecto, la tribu ó ciudad donde no se cultivaran costumbres coincidentes con la tradición talmúdica. Casi todos los pueblos americanos conservaban el recuerdo de hombres blancos; y algunos esperaban su retorno como en una fatalidad mesiánica. La idea del diluvio y la adoración de la Cruz eran tradición universal, desde el uno al otro extremo de las Indias. La teogonía quichúa aceptaba en Pachacamac al Hacedor Supremo, que está invisible tras del sol, y en las otras zonas sobrenaturales del Hanam-

Digitized by Google

pacha arriba y el Hurin-pacha abajo, las ideas del cielo y del infierno, dejando en medio á la tierra, mundo de corrupción y de generación: Inti no fué en modo alguno el Dios más alto de los Incas, sino una forma benéfica de la divinidad, el mito solar en que asentaron su teocracia civilizadora. En el otro gran centro de cultura precolombiana, la vislumbre monoteísta de Nezaualtcoyoti, la moral acendrada de los mayas, la Cruz de Palenque, la creencia en una resurrección elísea después de la tumba, las jerarquías sacerdotales y la práctica del ayuno, todo corroboraba la convicción eclesiástica de aquel tiempo. Algunos misioneros, aun en nuestra zona del Plata, llegaron á creer en anteriores predicaciones del Evangelio, por la facilidad con que los indios aceptaban el nuevo dogma, por semejanzas que entre éste y las idolatrías locales facilitaban la conversión, ó por huellas de supuestos apostolados, como ese de Santo Tomé, que llegó á hacerse famoso. En el Yucatán y Méjico circuncidaban á los niños. En la ciudad de Calangos se halló una losa ó peña decorada, cuyos signos fueron asimilados á letras hebreas por los sabios de Alcalá. Doctos hebraístas encontraban corrobrantes

Digitized by Google

etimologías en los idiomas autóctonos. La tradición de originarios éxodos y persecuciones en los pueblos del Anahuac, no podían ser sino las del pueblo elegido. Obediencia á un mandato análogo al del Levítico, era la que prohibía á las mujeres de Nicaragua penetrar en el santuario sin antes haberse purificado de la sangre menstrual. Palabras hieráticas del texto sagrado eran interpretadas como anuncios del descubrimiento y la evangelización. Judíos y cristianos, alimentados en comunes fuentes bíblicas, aprovecharon tan profusas coincidencias para afincar en ellas su fe. Y los tratados sobre el «origen de los Indios» multiplicábanse á porfía, ya los subscribiera un fraile de España, como Gregorio García, ó un rabino de Portugal, como Menasseh Ben Israel.

El libro de este último, que se firmaba «Theólogo y philoshopo hebreo», fué impreso en Amsterdam con la fecha de 5410 correspondiente al año de 1650 de nuestra era, es decir, en plena conquista de las Indias. Libro nacionalista, su propósito de restituir las diez tribus á la patria, asoma desde el título: «Esperanza de Israel». El autor sostiene que dichas tribus, expulsas del suelo na-

Digitized by Google

tal, se distribuyeron y multiplicaron en Tartaria, China, Media, Río Sabático, Ethiopía y América; y como no todas volvieron al segundo templo, aparecían ahora más allá de los mares las que debían volver. Negaba, por consiguiente que los indios descendiesen de los fenicios, ni de los cartagineses, ni de los noruegos, ni de los pueblos de la sumergida Atlántida, como algunos habían sostenido. «Por lo cual—decía Ben Israel—habiendo yo examinado con suma curiosidad todo aquello que hasta agora se tiene sobre esta materia escrito, no hallando cosa mas verossimil, ni mas consentanea con la razón, que la de nuestro Montezinos, la supongo como mas prouable: mostrando que los primeros pobladores de la América fueron parte de las diez tribus y que despues los de Tartaria (en que mas me afirmo) les siguieron y hizieron guerra: Con que de nueuo se boluieron a ocultar de las cordilleras por permissión diuina.»

Fué en ese refugio secular de las «Cordilleras» donde les encontraron los españoles, que se asombraban de tantas coincidencias con las tradiciones bíblicas; pero aquel Montezinos á quien se alude era el judío Aarón Leví—Antonio de Montezinos

Digitized by Google

en España,—quien había recorrido con ese nombre las Indias Occidentales. Tornado á Europa en 1644, hizo relación de que viajando en la provincia de Quito había descubierto una tribu donde se conservaba casi pura la tradición mosaica. Montezinos había sido preso por la inquisición en Cartagena de Indias, pero viéndose libre de su proceso, buscó á un indio Francisco, llamado también «el Cacique», á quien había conocido viajando cierta vez del puerto de Honda á la gobernación de Papián. Acordábase que aquel día en los Andes, apenados los indios por la carga del viaje y la cellizca, les había consolado Francisco, recordándoles sus pecados y anunciándoles el día de la redención. Hallóle Montezinos; dióle tres patacas, que eran monedas; y platicando, le oyó querellarse de la tiranía española. «Yo no soy español, le dijo Montezinos. Yo soy hebreo de la tribu de Leví, mi Dios es Adonay, y todo lo demás es engaño.» Turbado el indio, siguió el coloquio entre dudas y demandas, hasta inspirarse confianza y reconocerse. Al día siguiente, lunes, vino Francisco al aposento de Montezinos y díjole: Quita todo cuanto tienes en las faltriqueras, cálzate estas ojotas, y si eres

Digitized by Google

hombre de ánimo y esfuerzo toma este palo y sígueme.» Allí empezó la jornada de su magnífico hallazgo. Le llevó Francisco hasta los solares de su tribu; oyó Montezinos emocionantes relatos de los indios que venían á saludarle; y por fin, el jueves, en una asamblea de Mohanes, que eran los hechiceros, oyó á los hermanos, bajo promesa de secreto, la revelación de sus altos orígenes. Recitaban versículos del Deuteronomio, se decían hijos de Abrahán, de Isaac y de Jacob; recordaban confusamente el éxodo; esperaban el fin de la nueva cautividad y la posesión total de la tierra; eran tostados por el sol, tenían buenas tallas, buenas caras, «y en las cabeças un paño alrededor».

El estupendo hallazgo, así fuera una supercheria de Montezinos, era coincidente con otros testimonios de conquistadores, como el de don Fernando de Contreras, que decía haber conocido en el Marañón, indias que se llamaban Sara, Betzabé, Raquel, nombres hebreos. Tal noticia pasmó á las sinagogas, y la Kalh-Kadosh quiso oir el parecer doctísimo de Menasseh Ben Israel, quien compuso el antedicho tratado. Acumulando este «Philosopho hebreo» los datos publicados por cronistas como Garcilaso de la Vega, Cieza de León

Digitized by Google

ó el padre Acosta, comprobó fácilmente su teoría, y halló en los textos sagrados la autoridad religiosa que necesitaba, interpretando como alusión á nuestras Indias, y profecía del descubrimiento, aquellas palabras de Isaías: «Islas me esperan y navíos de Tarsis en el principio, para traer tus hijos de lejos, su plata y su oro con ellos»...

No debe extrañarnos que la fe mesiánica de Israel viese en los pueblos de Indias una confirmación de su esperanza, si por su parte la fe católica desvariaba con iguales quimeras. El dudoso relato de Montezinos era menos fehaciente que todo el comprobado judaísmo de ritos y costumbres en Méjico y el Perú, mas era al fin más sólido que las simples logomaquias con las cuales argumentaban graves doctores como Genebrardo y Arias Montano. El nombre del Perú, ó Pirú, no era para algunos sino la trasposición de Uphir ú Ophir, las playas de donde traían el oro las flotas de Salomón. Con semejante lógica, Indio era una anagrama de «Iudío», con solo invertir la «n», y tal argumento aparece en el nutrido libro de Don Diego Andrés Rocha, oidor de la Real Audiencia de Lima. La dialéctica de tales doctores corría parejas con la ingenuidad de los soldados, y hasta las

Digitized by Google

más sólidas construcciones aristotélicas resultaban castillos de superstición y alcázares de leyenda. La obra de Rocha, impresa en Lima el año 1681, con el título de «Tratado único y singular del origen de los indios occidentales», ha quedado como el mayor resumen de aquellas pintorescas divagaciones. Allí puede verse, no obstante, que al concluir el siglo XVII, se aceptaba como primeros pobladores de América gentes venidas de la Tartaria por el paso de Berhing, de Europa por el hemisferio norte, y Atlántida por el mar. Continente poblado por emigraciones, el destino futuro de las Indias anunciábase en tal origen; y esa verdad se impuso al conquistador, por entre el fárrago de dicciones y errores que embellecen y dramatizan la historia de la conquista española.

X

La génesis del hombre americano ha sido considerada por el espíritu moderno desde el nuevo punto de vista que le han creado el racio-

Digitized by Google

nalismo y las ciencias experimentales. Ante esa nueva posición mental, han sido relegados á los dominios de la fábula los testimonios que hablan de gigantes, enanos ú otra clase de monstruosidades humanas. Tal comprobación nos interesa, porque es sabido que no escasearon aquéllos entre los primeros fantásticos pobladores de las tierras del Plata. Gigantes hubo en la Patagonia, desde el hallazgo de Magallanes, testificado por Ruy Díaz, hasta las negaciones de los Padres Falkner y Lozano, que viajando por el sur no encontraron sino indios ó esqueletos de siete á ocho pies de estatura. En cuanto á los enanos, los tuvimos en las selvas del Chaco. Ruy Díaz y el Padre Techo han repetido la graciosa conseja. Ubicábanlos cerca de los chiriguanos y los jarayes, y además de su diminuta silueta, los imaginaban tímidos habitadores de cuevas, que salían sólo de noche para escapar de día á la agresión de los pájaros y los hombres.

Además de los gigantes y enanos, otra estirpe monstruosa fué la de los cullús, habitadores del Pilcomayo, según el padre Guevara. No se sabrá de ellos sino lo relatado por indios mataguayos, que decían haberlos visto. Los describían con pier-

Digitized by Google

nas sin pantorrilla, talón humano, dedos de avestruz y cuernos en la frente. Agiles en la carrera, era. diestrísimos en la caza... Semejantes á los cullús, existieron los deformes caaiguas, entre el Paraná y el Uruguay, á la altura de las misiones jesuíticas. De su vida trae algunos datos Guevara: «hombres con narices de mono, jibosos que miran hacia la tierra, cortos de cuello y altos de hombros, cabezas pequeñas, brazos ágiles, saltan de rama en rama y viven en los montes.» Y aunque el crédulo y retórico jesuíta afirma su humanidad, parecen más un eslabón de especies. Al menos ha de mencionárseles, en su frontera casi bestial, como la más rudimentaria de las razas humanas que hayan habitado nuestro suelo.

Problema que el espíritu moderno ha planteado y resuelto acerca de nuestros orígenes, es la existencia del hombre fósil en América. El cráneo de Calaveras fué una superchería que rechazó la ciencia, pero ha tocado á un argentino el dilucidar esta cuestión con sus hallazgos, dentro de nuestro propio territorio. El sabio Ameghino afirma haberlo encontrado en el paradero de Frías, cerca de Mercedes, en la provincia de Buenos Aires. Excava-

Digitized by Google

ciones en el terreno que él llama «pampeano medio», le han proporcionado esos restos humanos cuya antigüedad comprueba. El hallazgo de conchas de glyptodón, encontradas perpendicularmente y algunas con restos de substancias carbónicas, le hace suponer que los «argentinos» prehistóricos debieron utilizar á guisa de chozas la caparazón de tan gigantesca tortuga. Pero tal cuestión, á pesar de haber sido científicamente resuelta, queda en los límites de la zoología ó de la formación geológica, pues el hombre del pampeano medio no se liga por continuidad histórica de ninguna especie con el hombre del pampeano actual.

Otra cuestión moderna de la antropología americana es la de unificar dentro de una sola raza á los primitivos habitantes del nuevo mundo. No se ha encontrado ni la uniformidad media de color, ni la de estatura, ni la de índice craneano. Y si es cierto que entre las zonas septentrionales ocupadas por el pequeño esquimal, y las australes habitadas por el aventajado patagón, se define un tipo étnico de color cobrizo, ojos pequeños, arcos ciliares prominentes, frente estrecha, rostro des-

Digitized by Google

barbado y mediana estatura, no es menos cierto que sobre la vasta extensión de ambas Américas, la conquista encontró islas étnicas, grupos aislados distintos, que no cabrían en la definición del tipo general. Los aztecas eran de nariz aguileña; ancha era la de los charrúas. Hubo en la Florida negros de cabello ensortijado, y tribus de un color obscuro aceitunado ocuparon la costa del Brasil desde la Guayana hasta nuestros ríos. En el Perú existieron gentes blancas, según Garcilaso; y los versos del drama quichúa, en que Ollantay describe los dones de Cosi-qoillur, no son, á fe mía, inspirados por la tez de una mujer cobriza. En cuanto á hombres barbados, es sabido que, según los cronistas, no hubo lugar de América, desde la isla de Salvador hasta los imperios del mar Pacífico, donde no quedaran huellas de su paso, ó reminiscencias superticiosas que se desdoblaban acerca de ellos, en una suerte de esperanza mesiánica.

Hubo un partido de la ciencia, que difundió la hipótesis de una raza autóctona en las Indias y negó la probabilidad de que ni gentes ni cultura hubiesen emigrado á ellas antes de los grandes

Digitized by Google

descubrimientos. Pero hoy las cosas parecen volver á su punto de partida, y aunque por otros caminos y con mejor criterio, es aceptada por los sabios la teoría colonial de que América fué poblada por inmigraciones venidas del Asia, del Africa, de Europa, y acaso de la Oceanía insular y de la Atlántida misteriosa. Sin el reato del dogma, y con una perspectiva histórica más universal, los testimonios coloniales han sido aquilatados mejor, y la evolución local de los continentes ligada con el proceso total de las civilizaciones. Expurgados los textos españoles, estudiada la arqueología indiana, restaurada la tradición del Oriente, descifrados sus libros religiosos y comparadas las mitologías, nuestra América precolombiana se nos aparece coronada por la misma gloria de las grandes civilizaciones antiguas. No falta ya á sus prestigios ni la organización de las teocracias ilustres, ni la iniciación de los ritos védicos, ni la arquitectura y pompa sensual de los más viejos imperios.

Novísimos americanistas han notado que los Andes fueron como la columna dorsal de esas grandes civilizaciones precolombianas. Las metrópolis de los reinos aztecas, mayas ó quichúas, fue-

Digitized by Google

ron ciudades montañosas ú occidentales por su vecindad al Pacífico. Una que otra irradiación, como la de nuestro Tucumán, tramontó la cordillera hacia el Oriente. En las pampas que descendían al mar, en la cuenca de sus acaudalados ríos, en la costa del propio Atlántico, vegetaban pueblos retardados ó de un tipo inferior. Y fué sin duda esta significativa separación geográfica, la que sugirió á Humboldt su primera afirmación de que antiguas inmigraciones del Oriente eran las fundadoras de los imperios indios. El sabio explorador que en tiempos de Carlos III llegaba al nuevo mundo á visitar las ruinas de Tiaiguanaco y á descubrir el cóndor, inauguraba la tendencia orientalista que la arqueología americana ha tenido durante el siglo XIX. Para él estaban entre los sacerdotes de Brahma y entre los pueblos de la Tartaria, las fuentes directas é inmediatas de las cosas sagradas de América, en las cuales los misioneros descubrieron semejanzas con las religiones del Asia Occidental. Pero el camino preferido debió ser de Kamchatka á Alaska, sin excluir navegaciones de los europeos del norte por Groenlandia, ni de las razas semíticas por las columnas

Digitized by Google

de Hércules, ni de los Atlantes por el estrecho que debió separar su continente de las Antillas actuales, ni de los africanos ó polinesios á favor de accidentales corrientes marítimas.

Las cosmogonías andinas, los templos acolhuas, los libros mayas, la organización civil de los quichúas, las leyendas religiosas de los chichimecas, las clases sacerdotales, las abluciones rituales, los cantos litúrgicos, todo emparenta las civilizaciones de la América Occidental con el Oriente antiguo.

Hoy se sabe, además, que los japoneses conocieron nuestro continente con el nombre de «Fou-Song». Los movimientos migratorios de los pueblos asiáticos que empiezan á conocerse, sucesivas invasiones hacia Indochina y Tartaria,—coinciden con tradiciones que se conservaban en América por pueblos que se decía provenientes de comarcas lejanas, y cuyos paisajes describían como en un sueño milenar. Algunos recordaban, semejantes á lívidas visiones de una existencia exterior, los páramos helados y las frígidas cuevas donde moraron, y de las cuales habían partido, hasta arribar después de largas peregrinaciones, á los florecientes países del sol.

Digitized by Google

No fueron los territorios del Plata el asiento de aquellos pueblos; pero recuerdo sus tradiciones para motivar el abolengo ario de nuestra América Occidental, y revelar cómo estas Indias nuestras, emplazadas entre dos enormes océanos, fueron en sus orígenes tierras de inmigraciones. Todas las gentes de América, y especialmente las ribereñas, vieron en los navegantes españoles un ser extraordinario pero no temible. Colón describe en su «Diario», la forma hospitalaria y reverente con que le recibieron los ingenuos salvajes de las islas: hombres llegados de la mar misteriosa figuraban en casi todas las leyendas genésicas de las razas indianas.

XI

Desde el grito de «¡Tierra!» lanzado en la Pinta, el hado del prodigio coronó de fortuna la proeza de los descubridores. Los hombres de la travesía, alucinados de estupor en sus naves, oyeron que la palabra del anuncio reso-

Digitized by Google

naba á lo lejos, multiplicada por la voz de las olas. El día era inminente sobre las aguas, y á la luz de oro que llegaba del este, lanzada en haz sutil sobre los mares, la tierra nueva resplandecía. Era Catay; era Cipungo; y la tripulación emocionada, escrutó durante horas, agolpada en las proas y los puentes, las confusas riberas de las islas que profetizara el almirante. En el ámbito claro de aquella alba de octubre, algunas lánguidas gaviotas que reposaron durante la noche en los mástiles, adelantaron rectamente su vuelo, como llevando á las tierras cercanas el cálido mensaje de los peregrinos.

Entretanto, los naturales de la isla, presos de asombro, habían visto aparecer, como tres deidades oceánicas, las tres carabelas en el horizonte. Seres venidos del abismo donde nacen las albas y donde el día bienhechor se renueva, tal los vieron atracar á la costa. El casco negro alzado como un testuz enorme, cuya boca invisible parecía vomitar la propia espuma que su proa rompía; las velas blancas desplegadas al aire matinal como alas ilógicas y ligeras; revuelta en pos de sí la cauda de la estela, erectos como antenas los más-

Digitized by Google

tiles, extendido como brazo algún remo, y el viento vibrando en las jarcias como un ronco rugido. Supersticiones religiosas, terrores de lo desconocido, divinidad de los elementos, misterio de las lontananzas, epifanía y resurrección de los astros, rumbo de los paraísos inmemoriales, reminiscencia de las estirpes celestes: á vuestra voz, conjurada por la aparición prodigiosa, los naturales huyeron á ocultarse en las breñas, pero apenas vieron desembarcar á los navegantes y descubrieron en sus rostros un gesto de amor, tornaron ellos hasta la playa, para recibirles como á dioses amigos.

Preguntaban los indios al almirante si ellos eran los hombres del cielo. Asombrábanse de las vestiduras multicolores como el plumaje de las aves indígenas, y con torpeza pueril, tomaban por el filo las espadas. Sin duda, para realzar su acogida de paz, algunos mostraban en sus cuerpos cetrinos, heridas cobradas en guerras con otras islas que habían intentado sojuzgarles. Traían á guisa de ofrendas, frutos de los árboles, ovillos de algodón, piezas de oro, pájaros de variados colores. El almirante los acariciaba paternal; y sus marinos distribuían entre ellos cuentas de vidrios y

Digitized by Google

fútiles monedas que los maravillaban. En medio de aquél pacífico y no esperado acatamiento, los descubridores tomaron posesión de la tierra. La Cruz abría sus dos brazos de amor, entre un círculo de indios y de aceros, ambos desnudos. La brisa del mar propicio hacía tremolar sobre las cabezas descubiertas los estandartes de Castilla, su cruz de seda verde, sus iniciales de oro. Al monótono son de las plegarias, respondíale, como un coro litúrgico, la voz antigua del océano. El sol del día declinante decoraba, sacerdotal y magnífico, las selvas, el firmamento, las riberas. Y en la unción de la tarde, una piragua tripulada de indios se desprendía de la costa, rozando el agua apenas, para comunicar á las islas vecinas la fausta llegada de los hombres del Mar.

La voz de los mensajeros partidos aquella tarde difundió por las aguas y los bosques, por los peñascos y las sirtes, la nueva del misterioso advenimiento. Los indios de la Concepción y la Española, de la Isabel y la Fernandina, se adelantaron á recibir al extranjero, con los brazos abiertos como la cruz de amor que él mismo alzaba en los aires. No volvía el descubridor de su asombro ante

Digitized by Google

aquella repetida familiaridad de tribus desnudas que á pesar de no haberle visto jamás le recibían, sin embargo, como al viajero blanco y barbado que debía llegar. En una de las islas, el cacique, ceremonioso y fastuoso, seguido de su corte, vino á saludarle, y subió hasta el navío. Traíale como ofrenda una banda de oro, que era tal vez su emblema imperial. Le recibió el almirante en el castillo de popa, donde le regaló con merienda, obsequióle con un collar de ámbar, y le mostró las banderas del rey. Mas todo el mar hasta allí recorrido, no era sino la ruta hacia otro símbolo más puro de la fraternidad indiana, á donde el hado de la proeza les conducía.

Como á principios de noviembre las carabelas encontraran un río hospitalario, el almirante resolvió detenerse, á fin de aderezar en tal abrigo sus maltrechas embarcaciones. Por una especie de presagio, bautizó aquel lugar con el nombre de «Río de los Mares». Resolvió allí que dos cristianos, acompañados de un indio traído de la Guanahaní, se internaran en la nueva isla. El indio serviríales de guión; y llevaban recado para regalar á los naturales que hallasen. Peregrinaron los tres luen-

Digitized by Google

ga jornada, hasta llegar á un pueblo de cincuenta chozas asaz grandes como para alojar sendas familias. Anochecía ya en el campo, y la lumbre de los hogares ardía bajo el techo de las chozas. Anunciados por el indio estos peregrinos del mar, los jefes de la población salieron á recibirlos. Andas de brazos humanos les condujeron al recinto de la ciudad indígena. Guiados hasta la más espaciosa de aquellas rústicas moradas—templo ó alcázar—hiciéronle sentar á cada enviado en un asiento sacerdotal y simbólico, llamado «el Duche» en el idioma del país. Figuraba esta cátedra un mitológico animal con piernas cortas, sobre las cuales toda ella reposaba. La cola espesa y dura, enhiesta por detrás, servíale de respaldo; su ancho lomo formaba la silla, de suerte que al sentarse en ella veíase por delante, entre las piernas del elegido, los ojos de oro de esa cabeza mitológica. Aquel iconomueble era, sin duda, el símbolo de la hospitalidad.

Os lo digo, porque sentados sobre el Duche los dos hombres del Mar, vino hacia ellos la población del pequeño reino. Indios é indias depositaban á sus pies los presentes: hilo finísimo de algodón,

Digitized by Google

piezas de oro, granos de maíz y especies. Algunos se sentaron en torno, con los pies cruzados sobre el suelo, y les dieron á comer raíces cocidas que, según el relato de ambos, sabían á castañas. Rogábales el pueblo que se quedasen á vivir con ellos, y cuando llegó la hora de recogerse á los navíos, la muchedumbre quiso acompañarles. Los extranjeros que tornaban al Río de los Mares no aceptaron otro cortejo que el del cacique, su hijo y un criado. Con ellos atravesaron la manigua que los separaba del Océano. Nadie turbó su paso por el bosque. Perros que no ladran seguían su huella. En alguna choza del camino rendíanles parias al pasar. En la espesura cercana, cantaban papagayos y ruiseñores. La brisa marina que movió el estandarte del rey en la costa de la Gunahaní, movía aquí las susurrantes hojas de los cañaverales y plátanos silvestres. Así tornaron los extranjeros del Duche á la ribera donde el almirante aparejaba ya sus navíos para hacerse á la mar. Los indios le ayudaron á calafatear las tres carabelas del descubrimiento. Y un día la tribu hospitalaria las miró partir, sobre el Océano familiar á las Indias, y perderse en el misterioso horizonte de donde habían venido.

Digitized by Google

XII

Los exploradores que después del descubrimiento llegaron al Río de la Plata, encontraron la misma hospitalidad que en las Antillas. Los soldados de Pedro de Mendoza ó de Alvar Núñez, conducidos á la morada de los caciques indios, cuentan de recepciones amistosas en las páginas de los «Comentarios», ó en la crónica fidedigna de Schmidel. No se sentaron ellos en el dorso del Duche simbólico, sino en la tierra buena ó en los rústicos troncos nacidos de esa tierra. Pero la sombra de sus chozas, la carne de su pesca y hasta el amor de sus indias, todo lo compartieron. La ruptura de las dos razas fué un hecho que siguió siempre á los tributos injustos, á los vejámenes de que era víctima la tribu inferior á manos del extranjero armado.

El desenbarco fatal de Solís en la costa de los charrúas, es un acontecimiento que, dado su ca-

Digitized by Google

rácter excepcional, no podría ser alegado en contra por la historia. Eran los charrúas el pueblo más indómito del Plata, «gente sin danzas ni fiestas» y agréguese para completar la excepción, que no se repitió después una emboscada semejante: por otra parte, aquélla hubiera sido sin trascendencia, si la persona casualmente herida no fuese el jefe de la expedición.

Del mismo modo, el exterminio de la primera Buenos Aires por la flecha y el fuego de los querandíes, fué la reacción del elemento nativo contra la tiranía extranjera. Nómades como eran, trajeron, sin enbargo, durante catorce días, carne y pescado al real de la ciudad recién fundada. Como al décimoquinto no vinieran envió el adelantado emisarios torpes, que se desmandaron con los indios en la cercana toldería. La muerte de don Diego de Mendoza exasperó á su hermano el fundador; las represalias comenzaron, y Buenos Aires vió llegar un ejército de 23.000 hombres armados de lanzas, dardos, macanas, bolas arrojadizas y vocinas—vasta confederación de tribus querandíes que avanzaban al clamor de los hermanos agredidos, movimiento instintivo en defensa del

Digitized by Google

río natal y de la raza, á cuyo embate las chozas de la ciudad, «extranjera» quedaron reducidas á cenizas, y á 560 los 2500 hombres que la fundaron.

En la exploración de los ríos interiores tampoco fuéles hostil la primera actitud de las tribus. Cuatrocientos sobrevivientes de Buenos Aires, remontando el Paraná con Ayolas, llegaron en paz á la sede de los timbúes, unas ochenta millas aguas arriba. Cuatrocientas canoas, repletas de indígenas jubilosos, cubrieron las olas para recibirles. Ayolas obsequió baratijas al cacique, y éste, llamado Rocherá-Guazú, condujo los expedicionários á su pueblo, donde á todos sirvió carne y pescado, «dándoles de comer hasta hartarlos». Schmidel, que lo relata, iba con ellos. Y aquel pueblo timbú censaba 15.000 hombres, todos ágiles y fornidos.

Las escalas del viaje hasta el Paraguay están marcadas por iguales escenas. Doscientos españoles en 8 bergantines pasan entre los indios populosos, alimentándose de lo que éstos les servían, siguiendo el rumbo que ellos les indicaban, utilizándolos personalmente como intérpretes, como baquianos, como aliados. Los corondas, que eran

Digitized by Google

altos como los timbúes, y semidesnudos como los querandíes, les retuvieron dos días en su pueblo, y al partir les suministraron víveres de su pesca, y les dieron para lenguas y guías dos carios que tenían cautivos á los guaraníes. A lo largo de las islas, generaciones pequeñas como los mocoretás, que sumaban 18.000 hombres de guerra, ó grandes como los mepenes, que llegaban á 100.000 —tanto que su jefe necesitaba dos días para reunirlos—todos les ofrecieron las vituallas é informes necesarios para avanzar la exploración.

La guerra que opusieron los carios en el Paraguay, y más tarde la alianza de éstos y los españoles contra los agaces y jarayes, fueron luchas por la libertad y por la tierra, pues habían acompañado en el establecimiento de la Asunción. Así también en las otras regiones argentinas, por los caminos que venían de Chile y el Perú, al acatamiento le siguió la guerra, cuando la guerra fué menester contra la injusticia, ó necesaria para la propia vida. A don Diego de Roxas, primero que atravesaba el país desde el norte, le mataron los jurís de Santiago, pero le habían acogido bajo el auspicio de sus hechiceros, los calchaquís de Tu-

Digitized by Google

cumán. Al legendario César de Sancti Spiritus, primero que penetraba en el litoral, no le hostilizaron ni los bárbaros comechingones de Córdoba, que habitaban en cuevas. A Pedro del Castillo le acompañaron los huarpes en la fundación de Mendoza, matriz de subsiguientes fundaciones en Cuyo, como acompañaron á Francisco de Aguirre los diaguitas en la de Santiago, matriz de subsiguientes fundaciones en el Tucumán. Pehuenches de Cuyo y calchaquíes del Tucumán, todos se sublevaron más tarde, como lo habían hecho los querandíes de Buenos Aires, cuando el blanco les rerultó un opresor. Las tribus abiertamente reacias á la civilización fueron pocas en realidad, y las que resistían eran exterminadas por la guerra en una lucha desigual, donde arcabuces y caballos podían más que dardos y bolas. Las que no sucumbieron en los primeros siglos se confinaron en las lejanías de la Pampa ó se refugiaban en las selvas del Chaco, prefiriendo esa lente muerte á las ventajas de la civilización.

En cuanto á los otros, su hospitalidad no debe sorprendernos. No es sólo que la conquista del Plata los encontrase débiles ó en la inocencia de

Digitized by Google

la naturaleza. No olvidéis que en los grandes imperios de Atahualpa y de Moctezuma, este sentido de la fraternidad humana resplandeció hermosamente al advenimiento de Cortés y Pizarro. Es que la tradición del diluvio, común á casi todos los pueblos indianos, había inspirado hasta en nuestras misérrimas tribus respeto religioso por los hombres del Mar. Aquí en las tierras argentinas se cultivaba la leyenda de dos progenitores marítimos, Tupí y Guaraní, de quienes descendían casi todas las tribus que las habitaban. Este mito genésico del Plata nos ha sido transmitido por el jesuíta Guevara, y entre los arreos de su incorregible retórica y las ingenuidades de la fantasía popular, se siente flotar en esta fábula algo como una desvanecida reminiscencia de sus nobles òrígenes atlánticos. Según aquella fábula, en efecto, Tupí y Guaraní fueron dos hermanos que habían arribado navegando los mares, hasta las costas del Cabo Frío. Desembarcados allí, peregrinaron, ellos y sus esposas, á través de la selva inmensa, poblada sólo de jaguares y pumas. Traspuestas las tierras vírgenes del Brasil, llegaron á nuestras zonas fluviales, y allí levantaron las primeras ha-

Digitized by Google

bitaciones humanas. Procreando ambas parejas en su solar de las Indias, la descendencia fué tan numerosa que sobrevinieron disputas entre las dos ramas fraternas, ya populosas como dos naciones. Para evitar una guerra, se decidió que los herederos de Tupí marcharan hacia el norte para poblar las selvas del Brasil, y los de Guaraní hacia el sur, á distribuirse por las islas y llanuras del Plata. La estirpe de Guaraní hubiese perecido cuando el diluvio, bajo el cacicato de Tupá, á no ser el antiguo hechicero Tamandaré, que anunció la catástrofe y recogió al rey y una parte de su tribu en la copa cargada de frutos de una gigantesca palmera. Descendidas las aguas, los guaraníes bajaron del arca vegetal cuyas ramas les habían alimentado durante la sumersión espantosa, y marcharon á repoblar la soledad todavía húmeda de las pampas.

Yo sé que esta leyenda no estaba muy arraigada en nuestro país, y que muchos pueblos litorales ignoraban su propio origen, no ocasionados como eran á cultivar sus tradiciones. Pero me place ahora restaurarla, porque la estirpe indiana que no pereció en nuestro suelo bajo las aguas del diluvio, iba á sufrir en su destino el embate de razas

Digitized by Google

invasoras. Absorbida por las encomiendas y las misiones, ó destruídas materialmente por la guerra, su nombre y su carne iban á transformarse como la leña virgen en la hoguera que encendía á su paso el paladín. Hombres que tenían el color y rudeza de nuestros árboles, fueron como accidentes de la tierra, tal cual los árboles del bosque ignoto que prestara su abrigo al conquistador. La leña, transfigurada por el fuego, dió color á las carnes del soldado, y la tribu al morir dióle su sangre al épico renuevo que nos dejaba el invasor.

XIII

Hubo en la ciudad de Tezcuco, durante la era floreciente del rey Nezahualcoyolt, un himno suyo al cual llamaban el Xompancuicatl, ó «Canto de la Primavera». Era este canto un himno convivial que los acolhuas entonaban en la inauguración de sus palacios. El gran monarca, que había sentido pasar sobre su tierra y sobre su

Digitized by Google

alma indianas el castigo de las invasiones tepanecas, anunciaba en ese poema la destrucción futura de su raza. Aprovechábase la hora del regocijo y de la hartura para hacer á los hombres el anuncio fatídico. Aquel cántico aunaba la videncia divina con la aflicción humana, y uno de sus pasajes decía:—«Oid lo que anuncia el rey Nezahualcoyotzín, sobre persecuciones y calamidades que han de padecer sus reinos y señoríos. Ido que seas de esta presente vida á la otra, ¡oh rey Yoyontzín! vendrán tiempos en que serán deshechos y destrozados tus vasallos, quedando todas tus cosas en las tinieblas del olvido; entonces, de verdad, no estará en tus manos el señorío y mando, sino en las manos de Dios. Y entonces serán las aflicciones, las miserias y persecuciones que padecerán tus hijos y tus nietos; y llorosos se acordarán de ti, viendo que les dejaste huérfanos en servicios de otros extraños, y en su misma patria acolihuacán...»

La palabra profética que sonaba en la lengua del más grande de los reyes acolhuas, alcanzó un último eco en el imperio de los Incas, para que la fatalidad de tal augurio abarcase la extensión dilatada de ambas Américas.

Digitized by Google

Fué tradición hallada por los españoles en el Perú, que durante el reinado de Huayna Capac, padre de Atahualpa y de Huascar, aciagos signos de la tierra y el cielo anunciaron la caída de aquel imperio indiano, y el triunfo de la nación invasora.

Terremotos, crecidas del mar en la costa, cometas de espantables calores y un cóndor perseguido por halcones, que cayó en la plaza del Cuzco, el día de la solemne fiesta anual que rendían al sol, fueron signos que los amautas y sacerdotes interpretron como agüeros fatales. Pero una noche, Huayna Capac vió desde su palacio que la Luna, progenitora de su estirpe, tenían en derredor de su faz un halo de tres círculos: era el primero rojo como la sangre, era el segundo negro como la noche, era tercero vago como el humo... Asaz turbado el Inca mandó llamar á los llaycas ó magos, para que interpretaran el pridigio: — y el primer círculo anunciaba la guerra; el segundo, la caída del sol; el tercero, la desaparición de su raza. Un adivino de la nación, Yauyu, famoso por su iniciación en las cosas ocultas, díjole al Inca: — «Pachacamac, criador y sustentador del mundo, ame-

Digitized by Google

naza tu sangre»... Algunos años después los chasques traían de las lejanas provincias ribereñas la noticia de que hombres blancos y barbados habían aparecido navegando en el mar. Hasta que un día Huayna Capac, enfermó de chucho, abdicó su corona; pidió que enterraran su corazón en Quito como ofrenda del amor que le había unido á la reina de esa ciudad, y su cuerpo en el Cuzco para que reposara junto á las cenizas de sus padres, y dividió su imperio entre Huascar y Atahualpa, los hermanos fratricidas que después guerrearon, facilitando con ello el triunfo de los españoles. Las últimas palabras de Huayna Capac han sido conservadas por el inca Garcilaso, quien después de la conquista las recibió de un inca viejo llamado Cusi Hualpa, y de su madre, y de Hualpa Tupac Inca, hermano de su madre. Parece que en esas palabras comenzaran á realizarse ya las profecías de los llaycas; algunas recuerdan la unción del himno de Nezahualcoyolt; por todos pasa la fatal resignación, no de un rey, sino de una estirpe agonizante:—«Muchos años ha, dijo á quienes le oían, que por revelación de nuestro padre el Sol, tenemos que pasados doce reyes de sus hijos, vendrá

Digitized by Google

gente nueva y no conocida en estas partes y ganará y sujetará á su imperio todos nuestros reinos y otros muchos. Yo me sospecho que serán de los que han andado por la costa de nuestro mar. Será gente valerosa que en todo os hará ventaja. También sabemos que se cumple en mí el número de aquellos doce incas. Certifícoos que pocos años después que yo me haya ido de vosotros, vendrá esa gente nueva y cumplirá lo que nuestro padre el Sol nos ha dicho, y ganará nuestro imperio y serán señores de él. Yo os mando que les obedezcáis y sirváis como á hombres que en todo os harán ventaja: que su ley será mejor que la nuestra, y sus armas poderosas é invencibles más que las vuestras. Quedaos en paz, que yo me voy donde mi padre el Sol me llama.»

Así morían resignados los incas, heridos en su sangre por una sentencia de Dios. Las serenas palabras de Huayna Capac y el hondísimo canto de Nezahualcoyolt, muestran cómo hablaba el espíritu de las Indias en la agonía de su primera estirpe, próxima á recomenzar la gestación difícil, hecha de guerras y de amores, que habría de reencarnarle en una estirpe nueva y superior.

Digitized by Google

Cualquiera que fuese el origen de todos aquellos pueblos agredidos por la conquista, autóctonos ó inmigrantes, civilizados ó bárbaros; venidos del Tibet ó de la Atlántida, tenían todos ellos el tipo creado con su aire y con su agua, con su fuego y su tierra por el genio caracterizante de las comarcas indianas. Indios eran. Y la agonía del indio iba á durar tres siglos, á partir desde aquella mañana de octubre en que las tres carabelas del almirante vinieron á sorprenderle en su misterio de la Guanahaní. Pero la fuerza inmanente del territorio pugnaría durante ese mismo lapso por diferenciar un tipo nuevo que restaurase purificado al antiguo, y tal era «el criollo», cuyo parto, en rotunda afirmación de vida, fué la epopeya de nuestra independencia.

Las fuerzas eternas de la tierra han impedido que se cumpliera totalmente el anuncio del testamento incaico y del himno acolhua. El trágico presagio de los halos lunares que descifraron los llaycas de Cuzco, sólo en dos de sus partes se ha cumplido: el círculo de sangre de la guerra y el círculo de sombra de la muerte. La tierra que habla por la voz de sus poetas, ha evitado que se

Digitized by Google

realizara también el círculo de humo del olvido. La tradición renaciente por la comunidad del suelo y la continuidad de la historia, ha renovado el esplendor de los palacios indianos, donde se oía el triste Xompancuicatl de los convites, y dignificado por la pampa que ahora labramos, la cueva donde moró el indio desnudo. El círculo de sangre de la guerra y el círculo de sombra de la muerte, al proyectarse sobre las tierras del Plata, realizaron fácilmente su presagio, porque aquí no teníamos fortalezas como la de Urubamba, ni caminos como el de Atacama, ni palacios como los de Tezcuco, ni ejércitos como el de Cholula, ni murallas del Cuzco, ni templos como el de Tiaiguanaco, ni tesoros como el Quimbaya. Nuestro indio, pobre y débil como la choza que habitaba, ensangrentó desde el Uruguay á los Andes la espada de los blancos vencedores, ó le entregó su libertad en los combates, su religión en las misiones, su nombre en las encomiendas. Bravos como los charrúas ó mansos como los huarpes; civilizadores como los diaguitas ó reacios como los matacos; prolíficos como los chaná ó escasos como los yaganes; jinetes como los huiliches ó peatones como los pay-

Digitized by Google

yus; industriosos como los calchaquíes, ó bárbaros como los sanavtronas; pequeños como los caiguás ó grandes como los patagones; hospitalarios como los coronda ú hostiles como los agaces; con mujeres ardientes como las jarayes ó feas como las timbúes; — cualquiera que haya sido el dictado de sus vidas efímeras, no hubiera sido posible, aún proponiéndose, exterminarlos totalmente. Su ser volvió á la tierra indiana de donde brotase, más fué para renacer en nuestras almas. Desvanecida para siempre su forma, el espíritu que la anima perduró en la emoción de los paisajes nativos, flotó sobre los montes y las pampas en las leyendas que dejara, ardió de nuevo en el amor á la patria que enciende todavía nuestros pechos, se hizo más noble en los ideales de fraternidad que practicamos. Todo él como una fuerza talismánica, hijo del Sol él mismo, rompió el presagio de la Luna aciaga, y salvando los tiempos sobre la guerra y la muerte, en ese espíritu se asienta, como en la tierra propia, la plenitud de nuestra esperanza.

Digitized by Google

XIV

Ha sido error asaz generalizado entre nosotros, ese de que el indio argentino fué totalmente exterminado por la saña del conquistador, ó pereció lentamente—mitayo, encomendado ó yanacona—en los padecimientos de la servidumbre colonial. Así habíamos llegado, con grave falseamiento de la historia, á creernos un pueblo de pura raza europea, olvidando que la emancipación, salvo el escaso número de los dirigentes, fué realizada por el cholo de las ciudades y el gaucho de los campos, mestizos á quienes el nuevo dogma directamente beneficiaba. Recordemos también que la guerra criolla tuvo en las fronteras sobrevivientes de ambas fronteras, sus mejores aliados contra el realista español. Pero la falta de apellidos indígenas, así en las levas de la libertad como en los empadronamientos de la república, pareció comprobación concluyente de nues-

Digitized by Google

tra hispanización, sin considerar que el indio al cristianizarse, comenzaba por adoptar un nombre castellano. Consistió generalmente ese bautismo en el santo que el misionero designaba, y su apellido en el de su inmediato señor ó vecino feudatario á quien le hubiesen encomendado. Por consiguiente, ni siquiera escaseaban homónimos entre españoles y naturales, y ya en los primeros años de la conquista, encuentro un significativo episodio que, por serlo, prefiero publicarlo tal como Ruy Díaz de Guzmán nos lo ha trasmitido: La compañía de don Diego de Roxas había llegado en 1543, tras de largas penurias, á la margen del Paraná. Era en la tierra de los timbúes, cerca del Carcarañá, y allí sentaron sus reales. «Estaba todo el río lleno de muchas islas, pobladas de muy espesos sauces que causaban gran contento á la vista; y por toda aquella costa se divisaban muchos fuegos, con lo que se avisaban los naturales de lo que se les ofrecía. Al otro día, á las 9, vinieron á reconocer más de 300 canoas de indios, y cuando llegaron en frente de los nuestros, apartados de tierra como un tiro de flecha, en una playa que allí aparecía, comenzaron á levantar las palas

Digitized by Google

en alto, señal de amistad, y quieta la gente oyeron los españoles hablar en voz alta á un indio que decía:—«¿Sois amigos ó enemigos; qué queréis ó qué buscáis?» Admirados los nuestros de oir entre aquellos bárbaros quien hablase nuestra lengua, respondió el capitán Mendoza: — «Amigos somos, y venimos de paz y amistad á esta tierra, desde el reino del Perú, con deseo de saber de los españoles que acá están.» El indio le preguntó quién era y cómo se llamaba, y el capitán le respondió que lo era de aquella gente que allí traía y se llamaba Francisco de Mendoza. A lo cual el indio mostró mucho contento, diciendo: — «Yo me huelgo, señor capitán, de que seamos de un nombre y apellido; yo me llamo también don Francisco de Mendoza, que lo tomé de un caballero de este nombre, que fué mi padrino cuando me bautizaron; por tanto, mira, señor, lo que habéis menester, que yo os proveeré de muy buena voluntad.»

Ocupadas las Indias en nombre de Dios y del rey, deslizábase junto con la conquista guerrera la conquista espiritual. Bautizar á los indios, en muchedumbre á las veces, era la preocupación del franciscano ó jesuíta que acompañaban á la hueste

Digitized by Google

invasora. Aceptado el bautismo, la conversión religiosa importaba para los indios un primer paso en favor de su mestización. Trueque de nombre y lengua eran, desde luego, para las tribus sometidas, un modo de perecer; pero disponiendo ellos de las mujeres y del número, el soldado conquistador fué absorbido por el elemento nativo. Pues fuera de las influencias naturales del suelo, tanto más poderosas cuanto más virgen y característico es ese suelo, numerosas causas sociales contribuyeron en nuestro país á la asimilación del español y su descendencia, siendo las primeras de todas, esa hospitalidad y sumisión de las tribus, ya señalada, y la enorme desproporción numérica entre el invasor y el invadido. No puede uno creer que las estadísticas ó censos coloniales fueran de una exactitud matemática, pero, aunque aproximadamente, alguna luz puede prestarnos. Se calcula en 4.000 el número de españoles que vinieron á la primera ocupación del Río de la Plata, de los cuales casi todos murieron por el hambre, las enfermedades ó la guerra. Según el censo de don Pedro de Mendoza, de 2.500 soldados que fundaron Buenos Aires, sólo sobrevivieron 560 después de su

Digitized by Google

destrucción; de estos últimos, 160 quedaron con Juan Romero á guarnecer los restos del fuerte, y 400 partieron á explorar los ríos con Ayola. A lo largo de las islas y costas del litoral, las tribus indígenas, en cambio, eran tan populosas, que bajo el nombre, un tanto lato, de guaraníes, se hacía montar á 20.000 los que habían en el Iguazú, á 100.000 en la Laguna de los Patos, á 100.000 sobre el Ibay, á 200.000 en las inmediaciones del río Ativajiva. Las primeras incursiones por los otros rumbos de la conquista, se encuentran en la misma proporción: 200 hombres que entraron por Chile con Francisco de Aguirre y 300 que entraron por el Perú con don Diego de Roxas contra innumerables indígenas: — este puñado de españoles combatió en la batalla donde fué muerto don Diego, con 3.000 judis de Santiago, y el número de los que volvieron con Heredia al Cuzco, después de haber llegado al Paraná, apenas execedía de 100. Semejante desproporción de las expediciones militares, subsistió en el período de las fundaciones, y entonces fué más grave, porque nuestras ciudades se planearon con la alianza y colaboración de los indígenas: casi todas las actas contie-

Digitized by Google

nen esta frase del fundador: «...y como tiene de esta provincia tomada posesión en nombre de la majestad del rey de Castilla don Felipe, nuestro señor, y como mucha parte de los naturales de ella han dado la obediencia y están de paz...» La ciudad de Mendoza, de cuya acta transcribo esas palabras, fué fundada por don Pedro del Castillo que viniera de Chile á la colonización de Cuyo con solo 100 hombres de caballería; todos los caciques huarpes le acogieron pacíficamente: Acoyunta, Allalme, Gueyanaré, Anato, Tabaleste; de suerte que al breve tiempo había unos 20.000 indios encomendados, en una comarca donde se calculaba 100.000 hasta el río Tunuyán. En el norte, Aguirre empadronó, el año 1553, al fundar Santiago del Estero, 47.000 diaguitas correspondientes á 56 encomenderos españoles. En 1567, la ciudad de Esteco fué fundada por expansión de los escasos feudatarios de Santiago, con el concurso de 30.000 matarás. Don Jerónimo Luis de Cabrera, nombrado gobernador del Tucumán, sacó unos 100 soldados de Santiago, San Miguel y Talavera; sometió con ellos á los comechingones de Talamuchita, Charava, Zacate, Quilloamirá, y empadronó

Digitized by Google

60.000 indios de esas sierras al fundar la ciudad de Córdoba en el sitio que los naturales denominaban Quinquizaca. Sobrevivientes de la destruída Buenos Aires, poblaron la Asunción: Irala empadronó primero en ella 27.000 indios entre 400 encomenderos; pero en el progreso de la conquista llegaron á contarse hasta 100.000 naturales de diversas tribus en las inmediaciones. Esta desproporción no varió hasta las postrimerías del virreinato, porque Concolorcorvo que en 1773 publicó su pintoresco «Lazarillo de Ciegos Caminantes», consigna datos muy expresivos sobre nuestras ciudades del interior: así dice de Santiago: «Los vecinos que llaman sobresalientes no llegan á veinte»; y de Tucumán: «Los principales vecinos, alcaldes y regidores que por todo no pasarán de 24, etc.»— y como los vecinos principales eran generalmente no mestizados, puede inferirse de ahí en qué minoría se encontraban respecto á la población indígena, que se contaba por millares en cada una de las provincias.

He ahí como la clase española fué en la colonia una minoría burocrática y señorial, constantemente renovada por los flamantes emisarios que ve-

Digitized by Google

nían á cubrir los claros de la muerte, mientras la vida hurtábale á sus espaldas el hijo criollo, engrosando con él nuestro elemento nativo. Allí donde los españoles encontraron sociedades indígenas suficientemente orgánicas para resistirle, como en Méjico y el Perú, la fusión fué más lenta y difícil, pues algo de su primitiva estructura sobrevivió en la nueva sociedad: el conquistador formó con ellas una casta guerrera y sacerdotal frente al nativo, como los visigodos sobre el romano de España. Y por el contrario, allí donde el aborigen era tan indómito y reacio á la civilización como en el Uruguay de los charrúas—cuyo nombre de «turbulentos» los definía en guaraní,—fué menester exterminarlos, y la nueva sociedad se constituyó más pura, pero totalmente advenediza, hasta en los contados indios que se necesitó traer de las costas vecinas. A diferencia de ambos ejemplos, el fenómeno fué más complejo en nuestro país, debido á la extensión del suelo argentino y la diversidad de sus razas. Ni la pequeña civilización quichúa del Tucumán ofrecía la solidez incaica del Cuzco ó de Quito, ni el tonocote ó el querandí rebeldes constituían la mayoría de la pobla-

Digitized by Google

ción aborigen. Eran, por el contrario, una parte mínima con relación á los pueblos hospitalarios, numerosos, progresivos, que se aliaron de grado ó por fuerza con el grupo conquistador. Así el soldado, el preceptor, el magistrado y el colono de España realizaron con el indio del Plata algo análogo á lo que el soldado, el preceptor, el magistrado y el colono de Roma habían, siglos antes, realizado con el celtíbero de España: una trasmutación espiritual pero no étnica. Roma conquistadora llevó á la Bética sus armas, su religión, su idioma, sus leyes, latinizando la sobrestructura intelectual de aquella provincia, pero sin modificar substancialmente la constitución semítica de la raza, pues ésta, más numerosa y en su suelo, absorvió á los escasos agentes imperiales. Armas, religión, idioma y leyes, trajo también la España conquistadora á esta parte meridional de nuestra América; pero el habitante local, por lo mismo que se sometía, «indianizó» al invasor. La conquista hispanizó á su turno la sobrestructura intelectual de las sociedades coloniales que ella creara en el Plata; pero esa actitud peculiar del aborigen argentino, dió á nuestra historia una fisonomía pro-

Digitized by Google

pia dentro del continente, como se la diera á España el suyo celtíbero dentro de la latinidad.

XV

Tres fuerzas del alma realizaron en las Indias la fusión de las dos razas progenitoras: el amor, la religión y la muerte: varón de la primera fué el colono de las encomiendas; ministro de la segunda fué el apóstol de las reducciones; soldado de la tercera fué el paladín de las batallas.

Tal tribu sujetada por las armas, acallaba sus rebeldías, ó exterminada á sangre y fuego, edificaba á las otras en la lección de la muerte. La daga y el arcabuz castellanos trajeron al servicio de la conquista más indios que el número de los heridos por ellos. La segunda Buenos Aires no se hubiera salvado, ni tantos guaraníes hubieran venido á servirla, si don Juan de Garay no se decide á escarmentar á los querandíes en el Pago de la

Digitized by Google

Matanza: la cabeza del bárbaro Tabobá fieramente cortada en la masacre por el sable de Enciso. Córdoba por los comechingones, el valle de Catamarca por los calchaquíes, Jujuy por los humahuacas, todas nuestras ciudades fueron alguna vez agredidas por los indios comarcanos, y aunque á veces por protestas contra la injusticia española, todas hubieran perecido, si el escarmiento no contiene la saña de los unos y de los otros, ligándoles para siempre en la obra de la civilización.

La sugestión evangélica fué otra fuerza eficaz de acercamiento entre esos pueblos hostiles, ya sonara hecha música en el rústico rabelillo de Francisco Solano, ó llevara virtud de proselitismo en la voz del jesuíta Ruiz Montoya. Los apóstoles de Indias abrían en la conciencia del aborigen idólatra y del soldado superticioso, la senda celeste de la fraternidad y del amor. Desde el padre Bartolomé de las Casas, protector de los indios, hasta el último misionero, podían hablar al más rico feudatario en nombre de las ordenanzas de Valladolid que garantizaban la vida de los naturales ó del Evangelio que aconsejaba la caridad. Asimismo los predicadores que buscaban analogías entre los

Digitized by Google

mitos indianos y los dogmas católicos, aprendían el quichúa ó el guaraní para enseñar en esas lenguas la doctrina y se aparecían en las tribus, pacíficos, misteriosos, taumaturgos, como una transfiguración de sus hechiceros. Las truhanerías de algún clérigo bigardo ó los abusos políticos en que después cayeron los jesuítas, no obscurecen la gloria del cristianismo en América, donde al mediar entre ambas razas, acércalas dignificando la conciencia del indio y suavizando la voluntad del soldado.

Pero la fuerza más íntima y duradera en esa fusión, fué el amor mismo, así le faltara el soplo místico de la piedad ó la ternura del hogar estable, para reducirse á bestiales cópulas que la breña incitaba con sus aromas y amparaba con su solemne desolación. La raza del conquistador: la ralea social en que generalmente se reclutaba; las largas navegaciones de meses hasta el arribo; la indisciplina voluntariosa que trae el desarraigarse de la familia ó la patria; la falta de sociedades orgánicas que le vigilasen; la complicidad de todos los conmilitones en una misma aventura; la carencia de mujeres europeas, salvo las muy contadas, pero

Digitized by Google

que lo eran de un solo y celoso dueño; la abundancia y facilidad de la presa indígena; todo incitaba al español hacia las caricias accidentales de los talámos indios, cuando no se hacía levantar hasta su lecho europeo, en rango de favorita, á la hija deseable y núbil de algún cacique. Ya podían batallas mortíferas exterminarles como á los indomables querandíes; ya podían los encomenderos de Chile «desnaturalizarlos» como á los huarpes de Cuyo, llevándolas á sus feudos; ya podían las pestes diezmarlos, como en 1718, á los reducidos en Concepción del Bermejo: — siempre quedarían «ellas», numerosas y fáciles, perpetuando la vida, diez por cada varón sobreviviente en su tribu, ciento por cada nuevo español.

La extinción de las razas indígenas á causa de los trabajos penosos, no asumió tampoco en nuestro país la gravedad que en Centro América, las Antillas ó el trópico. Nuestro clima era más benigno, nuestra atmósfera más saludable, y el trabajo que nuestro suelo requería, fué agrícola y ganadero desde sus comienzos. En el siglo XVIII, Cuyo tenía ya su industria de aguardientes y vino; el trigo y el maíz se cultivaban en la llanura; los ga-

Digitized by Google

nados traídos de España, eran ya la riqueza de nuestras incipientes estancias. Cuando el padre Las Casas decía que la causa de haberse «perdido, inficionado, estragado y despoblado todo este orbe, aquel há, vastativo é infernal repartimiento que baptizaron con nombre de encomiendas», se refería al uso que el encomendero hacía de sus indios en el cateo de las minas insalubres y en la pesquería de mortales lagunas. Pero el cebo del oro fué para nosotros excepción en las venas del Famatina; y en cuanto á los hallazgos de perlas, que tanto estrago hacían en las islas y tierra firme del norte, no llegaron á ser en las costas del Plata, sino efímera veleidad de sus primeros exploradores. A pesar de ello, las leyes de Burgos, promulgadas en 1512, protegían al indio constituyendo á su amo en una especie de tutor. Las ordenanzas de Valladolid que las completaron en 1513, creaban especiales cuidados para la mujer: las indias casadas y las menores de 14 años no podrían ser empleadas sino en trabajos livianos, tales como «desherbar las heredades ó cosas semejantes en las haciendas de sus padres.» La avidez y la falta de garantías eficaces burlaron estos buenos pro-

Digitized by Google

pósitos de la corona; pero aún así, los males que tal legislación prevenía nunca llegaron á extremarse en esta parte de América.

Siendo la guerra una de las causas mayores de exterminio, ésta dejaba á salvo la mujer, dada su propicia condición pacífica. En algunas tribus ellas guerreaban; mas era lo habitual que sólo cargaran con las faenas de paz, pesando sobre el hombre las otras. Expedicionando en lo interior del Paraguay, en tiempos de Alvar Núñez, Hernando de Ribera encontró noticia de pueblos habitados exclusivamente por mujeres, y aunque nació de esta «Relación» la fábula de las Amazonas, debió ser verídico el origen del aserto, consistiendo esa división por sexos, en una medida estratégica de los indios. Tales cuidados de los reyes de Castilla, de los misioneros cristianos y de los propios naturales, salvaron la mujer para los apetitos del conquistador; pero estando el misterio sexual de la mujer ligado á la condición genésica de las tierras y los astros, se me ocurre que el suelo patrio y nuestro padre el Sol, salvaban en esta hija primogénita, el ser que habría de perpetuar las primordiales virtudes del genio indiano.

Digitized by Google

El español fué hacia ella, porque traía, varón excelente, sus instintos desnudos como su espada. Ocho siglos de convivencia con el árabe le habían familiarizado, á pesar de la intolerancia oficial, con infieles de carne morena. Hombre sin prejuicios de raza para el amor; mestizo acaso él mismo, de moro, de gitano ó de judío; buen violador de harenes en Granada, de conventos en Roma, de hogares en Lieja, ese soldado sabía las dulzuras del amor prohibido, mezclado con tormentos de eternidad. Para que tal destino se realizara mejor, el colono del Río de la Plata fué con preferencia andaluz, vale decir anárquico, moreno y sensual. No era el vasco de Chile, que cuidaba la pureza de su abolengo; ni el inglés de Virginia, que despreciaba las razas inferiores. Y á medida que los siglos pasaron, su ralea social no mejoró, pues si algunos hombres nobles entraron con Cabrera y con Mendoza, cada día fué siendo más verdadera la frase de «El celoso extremeño» sobre las Indias: «refugio y amparo de los desamparados de España, iglesia de los alzados, salvoconducto de los homicidas, pala y cubierta de los jugadores, añagaza general de mujeres libres, engaño común de mu-

Digitized by Google

chos y remedio particular de pocos.» Cervantes debía saberlo, no sólo porque vivió tanto en Sevilla, cuando la rica ciudad hispalense era metrópoli de las Indias, cuanto porque él mismo, aporreado de los hombres y de la suerte, quiso pasar á América. Tal vez si hubiera venido, aceptara el tributo de tres indias como los soldados de Irala en el Paraguay—salvas las siete que el jefe se reservó.—Quizás al escribir las memorias de sus andanzas—que las hubiera escrito,—nos habría dicho de las jarayes: «Son hermosas á su manera, y muy bien que saben pecar en lo obscuro»—como el ingenuo Schmidel en su «Viaje»...—Otros cronistas, como Cieza de León ó Guevara, nos han dejado el testimonio de que no todas las indias eran feas. Gracias á ello, no se desperdició toda esa sangre, chorreada como riego de la guerra sobre los predios de la muerte. Desde el cálido tálamo de las breñas indianas, pasó á la arteria del mestizo, renovando y enalteciendo la vida, por la criatura nueva en quien el amor aliaba su sangre con la sangre del Conquistador.

Digitized by Google

XVI

Los mares le habían visto, y las montañas le conocían. La tierra no se acordaba de hombre alguno que se hubiese aventurado á poseerla con tan mágica fuerza en los ademanes, con ensueño más alto en el propósito, con avidez mayor en el deseo. Acaso en las inopias y vagares de su lejana villa solariega, vistió la raída capa del pícaro ó del tahur; mas con tal gallardía la portaba, que hubiera sido clámide en sus hombros, cuando aquende los mares prorrateó con su hazaña, la gloria de los imperios y el oro de los adelantazgos. Apercibido para la lucha, era capaz de todo por su quimera, y tales fragosidades cruzara, que desgarrando en ellas su cota, llegara al término victorioso y desnudo, como un guerrero de las metopas, con solo el casco y las armas. Tuvo un galeón, y navegó sobre él varios océanos; tuvo un caballo y galopó sobre él tres continentes; paladín, excedió las ficciones de la Ilíada; peregrino,

Digitized by Google

superó las leyendas de la Odisea. De tal modo la proeza le engrandecía, que perseguido quizás en Sevilla por los justicias y verdugos del rey, llegó á ser en las Indias, justicia y verdugo de reyes. Sujeto de abandonar la patria y lanzarse por ella á lo desconocido, en frágiles naves, fué capaz de quemarlas, cerrando á sus espaldas todo camino, pues su arrojo no conocía sino dos: el del triunfo y el de la muerte—los dos adelante.—Las proezas de Granada contra el moro, los abordajes de Lepanto contra el turco, los degüellos de Flandes contra el hereje, no fueron sino tanteos de su expansión, ensayos de su heroísmo, iniciaciones de su fe. Su raza era la elegida de Dios para misión más preclara; y él era el elegido de su raza, flor y compendio de virtudes guerreras. Navegando mediterráneos azules, aprendió á derramarse por ignotos océanos, hasta redondear el globo bajo su quilla; y escalando cumbres alpestres, por rutas ya antes holladas, aprendió á tramontar nuestras cordilleras, pero abriendo él mismo la ruta. Vino á nosotros, por designio providencial, no á demoler nuestro pasado, sino á abreviarnos el plazo del porvenir. Traía el verbo y el credo de una civili-

Digitized by Google

zación más extensa y más alta. Por ellos nos acercó á la armonía y la felicidad de los hombres. Ante semejante destino, su obra aún manchada por la sordidez, por la crueldad, por el crimen, fué como un instante de la eternidad. Domador de los instintos y los elementos, parecía un ministro del exterminio; pero al paso de ese formidable—Hércules en faena,—florecía sin embargo la vida. No le juzguéis como á hombre, porque si él saqueaba tesoros de príncipes, á él le saqueaban su tesoro los príncipes; y si él sojuzgaba una raza, él iba á sucumbir, á su vez, á manos de otra raza por él mismo engendrada. Vedle como una fuerza del alma, como un huracán del destino, como un trasmutador del espíritu, que vino á substituir un ídolo por otro ídolo, un verbo por otro verbo, un jefe por otro jefe, todo para un alto designio. Recordad, argentinos, cómo fué en los desiertos inmediatos un sembrador de pueblos, de criaturas, de mieses y de esperanzas. Su numen era providencial y fatal, por eso fué proteico y omnipotente: ora vistiera cota de soldado, ora estameña de evangelista: entonces su palabra, entonada de bronce en el bramido de mando, timbrábase de cristal en la prez

Digitized by Google

de dulzura; entonces la diestra que enarbolara vibrante de orgullo su sable homicida, alzaba al cielo ungida de humildad, su cruz pacificadora; y entonces el soplo de lo extraordinario que amimara su delirio guerrero en busca de Trapalabandas y Quiviras, pasaba á las realidades del milagro y las visiones del éxtasis. Conquistar almas para la fe ó reinos para la corona, ambas eran idéntica proeza. Bélico ó místico, fué á las veces cantor de sus propias hazañas: héroe y poeta, santo y hagiógrafo—todo en uno.—Iluso de fortunas imaginarias, merecía que el azar se las hubiese rendido, sólo por el arrojo que gastó en buscarlas. Visionario, antojábasele cierto lo que aún estaba latente en su sueño, pues las ciudades fabulosas no eran las inhalladas de los Césares, sino la que él vino á fundar. Para eso apareció ante las tribus, como una encarnación del prodigio hipocentauro, en los cuatro cascos de su caballo de guerra, y Pillán vomitando por sus trágicas armas el estruendo del trueno. Bien realizaba por esos atributos, lo alto de su origen y lo grande de su destino. Cometas en el cielo, sequías en la tierra, crecientes en el agua, incendios en el fuego, los cuatros elementos de la vida primordial habían anunciado su adveni-

Digitized by Google

miento. Huayna-Capac y Nezahualcayolt fueron sus imperiales profetas. Toda la tierra de Indias, como una hembra morena y ardiente, se estremeció á su llegada. A la presencia del predestinado, sintió que su misteriosa hermosura se transfiguraba en leyenda. Por eso la tierra no se acordaba de hombre alguno que se hubiese aventurado á poseerla con tan mágica fuerza en los ademanes, con ensueño más alto en el propósito, con avidez mayor en el deseo. Brazo armado de Dios, las tribus y los montes se le rendían. Su espada iluminaba las selvas; su marcha fatigaba las rutas; humillaba su planta las cordilleras. De pie sobre las cimas, su ojo avizor atalayaba horizontes como cóndor andino; ó bien husmeaba la inmensidad, cauteloso y bravío como un jaguar hambriento, si bajaba á anegarse en la soledad de las breñas. El se había sentado en el Duche de la Guanahaní, símbolo del amor de las razas; y escalado los Pucará de la montaña, símbolo de las patrias defendidas. Dureza de mortíferas galgas y frescura de plátanos hospitalarios, de las dos sabrá su frente. Demonio de ambiciones humanas, era á la vez arcángel de divinas empresas: ansia de cielo y ansia de oro, para ambos fuegos ardía la flameante bra-

Digitized by Google

sa de su corazón. Cuando empuñaba su espada, su brazo articulábase indisoluble con ella, y cabía dudar si era su diestra el pomo del acero, ó si era éste la moharra de un muñón de presa—los dos al mismo temple de su fábrica toledana.—Y cuando disparaba su arcabuz, el fogonazo y el estampido del arma duplicaban apenas el clamor de su voz y la fulguración de sus ojos—ambos heroicos en el vano obscuro de su casco negro. Hijo del Cid con alma de emperador y de soldado, tal fué aquel antecesor; — brazo de hierro, corazón de hierro, también su vestidura era de hierro. Y un día allá en los Andes, muriendo el Sol del Inca á la distancia, hizo reverberar su fuego sacro en la panoplia triunfal, y encendió sobre el yelmo de aquel héroe una cimera de gloria...

XVII

Al penetrar el conquistador en la tierra argentina, casi todos los pueblos nativos se plegaron á la nueva civilización, según ya lo sa-

Digitized by Google

béis. Esto no impidió á algunos jefes, seguros de su fuerza y sordos á los presagios de ruina, levantarse contra el invasor. Encarnaban ellos la forma heroica de la defensa patria, y su recuerdo ha de sernos venerando, porque su patriotismo, aunque elemental, fincaba en el amor á la tierra indiana. Paramentados ó desnudos, fuertes ó débiles, obscuros ó ilustres, fuéronlo según el grado de civilización aborigen que cada uno de ellos representaba: la del Perú pudo darnos al pretendiente Manco Inca, hijo de Huayna Capac que demandó á los Pizarros el trono del Sol; la de nuestro país sólo era capaz de darnos á Juan de Calchaquí en la Montaña, y en la llanura á Tabobá el Querandí. Fué el postrero de todos, aquel desventurado y formidable Tupac-Amarú, cuya lengua cortada por los extranjeros predica todavía la restauración... Mas aquí sólo quiero hablaros del que, según las historias coloniales, me ofrece en el Plata nuestro más significativo alzamiento: quiero aquí relataros el mito del Cacique Oberá.

Hacia el año 1578, la ocupación del Río de la Plata era casi total. La destrucción de Buenos

Digitized by Google

Aires y la internación de las carabelas de Ayolas é Irala, habían llevado á la Asunción el centro de la conquista argentina. A lo largo de las islas y las riberas, iba el conquistador sojuzgando la libertad ó recibiendo la alianza de pueblos que se denominaban los tumbú, los carcará, los chanás, los mocoretá, los coñamec, los mepenes, los agaces, los gandules, los nogaes, los camés, los beguaés, los calchines, los yaros, los payaguás, los guatos, los mbayá, los aguarás, los carios, los chanás, los arechanes, los chiquis, los curumiás, los chayos, los gualachos, los cuataguás, los ibiticucuyes, los guarapayos, los maneses, los miños, los guayanás, los jarayes, los mogolas, los napabes, los pates, los tatuás, los saramocosis, los travasicosis, lo peaubeyús, los yapurús, los comengúas, los perabaanznhes, y hasta los propios charrúas y querandíes, que por ambas riberas del Plata, velaban con su indomada bravura la entrada de las tierras argentinas. Y entonces fué cuando apareció en las inmediaciones del castro español, convocando á los pueblos guaraníticos, el cacique Oberá, cuyo nombre en su lengua significaba «Resplandor».

Digitized by Google

Era Oberá más que cacique, encarnación mesiánica de las potencias indígenas. Como Cristo, se decía hijo de Dios, y se le creía nacido de una madre virgen. Juzgábase venido para devolver á la primera estirpe argentina, su territorio, sus dioses, su libertad. Acaso conociera, por otros indios sometidos, el dogma que los invasores predicaban, pues algo de aquellos dogmas animaba su propia predicación. Aunque miembro de la nobleza local, más que un emperador, era un pontífice de su pueblo. Numen de la raza, él no guerreaba: tocaba á su hijo Guizaró realizar los designios y vaticinios del padre. Contemplativo y hierático, moraba en una choza donde jóvenes sacerdotisas le hartaban la concupiscencia. Hasta su sede llegaban los peregrinos de la tribu con demandas y ofrendas. Para conjurar la ira del numen ó merecer sus favores, realizábanle complacientes orgías, donde núbiles indias, semidesnudas en sus tipoyes de hebras vegetales, escanciaban aloja y chicha en jícaras de tacuara, y quemaban en rústicos pebeteros, aromas de caaysí.

Tanta era la fe con que su pueblo le obedecía, que todos los ecos de las invasiones llegaban has-

Digitized by Google

ta la choza oracular. Oberá los oía, y consultados los astros, pronunciaba el consejo. Pero he aquí que un día, después de tantas muertes y despojos perpetrados en la patria por el hombre extranjero, cambió de revelación el arúspice: un cometa apareciera en el cielo, y su luz ordenaba la expulsión de los invasores. Oberá llamó entonces á Tapuy Guazú, el más poderoso de los caciques adictos, y mostrándole el augurio celeste, le envió á reunir los jefes en la asambea tradicional, á fin de que concertaran la guerra.

Los jefes se reunieron á la ribera del río natal. La noche era trágica sobre los bosques y las aguas. Las constelaciones familiares parecían lividecer ante el astro fatídico, cuya cauda cortaba con un trazo purpúreo la soledad de la noche. Inmenso ante ella, apareció el gran sacerdote con su corona de cuero y de plumas, en la diestra su báculo decorado con uñas de tigre. Acompañábale Guizaró, su hijo, quien traía en la mano un signo alto y nuevo, tomado acaso á los extranjeros en una lucha anterior. Rodeaban á Oberá los más poderosos jefes, entre ellos; Ibiriyú, tatuados el rostro fiero y el pecho nervudo; Urambia, anciano

Digitized by Google

ya, que había conquistado el Cacicato por su juvenil elocuencia; Curemó, con el cuello ceñido por un collar de dientes humanos, emblema de su bravura; Tanumbonó cuya voz era rotunda como su nombre; Cuyapey, tan dispuesto siempre á la guerra, que acostumbraba venir á estas convocatorias ya apercibido de sus armas; Yaguatatí, diestro por igual en el manejo de la lanza ó en el disparo de la flecha; y otros menos ilustres, y la muchedumbre turbulenta como el río natal, engrandecidos todos por el vasto misterio nocturno, en aquel escenario de silencio que las selvas circundantes abrían... Oberá proclamó la orden del cielo, les prometió su ayuda omnipotente; y mostróles en manos de Guizaró el signo nuevo, que era una cruz hecha de lanzas truncas, á cuya advocación debían luchar.

Capitaneaba entonces la conquista del Plata don Juan de Garay, quien, sabedor de esta concentración guaraní, previno á Villa Rica y la Guayra, y él partió personalmente, con 130 hombres de caballería, á instalar su castro en las riberas del Ipané, sitio estratégico para defender la Asunción por el norte. Entonces aparecieron en el real cas-

Digitized by Google

tellano los dos indios Pitum y Corazí, que venían en nombre de Oberá para retar á duelo singular dos españoles. Ambos eran ágiles y fornidos; lucían por todo adorno sendos botones de cuerno incrustados en el mentón; y venían armados de lanzas, arcos y bolas. No intimidó todo esto á los soldados Enciso y Espeluca, quienes obtuvieron permiso de Garay para salir á justar con ellos. Ambos españoles se presentaron al campo armados con su rodela y su sable. El encuentro fué una doble proeza de coraje y de saña; pero fuese la diferencia de las armas ó el mayor denuedo de los costulanos, éstos resultaron vencedores. Pitum acometiera á Enciso, pero éste le quebró con el sable el dardo, mientras Corazí desplomaba á Espeluca, botando sobre él su lanza. Al fin, tajeada la mejilla del uno y cortado el brazo de otro, ambos indios huyeron hasta llegar á su campamento, donde los dos se presentaron vestidos de sangre.

El valor que probaban semejantes mutilaciones, no les valió de excusa á los ojos del fiero Tapuy Guazú, quien mandó encender una pira, y ante su pueblo armado, el cuerpo de los héroes, rojo de sangre, fué reducido á cenizas.

Digitized by Google

Los caciques reunidos en asamblea, decidieron entonces la invasión en masa. Sólo el prudente Urambia se opuso entre ellos á la guerra, invocando la superioridad de los cristianos y los signos que en otros pueblos habían augurado á los hechiceros la inevitable derrota. Oberá recordó entonces su origen divino y su misión salvadora, prometiendo á las tribus los auxilios de la tierra y del cielo. Sabedor de ello Garay, marchó al norte de Ipané con propósito de cortar el paso á ejércitos que venían en auxilio de Oberá. Vencidos éstos, arrasó cuatro pueblos indígenas á degüello y á incendio, y contramarchó hacia el sur á dar la batalla decisiva con los ejércitos del Paraguay y Paraná, confederados bajo el nombre resplandeciente de Oberá. Pocas batallas hubo en la historia de nuestra conquista, más regadas de sangre y más glorificadas de heroísmo. Juan de Garay, él mismo, combatía como un cruzado. Guizaró quedó en el entrevero del campo herido por un tiro de arcabuz. El diestro Yaguatatí, perseguido por Martín de Balderrama y Juan de Osuma, prefirió suicidarse, clavándose en el corazón su propio dardo.

La Cruz de los indios fué rescatada. Las tribus

Digitized by Google

derrotadas y sin jefes, abandonaron en tropel la batalla. Y los españoles quedaron victoriosos, aunque en vano buscaron á Oberá, que desertó de su santuario y se internó fugitivo en los montes.

Cumplido el trágico vaticinio de Urambia, tal vez el libertador, que se decía hijo de un Dios y de una Virgen, murió como Yaguatatí, ó se arrojó sin esperanza en las aguas del Paraná... Mas no debía ser un impostor, como los cronistas le han considerado, pues precipitó su raza en una guerra cruenta y adversa. Visionario más bien, ese divino progenitor de quien hablaba, era el Sol de las Indias, á fe mía, y la madre inmaculada que lo concibiera y alumbrase, era la tierra indiana, virginal y fecunda.

XVIII

El pueblo argentino, al cobrar conciencia de sí mismo durante el siglo XIX, ha padecido un doble extravío acerca de sus orígenes: en lo que tenía de americano, creyó necesario el anti-

Digitized by Google

hispanismo, y en lo que tenía de español, juzgó menester el antiindianismo. Semejante posición espiritual era el resultado de una deficiente información histórica ó la deformación del pasado á través de las pasiones políticas ó la prueba de que la propia conciencia nacional no había llegado á su madurez. La nueva posición que ahora buscamos, ha de consistir en el equilibrio de todas las fuerzas progenitoras, dentro de la emoción territorial.

Por lo que respecta á las razas indígenas, ese extravío nos llevó á un doble error: el primero fué considerar al indio civilizador de la conquista, igual en salvajez y rebeldía á su sobreviviente refugiado en el Chaco; el segundo fué persuadirse de que el espíritu de nuestra rudimentaria civilización indígena hubiera desaparecido en el país, porque ahora fuese nuestra religión el cristianismo, nuestro gobierno la democracia, nuestro idioma el castellano. Pero un estudio más completo de la génesis patria, comienza á rehabilitar al indígena que el europeísmo proscribiera de la historia, como rehabilitara al español que fué proscripto á su turno por la pasión revolucionaria.

Digitized by Google

Nosotros no debemos olvidarnos que el régimen colonial significó la convivencia del indio y del conquistador, en la aldea, en la encomienda, en la reducción, en la doctrina. Los pueblos que aceptaron pacíficamente ese régimen, sin producir durante tres siglos otros actos de fuerza que la protesta contra la injusticia, no pueden ser comparados con el toba hambriento y feroz que asalta obrajes en el desierto chaqueño. Aquél tuvo el sentido de la patria, pues defendió nuestro suelo, y el sentido de la fraternidad, pues acogió al extranjero y contribuyó á fundar nuestras ciudades. Los otros fueron reacios y nómades, puesto que no tenían patria ni ideal. La palabra «indio», por consiguiente, se ha de aquilatar en cada caso, según el grado de civilización del pueblo al cual se aplique, pues no eran idénticos los calchaquíes á los charrúas, ni los diaguitas á los querandíes; ó según la época histórica, pues su conducta difirió de la hospitalidad primera á la rebelión ulterior, y del sometimiento colonial al malón contemporáneo.

Sepa el rubio porteño de hogaño, que Buenos Aires fué poblado por guaraníes de las islas, cu-

Digitized by Google

yameaxis, lenceubes, zotoscerebes, loxales, ceremelaguas y delesceumbes, sin cuya alianza Garay no habría podido someter á los querandíes rebeldes de Tobabá, y sin cuyo numeroso plantel, en rápida mestización de españoles, la segunda Buenos Aires no se hubiera salvado. Y por contraste, sepa el silencioso jujeño de ahora, vigilante en nuestra frontera del norte desde el tiempo en que los humahuacas cerraron el paso á don Diego de Almagro, que su noble ciudad fué poblada por los osas, los paypayas, los purmamarcas, los tilianos, los ocloyas, los tilcanas, todos sostén de la civilización española.

Ejemplos análogos dan todas nuestras ciudades y no se ha de confundir á esos indios coloniales, que dejaban sus dialectos por el quichúa para aprender el cristianismo y abandonaban luego el quichúa por el castellano para aprender la libertad, con los que hemos alcanzado en la selva chaqueña ó en el desierto patagónico, resabio nómade y confuso de las razas rebeldes: matarás huídos de Esteco, tonocotes huídos de Concepción, calchaquíes huídos del Tucumán, y mocovíes, lules, tobas, juris, vilelas, chiquitos, yapitalagas, moha-

Digitized by Google

mas, orejones, oristiné, zacaimbucúes, chiriguanos, matacos ó guaycurús, en el norte; y al sur los que se han clasificado, según sus nombres pintorescos, en ranqueles de los cardales, cuyunches del arenal, leuvú-ches del río, calille-het de la sierra, pehuenches de los pinares, puelches del este, huiliches del sur, más los chuilau-coeni y sehuancoeni que van á caballo, los yacana-coeni que marchan á pie, los pay-yus y key-yus del Estrecho, y los frígidos alakaluf, que escrutan el misterio de las noches antárticas.

Una larga convivencia de tres siglos entre la raza conquistada y la conquistadora, ha debido influir sobre ambas, forzosamente. Si el español legislaba el gobierno del indio y cristianizaba su religión y castellanizaba su idioma y europeizaba su vestir, el indio influía también sobre el gobierno, la religión, la lengua y el vestir de los españoles. Resutado de esa influencia recíproca, fueron el caudillismo y la montonera de nuestra política, los mitos y leyendas de nuestro folk-lore, los idiotismos y americanismos de nuestro vocabulario, el poncho y el chiripá de nuestros gauchos. La lanza, el lazo, las boleadoras y levés de nuestros

Digitized by Google

combatientes, armas fueron del indio. De él nos viene también lá habilidad del rastreador ó del baquiano, y ciencia atávica de los huarpes era la de Calibar. Legado indígena son también las hierbas medicinales, el rancho de quincha, los telares de lana y los zumos tintóreos que aún usan los campesinos del interior. Y si la lista de objetos fuera numerosa, no sería más breve la de vocablos indígenas.

El haber considerado la cuestión de los indios sólo desde el punto de vista etnólogico, ha contribuído también á que nos apartásemos de su recuerdo. La comprobada pureza de tal cual familia exenta de mestización, ha bastado á algunos para desvincularse por esta simple excepción doméstica—de la tradición colectiva. Han olvidado que en la conciencia de un pueblo, ha de considerarse también la impregnación espiritual del suelo y de la historia. Los pueblos donde vivimos y los campos donde sembramos, obra fueron de los esfuerzos del indio, ó solar de sus lares—y ellos como nosotros los hollaron. Perduraciones de su carácter son la indolencia, el valor y la melancolía del gaucho. El denuedo con que nosotros defen-

Digitized by Google

deríamos nuestro suelo es como el denuedo con que ellos lo defendieron. Muchos cantos monótonos que arrullaron mi infancia provinciana, brotaron de sus charangos y sus quenas. Runauturucus y cacuyes que encantaron ó espantaron mi inocencia de niño, fruto son de su fantasía. Y no sólo han dejado su huella perdurable en las cosas del alma y de la tierra, sino que algo de sus espíritus visionarios flota aún en la forma ó en el misterio de las constelaciones más lejanas. La vía láctea era para los tonocotes un río de bienaventuranza celeste, á donde iban á pescar las almas de sus muertos, y los astros eran para los calchaquíes, el alma transfigurada de sus héroes...

Cualquiera que sea el idioma de nuestro patronímico ó la genealogía de nuestros padres, un parentesco espiritual nos asemeja, por el solo hecho de nuestro nombre y de nuestra cuna, á todas las generaciones que antes de nosotros hayan respirado en la tierra argentina. Nuestro gentilicio viene del territorio que habitamos, y esto basta para sentirnos ligados á la primera estirpe que trasuntó en visión y verbo humanos la vida de este mismo territorio. Nuestra emoción ante los paisajes nata-

Digitized by Google

les ha de ser siempre idéntica á la que turbara el alma ingenua de los indios. Nuestra pampa, nuestra montaña, nuestra selva, nuestros ríos, nuestros árboles, nuestras aves, nuestras fieras, fueron espectáculos familiares á sus ojos. El hallazgo con que ellos les bautizaron dura para nosotros, en la palabra ó en la emoción. Cuando repetimos su viejo nombre indígena, vuelve á vibrar en nuestra voz una onda de sus almas inmortales. Y si ante el Río de la Plata, por ejemplo, ya no repetimos el nombre de Paraná-Guazú con que ellos le designaban, en cambio el río «grande como mar», que los indios de sus riberas al nombrar describían, sugiere en nosotros la misma comparación.

Toda esa tradición indiana, legada substancialmente al nombre argentino, viene para nosotros desde lo firme de la tierra y lo hondo de los siglos. Ella ha de entrar, con el bronce y el oro, en las aleaciones de nuestro tipo definitivo. Las naciones no reposan en la pureza fisiológica de las razas—quimérica por otra parte,—sino en la emoción de la tierra y la conciencia de su unidad espiritual, creada por la historia, por la lengua, por la religión, por el gobierno, por el destino. Y esa visión

Digitized by Google

de los paisajes natales—que el alma de los indios trasuntó la primera en verbo humano,—habrá de ser para nosotros la fuente de perpetua emoción que dulcifica en su belleza la austeridad militante del patriotismo.

XIX

El punto de apoyo de la colonización española, fué la fundación de ciudades, y al rededor de ellas se constituyó la nueva civilización.

Los rudimentarios centros de la primera época fueron poblaciones indígenas ya existentes, reducidas al catolicismo, ó bien ciudades nuevas fundadas por el conquistador con el apoyo de los naturales. Entre estas últimas, no todas las de nuestro territorio se han salvado: así la rica Esteco del Salado, destruída por un terremoto en 1692; la populosa Concepción del Bermejo diezmada por una peste en 1718; ó la antigua Londres de Catamarca, arrasada por los calchaquíes en 1562. El

Digitized by Google

carácter primitivo de estas ciudades fué el de simples fortines, como los que nosotros avanzáramos más tarde por el Tandil y el Azul, durante el siglo XIX, contra los indios de la pampa. Esos fortines del siglo XVI han sido la cuna de nuestra civilización, y fueron á veces destruídos por el odio, como la Buenos Aires de Mendoza, ó por el amor, como el Sancti Spiritu de Gaboto: Mangoré enamorado y Tabobá rebelde, son iguales agentes del exterminio, en aquellos dos episodios de nuestra historia.

La población destruída, por el hombre ó por los elementos, renacía generalmente en su primer recinto ó en tierra más hospitalaria, ya fuese destinada á nueva muerte como la Londres de Zurita, refundada por Rivera en 1607; ya á esplendor pasajero, como la Santiago de Aguirre, inundada por las aguas del Dulce; ya á una prevista hegemonía, como la Buenos Aires de Garay, refundada sobre las cenizas que dejó el querandí.

El carácter militar de la conquista durante su primer siglo, subordinó la elección de los lugares á propósitos estratégicos ó miras de utilidad inmediata. Preferíase, desde luego, los lugares abaste-

Digitized by Google

cidos de agua ó populosos de indios, sobre todo si estos últimos se mostraban civilizables. En el curso de la colonización, según las ventajas económicas ó las necesidades militares, la acción española cambió sus principales puntos de apoyo. Pueblos que habían sido el centro de la acción militar y conquistadora, se obscurecieron para ceder la hegemonía á otros, en tanto las sociedades hispanoamericanas del Plata acentuaban su carácter pacífico y comercial: así la vimos venir en la ocupación litoral, de la Asunción á Buenos Aires, y en la ocupación mediterránea, de Santiago del Estero á Córdoba. Paulatinamente, los primitivos fortines rodeados de empalizadas y fosos, se convirtieron en sede tranquila de comerciantes, clérigos y magistrados. El virreinato acentuó en ellas este nuevo carácter; y así encontró nuestra revolución.

En cuanto á las poblaciones precolombianas que la conquista halló en nuestro país, su historia queda por reconstituirse. Ruy Díaz habla en su «Argentina» de una rama de los xarayes, los Maneses, indios de suaves costumbres que, cerca de Santa Cruz en el Paraguay, habían llegado á juntarse en una enorme población de 60.000 chozas,

Digitized by Google

donde la idea del hogar era tan clara, que destinábase una por cada familia. En ese mismo libro, y en otros cronistas, abundan citas de pueblos indios en el litoral, verbigracia: uno de los prerabanzanes, cerca de Xerez, con sus casas en forma de campanas; otro de los carios, que edificaban en las altas barrancas—gente afecta á los viajes y la guerra, aunque laboriosa en la paz. Los «Comentarios», de Alvar Núñez, donde éste relata su travesía desde el Atlántico á la Asunción, por la tierra firme, hace mención de muchos pueblos guaraníes y aunque los designa sólo por el nombre de sus caciques y no los describe, los escasos informes que da, califican una vida apacible, laboriosa y hospitalaria. En el pueblo de Tapapirazú diéronle noticias de la muerte de Ayolas; en el de Abangobi trajéronle tributos de miel, aves, harina y maíz; en el de Tocangucir le hospedaron generosamente á él y su tropa, entre bailes y fiestas; en el de Tugui reposaron dos días, y como les alcanzara allí el 25 de diciembre, celebraron con los indios las pascuas de Navidad.

La conquista del interior encontró, igualmente, numerosos pueblos indios: á don Diego de Roxas,

Digitized by Google

el cacique Tucma, le llevó á su morada en Tucumanohao; y si más al sur los habitantes de Concho abandonaron sus casas al anuncio de su invasión, en cambio los de Capayán le acogieron y franquearon el paso... La propia nomenclatura de algunos sitios actuales en el mapa argentino, señala, según las etimologías contenidas en el padre Guevara, el origen indígena de muchas poblaciones. La terminación «gasta» en lengua tonocate, significaba «pueblo» y se agregaba—como en el inglés «town» ó griego «polis»,—al nombre de su cacique ó fundador: así Nonogasta, Soñogasta, Chiquiligasta. La terminación «sacat», asimismo, agregábase en lengua sanavirona, formando Chinsacat, Nonsacat, Anisacat, y en lengua kakana «ahaho» ó «ao», como Sumalao, Sumamao, Colalao, Taymallahaho, Pilciao, y el propio Tucumanahaho ó «pueblo de Tucuna» antes citado. Todo ello para no referirme sino á pueblos indios cuya existencia puede comprobarse, pues habréis de saber que si se imaginaron urbes encantadas como esa de los Césares ó del Gran Moxo, habitadas por misteriosos españoles, hubo también ciudades fabulosas pobladas exclusivamente por indios—así

Digitized by Google

la de Orejones,—chibchas, fugitivos que conocieron al Inca, que vestían de alpaca y gastaban joyas de oro, según la crédula descripción de Lozano. Los unos ubicábanla en un valle de Chaco, los otros en el lago de los Xarayes, quiénes en la Isla del Paraíso, pues nunca los exploradores la encontraron, lo cual hacía escribir al padre Sánchez: «*nominis in geographicis tabulis extant*»—ciudades que sólo existen en los mapas.

Entre las fundadas por los españoles, Buenos Aires y las trece capitales de provincia, son las que han llegado á mayor lustre en la historia. El plano de una se repitió en todas las otras, y sobre él podríamos reconstituir toda su vida. Constaban de manzanas rectangulares, generalmente fraccionadas en cuatro lotes, que se adjudicaban á españoles, feudatarios en su mayoría. El centro de la ciudad era su plaza mayor, al rededor de la cual se destinaban solares para la iglesia matriz, el cabildo, las oficinas de alguaciles y acaldes y casi siempre la casa del fundador. El plantel de la ciudad dividíase en cuatro distritos ó parroquias, con sendas manzanas para las cofradías de Santo Domingo, San Francisco, La Merced y alguna cor-

Digitized by Google

poración, por lo común femenina, que tenía á su cargo el hospital de españoles, hospital de naturales ú otras instituciones de caridad. En ciudades como Córdoba ó Buenos Aires, el organismo de la ciudad llegó á ser más complicado, según nuevas funciones espirituales ó económicas; pero las otras evolucionaron poco, subsistiendo hasta la independencia el tipo burocrático y eclesiástico de su fundación.

Tales ciudades fueron el centro de la vida colonial; pero no debemos creerlas solamente habitadas por españoles. Al rededor de las manzanas centrales, edificadas comúnmente de madera y adobe—de madera hasta la catedral, como ocurrió en la primitiva Asunción,—extendíanse las rancherías de los indios cristianizados, entre los cuales crecían año tras año las mestizaciones clandestinas. Su número montaba á millares, pero no obstante dicha superioridad, el contacto con los españoles, la mejor observancia de las leyes que protegían al indio, el amparo inmediato de la autoridad, la caridad é influencia del clero, terminaron por españolizarles totalmente, en sangre ó en espíritu, pues el nativo mudó de nombre, de religión y de costumbres.

Digitized by Google

Trasunto de la repartición urbana era la división que se hacía de los campos vecinos, según sus riquezas naturales ó el número de indios que los habitaran, prefiriendo á los empresarios de la expedición cuando ésta no se realizaba por cuenta de la Corona, á los capitanes y soldados en medida de su valor ó su influencia, á las cofradías religiosas en proporción de su importancia. Esas campañas constituían la jurisdicción provincial, cuyo límite impreciso oscilaba entre el arrojo de los conquistadores y la obstinación de los indios rebeldes cuando los hubiera. Los habitantes de las mercedes rurales eran encomendados en feudos agrícolas y ganaderos, ó reducidos en doctrinas religiosas, por lo común á cargo de franciscanos y jesuítas. En estas campañas, la mestización fué más escasa, la conversión religiosa más incompleta, la españolización espiritual más laboriosa. El encomendero faltó con frecuencia á sus deberes y abusó de sus prerrogativas; se atribuyó derechos de pernada, y tomó á su cargo la mestización; á favor de la complicidad gubernativa, de la tolerancia social y del perdón eclesiástico, alguno de ellos difundió su apellido hasta lo extraordinario en una copiosa prole de hijos barraganes y nietos bastar-

Digitized by Google

dos; pero aquel pueblo conservó su temperamento indígena, estimulado por todo género de emociones rurales. La acción del catolicismo y del idioma, no fué tampoco radical en sus almas. La religión degeneró en una serie de prácticas fetichistas no muy diversas de sus primeros mitos; y si los indios abandonaron con facilidad sus dialectos locales, no fué para adoptar el castellano, pues los evangelistas preferían para sus predicaciones el quichúa en el interior y el guaraní en el litoral—ó sea las dos lenguas indígenas más completas y generalizadas en esta parte de América.

Tal ha sido el origen y diferenciación de nuestra población urbana y nuestras muchedumbres rurales. Sus acuerdos, sus crisis, sus guerras, sus fluctuaciones, explican toda nuestra historia interna. Ambos constituyen el núcleo del antagonismo que Sarmiento designó después con el nombre de «Civilización y Barbarie». Pero este dilema no puede satisfacernos ya; aplícase á un período restringido de nuestra historia, y nosotros deseamos una síntesis que explique la totalidad de nuestra evolución; trasciende, además, á odio unitario, y nosotros buscamos una teoría desapasionada y de valor permanente; expresa, en fin, un juicio,

Digitized by Google

«europeo», puesto que transpira desdén por las cosas americanas, y nosotros queremos ver nuestro pasado como hombres de América. Bárbaros, para mí, son los «extranjeros» del latino: y no pueden serlo quienes obraban con el instinto de la patria—así fuera un instinto ciego.—Por eso yo diré en adelante: «*el Exotismo y el Indianismo*», porque esta síntesis que designa la pugna ó el acuerdo entre lo importado y lo raizal, me explican la lucha del indio con el conquistador por la tierra, del criollo con el realista por la libertad, del federal con el unitario por la constitución — y hasta del nacionalismo con el cosmopolitismo por la autonomía espiritual. Indianismo y exotismo cifran la totalidad de nuestra historia, incluso la que no se ha realizado todavía.

XX

Cuando dos civilizaciones se mezclan ó sobreponen, pronto aparecen nuevos tipos sociales, que el pueblo se apresura á designar con

Digitized by Google

nombres nuevos. Tal ocurrió en América, así que el suelo de las Indias les hubo diferenciado, por la adaptación ó por la mezcla de los inmigrantes entre sí, y de éstos con los aborígenes. Para ver hasta donde alcanzaba esta variedad de seres humanos y este matiz de clases sociales, nada podría servirnos tanto como el censo de una ciudad populosa. Tal era Buenos Aires, con relación á las demás, hacia fines del siglo XVIII, época en la cual llegaba á su término la evolución española y preparábase un nuevo período en la vida argentina.

Su condición de puerto, daba á nuestra ciudad un incipiente carácter cosmopolita, harto distinto del actual, aunque no por eso menos pintoresco. Tal es la primera reflexión que nos ofrece el «Resumen del número de almas que existían en el año de 1770 en la ciudad de la Santísima Trinidad y puerto de Santa María de Buenos Aires, con la razón de los que nacieron y murieron en dicho año, según consta de los libros parroquiales, y lo que dieron las comunidades de religiosos de ambos sexos y demás»—según el cuadro impreso por Concolorcorvo en 1773. Dicho censo da á la ciudad una población de 22.007 habitantes. En esta cifra

Digitized by Google

se incluía 942 individuos de cárceles, asilos y conventos; el total de la población se distribuía en los siguientes grupos: hombres españoles, 1.398; extranjeros, 458; criollos, 1.785;—lo cual sumaba un total de 3.639 hombres de armas. Las mujeres de raza blanca correspondientes á esos varones, eran 4.508, con 3.985 niños de ambos sexos. La tropa reglada, el clero, los indios, los negros y mulatos libres, montaban por junto á 5.712. Los negros y mulatos esclavos á 4.163. Nuestra ciudad así poblada, era, como veis, una especie de compendio demográfico de todo el Río de la Plata.

Hasta ahora he hablado solamente de indios y de españoles; pero he ahí que en este censo aparecen otros dos factores: el extranjero europeo y el esclavo africano. Sin embargo, los dos conocían nuestro país desde los primeros tiempos de la conquista.

En la expedición de don Pedro de Mendoza, no todos fueron españoles. A bordo de sus galeones venían, Carlos Vumbrín, hermano de leche del emperador Carlos V; el genovés Bernardo Centurión, cuatralbo de las galeras del príncipe Andrea Doria; el capitán Simón Jacques de Romoa, natu-

Digitized by Google

ral de Flandes; Ulrich Schmidel, cronista de la expedición, alemán; y seguramente mercenarios anónimos que fácimente se alistaban para tales aventuras en las riberas del Mediterráneo. La dominación de España en Nápoles y el Milanesado, había establecido cierta familiaridad entre los soldados italianos y españoles. Y no sólo vinieron extranjeros en esas naves castellanas del siglo XVI, sino en barcas de su propia bandera. La primera que llegó al Río de la Plata fué una de Génova, ciudad comercial, cuya marina mercante comenzaba á visitar todos los mares. Su arribada casual á las ruinas de Buenos Aires, unió su tripulación á los sobrevivientes del primitivo fuerte. Partida de Varesse, con rumbo al Perú, llevaba mercaderías por valor de 50.000 ducados, pero tempestades del mar del sur en el Estrecho, les arrojaron hacia el norte, obligándoles á entrar en aguas del Plata. La nave fué á encallar en un banco del Riachuelo, donde se averió casi toda su hacienda. Conducíala por capitán un genovés, Palchando, por cuyo nombre los españoles llamaron «la Palchanda» á su nao. A bordo venían, junto con la tripulación, algunos italianos nobles, men-

Digitized by Google

cionados por Ruy Díaz, tales como Perantón de Aquino, Tomás Rizo y Bautista Tracho. Unos y otros partieron en los bergantines de Abreu á la Asunción, donde Irala les esperaba. Estos europeos y los compañeros de Mendoza, fueron los primeros venidos al país. Pero no ejercieron entonces ni más tade, influencia alguna en la dirección de la sociedad colonial. Su número pudo aumentar después, al punto de que llegaron á 500 en el siglo XVIII, pero se les aceptaba por necesidad y sin ninguna simpatía. Eran generalmente artesanos, en cuya profesión no podían ser reemplazados por nativos ó esclavos; casábanse y vivían por lo común entre sí; y las leyes de Indias les obligaban á permanecer en los puertos, al menos en la primera época. En provincias, los europeos fueron excepcionales. Las sociedades hispanoamericanas del interior, les sospechaban de robo ó de herejía á los pocos que hubiese, y las leyes españolas recomendaban «limpiar la tierra de extranjeros». Tales circunstancias reducían á la inmigración española el elemento blanco de nuestro país.

La influencia del africano fué, por lo contrario, muy importante en el Nuevo Mundo. En 1501 tra-

Digitized by Google

jéronse los primeros á la isla Española, y pronto se generalizaron por todo el continente. El mismo padre Las Casas aconsejó su importación, aunque más tarde el abuso de los amos le hiciera lamentarse de ello. El instituir el tráfico de negros en América, fué consecuencia de la protección que los monarcas españoles dispensaron á los indios. Aceptada la igualdad de éstos en el cristianismo, y reconocida cierta injusticia en el despojo de que se les hiciera víctimas por la fuerza—las leyes buscaron alivianar su servidumbre. El mitayo de las lóbregas minas, el encomendado de inhumanas labranzas y pesquerías, fueron substituídos por el esclavo de color. Tal cosa contribuyó á salvar la raza indígena—hecho sumamente importante para el destino de América; mas aparejó con ese bien dos males: uno, el problema político de la esclavatura; otro, la nueva mestización que el amor clandestino consumara, entre amos concupiscentes y complacientes esclavas. Pero ambos males fueron menores en nuestro país que en las Antillas ó el Trópico, por las diversas condiciones en que se realizó aquí la conquista. Los indios reducidos, en efecto, abundaban entre nosotros; el clima era be-

Digitized by Google

nigno; el trabajo pecuario y agrícola realizábase en condiciones más humanas que la pesquería de perlas ó la extracción de metales. Por otra parte, los colonos españoles del Plata no igualaban sino por excepción á nobleza tan esclarecida como la de Méjico ó el Perú, y sus empresas no eran tan pingües como para costearse el lujo de numerosos esclavos. Los peligros y azares con que se realizaba el tráfico de los negreros, encarecía su botín. Cautivados á sangre y fuego en sus aldeas africanas, de cada cien negros perdíase la mitad: unos hasta el embarque, otros en la travesía y el mercado; pestes y nostalgias les consumían también; de modo que al venderlos en América se necesitaba cubrir con los salvados el precio de los que se perdían. Agréguese á ello que si las leyes de Indias, imponían fidelidad y obediencia al esclavo, prescribían para el amo la obligación de vestirle, de alimentarle, de alojarle en condiciones higiénicas, de ser piadoso en el trabajo de las mujeres y los niños. Todo eso contribuyó para que el africano fuese en el río de la Plata, no un obrero rural, porque el indio y el mestizo abundantes le reemplazaban con ventaja, ni una recua de carga ó

Digitized by Google

animal de labor, sino objeto de lujo y signo de señorío. Destinados más bien á la servidumbre doméstica ó los oficios mecánicos que el español desdeñaba, reconcentráronse en las ciudades. Las que eran pobres como Santiago ó San Luis, no les poseyeron en abundancia. Los más pertenecieron á Salta, vecina opulenta del Alto Perú; á Córdoba, señorial y magnífica; á Buenos Aires, populosa y adinerada. Cuando Concolorcorvo pasó por Córdoba á fines del siglo XVIII, asistió á una venta de 2.000 esclavos pertenecientes á las Temporalidades; observó que las religiosas de Santa Teresa poseían una ranchería de 300, y que los principales amos los tenían en crecidísimo número, algunos hasta 30 y 40. Pero estas cifras, ni las de Salta y Buenos Aires sumadas, podrían compararse con las de otras regiones americanas, pues según Gil Fortul, en esta misma época la provincia de Caracas, ella sola tenía 40.000 negros, sin contar los libertos. En una palabra, por la insignificancia de su número, por los oficios urbanos que desempeñaban y por el régimen de familia en que vivían, los esclavos resultaron para la raza y la libertad argentinas, un problema sencillo, pues ni sembra-

Digitized by Google

ron odios, ni comprometieron cuantiosas sumas, ni rompieron la unidad de nuestro tipo ario-americano. La diminución creciente del negro entre nosotros, por las pestes ó el cruce, y el crecimiento rápido de nuestra población caucásica, terminaron por absorberlos en el curso del presente siglo.

La sociedad del virreinato argentino, hallábase constituída, pues, en nuestras ciudades y campañas por españoles nacidos en la península, que desempeñaban las diversas magistraturas y se denominaban comúnmente, según el nombre de sus regiones; por españoles nacidos en América que, gracias á privilegios hereditarios, tenían principalmente la propiedad de la tierra; por escasos extranjeros de otras naciones europeas que no influían sobre la sociedad, á no ser en virtud del mezquino tráfico que realizaran; por indios con varias generaciones atávicas de cristianismo y reducción, los cuales tenían á su cargo, preferentemente, las faenas rurales; por negros sobre quienes pesaba la esclavitud, dulcificada un tanto por la vida doméstica, los oficios manuales, ó la libertad que, á veces, generosos amos les concedían; por hijos de indio y de español que se llamaban

Digitized by Google

mestizos, meollo de la raza hispanoamericana, bronceada de color, valiente de ánimo, presta de inteligencia; por el descendiente de ario y de africano, que se llamaba mulato, hombre imaginativo y ambicioso, sobre cuya lealtad pesaban injustos prejuicios; por el mixto de indio y de negro, que designábase con el nombre de zambo, considerado como inferior al mulato, y por los generados en cruzas de mulatos y zambos con arios y africanos: zambos-prietos, pardos, cuarterones, quinterones, y saltoatrases...

Así estaba constituída la sociedad argentina que realizó nuestra emancipación.

XXI

Pueblo como el nuestro, de abolengo tan pobre, no pudo proclamar credos tan grandes como la libertad de 1810, la igualdad de 1816 y la fraternidad de 1853, sino por milagro de la tierra indiana: ella elevó de pronto la concien-

Digitized by Google

cia de ese pueblo heterogéneo, á los heroísmos de la emancipación, la democracia y la solidaridad humana, por la unidad vibrante del sentimiento criollo y de la emoción territorial. Como el hálito generador de la vida en el piélago de los caos, el alma indiana preparaba esa obra, desde siglos atrás, en la masa obscura de las mestizaciones. La afinidad creada por ellas entre tantos elementos asimilados y discordes, era pasiva de por sí, puesto que aún yacía en lo instintivo de la naturaleza. Para hacerse consciente y batalladora, necesitaba un ideal que la moviese á la reconquista del territorio y al restablecimiento de la justicia. Hasta que ese ideal no apareciera, todas las tentativas de rebelión fracasaron. Su obra de reparación indiana debía ejecutarse sin malograr los avances ya realizados en favor de la civilización aria por el cristianismo y la dominación española. El alzamiento victorioso de las razas precolombianas nos hubiera traído una restauración regresiva, en nombre del principio incaico, pero en detrimento de la solidaridad humana. Ejemplo postrero de ello, fué la trágica aventura del Tupac Amarú, á quien le secundaron los indios desde el Ecuador á Cuyo;

Digitized by Google

pero á quien faltó el apoyo total del nuevo espíritu «americano». Con más razón, cualquier revolución de las razas negras contra sus amos blancos, hubiera sido solamente una victoria de clases, incompleta para el indianismo y para la libertad. Ejemplo temprano de ello fué la frustrada intentona de aquellos esclavos que en 1555 atacaron á Barquisimeto y se constituyeron bajo el reinado efímero del negro Miguel y de la negra Guiomar... Y es que necesitábamos una reivindicación continental, no una guerra de castas. Los únicos preparados en América para forjar el nuevo ideal y encabezar ese movimiento, eran los criollos de las casas hidalgas, porque ellos reunían su entusiasmo racionalista por la civilización aria que habían estudiado, con su amor fervoroso por la tierra americana donde habían nacido: gracias á estas dos fuerzas armoniosamente unidas en sus almas, reconquistamos el dominio continental, sin romper los lazos que nos ligaban á la cultura europea.

En efecto, las Indias occidentales diferenciaron de sus padres á los hijos de europeos nacidos en el Nuevo Mundo. Diferencia inconsciente y fisiológica en un comienzo, á causa de los alimentos,

Digitized by Google

del aire, del agua, de los paisajes y emociones diversas, llegó á hacerse consciente y psicológica más tarde. Ya se tratase de americano con ambos progenitores españoles, ó de mestizo con padre conquistador y madre cautiva, tal diferencia fué visible desde la primera generación. Dos cronistas clásicos en la historia de América—Ruy Díaz de Guzmán, nacido en el Río de la Plata, y el inca Garcilaso de la Vega, nacido en el Perú,—han dejado en sus obras la confesión expresa ó tácita de este sentimiento. Adviértese en la «Argentina» del primero la simpatía con que la escribió en 1612 este hijo de doña Ursula, una hija de Irala, y del capitán Riquelme, soldado de Alvar Núñez; pues en el prólogo nos dice que no habiendo historia cierta de esta conquista, recogió tradiciones y se dispuso á hacerla, «como era razón, por aquella obligación que cada uno debe á su misma patria». En cuanto á los «Comentarios Reales», impresos por la primera vez en 1609, son una apasionada defensa de los Incas y la tradición americana, pues bien se ve que su autor, hijo de un noble compañero de Pizarro y de Elizalbeth Palla, hermana de Huyana Capac, alentaba más simpatía por su pa-

Digitized by Google

tria cuzqueña y la raza de su madre, aún viviendo en España, donde escribió... Cito sus ejemplos, cronológica y personalmente significativos, no sólo porque la cultura literaria de ambos pudo haberles inclinado de un modo exclusivo en favor de su abolengo peninsular, cuanto porque eran ellos los primeros blancos americanos, excepcionales aún, y en cuyo torno sonaban todavía las armas de la conquista. Después, cuando estas sociedades tomaron un carácter burocrático y mercantil, acentuóse el amor del hispanoamericano por su suelo nativo. Las fundaciones universitarias de don Fernando Trejo y Sanabria, en 1622, de don Ignacio Duarte y Quirós, en 1686, ó del virrey Vértiz en 1783, muestra la preferencia y el propósito regional de sus almas americanas. Esta conciencia de la cuna continental fué, con el transcurso de las generaciones, sobreponiédose á su amor por los solares atávicos, hasta en aquellos hidalgos de Indias que podían probar limpieza de sangre y que se enorgullecían de tenerla en sus venas.

La impolítica legislación española, ciega desde la distancia donde se promulgaba, nada hizo por mitigar esta crisis que minaba el sentimiento es-

Digitized by Google

pañol en América. Agravada, por el contrario, con su sistema de privilegios en favor de los peninsulares, el criollo vió ahondarse las diferencias que le separaban del español; así fuera en ocasiones su padre. Influencias en la corte, pitanzas clandestinas, venta de magistraturas ó concesiones para responder á los apuros del fisco en plena bancarrota, prácticas todas aún más viciosas que el precepto, precipitaron sobre América, principalmente en el siglo XVIII, una cáfila de burócratas altaneros, ó segundones en desgracia, que sólo traían su desdén para el nativo y su avidez ilícita de fortuna, á la sombra de la dignidad eclesiástica ó civil que se les confería. Con ellos venían sus pequeños paniaguados, casi todos de la clase media ó plebeya, á completar el cuadro de la exótica oligarquía. Excluídos los americanos de las funciones públicas—salvo los municipales del cabildo, —dedicábanse exclusivamente á la vida del hogar y los negocios, por donde ellos vinieron á constituir la burguesía, en sociedades donde la oligarquía formaba como una aristocracia accidental. Ellos fueron lo que se llamó en nuestras ciudades «la gente decente». Nietos en su mayoría de an-

Digitized by Google

tiguos funcionarios y conquistadores, labraban las tierras hereditarias, tenían servidumbre de indios en sus fundos y de esclavos en sus moradas; cultivaban caña los de Salta ó viñas los de Cuyo, explotaban minas los del Ato Perú ó ganados los de Buenos Aires, y muchos de ellos, simples hidalgos pobres, orgullosos de su abolengo—todos se agrupaban frente al oligarca metropolitano. Incapacitados de servir á su país desde el gobierno, soportaban la afectada altanería del peninsular, pagando en silencio para los tragones del monopolio, alcabalas y almojarifazgos. La onda cadañera de españoles, tornaba á su país después de un tiempo, saciada ó no; ó quedaba en América, donde su prole criolla no tardaba en ir á engrosar la burguesía nativa, frente á los nuevos oligarcas.

Durante el siglo XVIII, dieron los hidalgos americanos en enviar sus hijos á las universidades. Abierta esa nueva vía, la clase criolla creció en prestigio intelectual. Las familias doctoraron por lo común al primogénito, en uno ó ambos derechos, mientras los otros hermanos conservaban ó acrecentaban la heredad común, virilizándose

Digitized by Google

al mismo tiempo en la vida y en las faenas del fundo paterno. Arrieros los unos, comerciantes los otros, estancieros los más, adiestrábanse en el manejo del caballo, curtíanse á la intemperie de los campos amigos, templaban su carácter en los peligros y el mando, familiarizábanse con el alma del gaucho y del indio, traqueaban caminos impregnándose en la emoción de los paisajes americanos; y el que tuviera condición de caudillo, cautivaba con sus zalamas y favores las simpatías de la plebe. Así cuando el hermano volviera, licenciado ó doctor—de Chuquisaca, de Córdoba, de Lima, de Salamanca, de Alcalá, de Madrid,—su alma embargada por el latín de los infolios y las visiones de las tierras lejanas, tornaría á enraizarse en los suyos, reatándose por ellos á la tierra propia y el alma todavía obscura de la raza.

Mas he aquí que un día los jóvenes peregrinos de la burguesía criolla volvieron con la buena nueva del racionalismo europeo. No necesitaran ir á Francia para ello. Bastóles ver de cerca á los liberales ministros de Carlos III, que hasta aconsejaban al rey la liberación de las Indias bajo el gobierno de dos infantes de España. Y como si

Digitized by Google

ésto no bastara, habían leído á Rousseau sobre la soberanía del pueblo, á Montesquieu sobre el espíritu de las leyes, á Voltaire sobre la influencia de las religiones, todo ello infundido del robusto idealismo alimentado en la lectura de los clásicos familiares. De suerte, que cuando las invasiones inglesas pusieron las armas del rey en manos de criollos, pardos y mestizos, dando al pueblo conciencia de su fuerza; cuando la invasión napoleónica presentó la ocasión de la independencia; cuando Belgrano en el consulado, Moreno en el foro, Funes en la enseñanza, habían removido las nuevas ideas, ya el sueño de libertad, igualdad y fraternidad estaba en el corazón de la burguesía criolla. Tribunos, publicistas y guerreros esparciéronla el día de la revolución, á los cuatro vientos de la patria; y no pudieron permanecer indiferentes, ni los nativos á quienes se restituía el dominio de América, ni los sometidos á quienes se ofrecía la libertad; de suerte que indios, negros, cholos, gauchos y mulatos: todos marcharon con el criollo burgués contra la oligarquía exótica— fundidos en muchedumbre, fundidos en ejército, fundidos en pueblo, fundidos en nación, por el fuego sagrado del indianismo.

Digitized by Google

XXII

Al llegar ese instante de la emancipación, el indianismo se engrandece tanto á mis ojos, que su brusca ascensión á semejante cima no ha sido superada en la historia de las democracias. Su gloria iluminó de pronto los tres siglos pacíficos y obscuros de nuestra germinación colonial, y aún le sobró á raudales la luz que ncesitaba para alumbrar en lo porvenir todos los siglos de nuestra esperanza. Los que sólo quièren por objeto de su admiración, héroes ajenos ó proezas glorificadas en libros clásicos, pueden cerrar los ojos ante ese magno deslumbramiento de la propia hazaña. Pero pasead la vista, á lo ancho del espacio, á lo largo del tiempo, y decidme si hay afirmación de fe popular como la nuestra de 1810, que haya beneficiado á una región tan vasta de la tierra como la extensión de ambas Américas; que haya redimido no á una clase social, sino á la totalidad de

Digitized by Google

las clases, como la iguadad realizada aquí por la libertad; que haya hecho á los hombres una promesa de concordia mejor cumplida por las generaciones durante un primer siglo que los siglos futuros ratificarán. No es la revolución francesa, malograda en seguida por el imperialismo napoleónico que siendo una resurrección de la violencia feudal preparó la inmediata restauración de los privilegios y el trono. Tampoco es ninguna de las parciales redenciones de Grecia ó de Roma, engrandecidas por el prestigio de sus historiadores, puesto que aquéllos no suprimieron las oligarquías locales ni fueron más allá de sus pequeñas «repúblicas». No es tampoco la emancipación yanqui, imbuída de tradición aristocrática, puesto que se apoyó en una monarquía y dejó en pie la esclavitud de los negros. Nuestra independencia significó, en sólo una década: la exaltación de la conciencia indiana hasta las alturas del heroísmo; la toma de posesión de su territorio americano; la fusión ideal de todos los hombres nacidos en tan enorme territorio; la rendición simultánea del criollo blanco excluído del gobierno, del indio cobrizo abrumado por la servidumbre, del hombre

Digitized by Google

negro explotado por la exclavitud; la fundación de numerosas repúblicas cuyo régimen no ha sido destruído después; y la proclamación de la igualdad, la libertad y la fraternidad, ofrecida más tarde á todos los hombres del mundo, como promesa de solidaridad en la obra común de la civilización.

Credo tan complejo sólo puede germinar en el alma del criollo, quien fué, después del indio precolombiano, y cumplidos tres siglos de transición,—como un segundo avatar de la conciencia indiana. En aquel momento de los intereses universales, sólo él pudo alcanzar en América, el equilibrio en que se conciliaban los instintos aborígenes con el liberalismo europeo. A este último habrían podido comprenderlo los hombres de Carlos III; pero éstos, siendo españoles, no habrían podido realizar la libertad sino en beneficio de España, pues les era imposible realizarla en perjuicio del patriotismo. Pero el criollo al asimilar las ideas del siglo XVIII y al sentir en su propia vida la injusticia del régimen colonial, llegó, forzosamente, á un concepto de libertad americana que devolvía á sus nativos el gobierno de América y á un concepto de igualdad social que amparaba en

Digitized by Google

sus beneficios á las clases serviles. Estas, acaso, no estaban preparadas para comprender su doctrina; pero estaban ligadas á él por una afinidad de rencores y de amores que los unía mejor. El gaucho con su gota de sangrehidalga, era su hermano de las campañas; jinete errante y romántico, sabía de patria y de libertad por instinto; de consiguiente el gaucho fué su mejor aliado, y nata de sus legiones heroicas, él trajo á la guerra: si rico, su caballo, sus prendas, su tercerola, su vida; si pobre, solamente su vida. Y así vinieron también, en favor de esta lucha, el esclavo á quien su propio amo le ofrecía la patria y la libertad; el indio á quien se le restituía el dominio de su tierra natal, reivindicada de sus antiguos opresores; más los cholos y mulatos, mestizos á quienes iba á redimirse en la igualdad de la vida cívica: el uno desdeñado por sus oficios mecánicos; el otro baldonado si liberto, de espurio, y si esclavo, vendido á menos precio que un esclavo africano, pues un esclavo negro costaba 1500 pesos fuertes, mientras un mulato no valía 500!... Todas estas pasiones se concretaron en torno del nuevo ideal que concibió, para gloria y fortuna de América, el crio-

Digitized by Google

llo hidalgo de las ciudades, fuese jurisconsulto como don Mariano Moreno, industrial como don Hipólito Vieytes, clérigo como fray Justo Santa María de Oro, militar como don Martín Güemes, profesor como el deán Funes, hacendado como don José de Ormaechea, poeta como don Vicente López y Planes—todos á un tiempo convertidos en brazo militante del propio ideal. Ellos dieron de su alma y su brazo el paño y el asta de la bandera que la muchedumbre de los nativos adoptó por suya.

¿Cómo pudieron los hidalgos criollos captarse la simpatía de los indios si ellos, en su casi totalidad, descendían de españoles? ¿Cómo pudieron atraerse la adhesión de los negros, si ellos, en su casi totalidad, formaban la burgesía de los amos? ¿Cómo pudieron atraerse la de los mulatos y cholos y demás mestizos, artesanos de las ciudades ó peones de los campos, si ellos, en su casi totalidad, se engreían por la pureza de su sangre? ¿Qué fuerza omnipotente y súbita venció la tradicional contradicción de nuestras razas ó clases sociales en una nueva unidad? He ahí una cuestión que no acostumbramos platearnos los argentinos, pero cuya solución esclarece nuestro porvenir y mitiga las

Digitized by Google

alarmas patrióticas que solemos sentir en presencia de las nuevas mestizaciones:—Lo que unió esos hombres diversos por la raza, la genealogía, el color, la cultura y las clases sociales, fueron la comunidad de la tierra y la comunidad de ideal. Nuestros hidalgos, ó sea nuestros nativos de selección, forjaron con elementos del común acervo espiritual de los hombres, un credo americano, y nuestras muchedumbres lo aceptaron, porque daba una conciencia, un rumbo, una liberación, un nombre, un orgullo y una esperanza al instinto territorial de los nativos. Y ese ideal era tan amplio, que no excluía en sus dones de patria y de libertad, á ningún hombre que tuviese su cuna en las Indias. Prometía un hogar para todo desamparo, una emancipación para toda servidumbre, una reivindicación para toda injusticia. Sentir el suelo propio y ese ideal, amarlo y militarlo, eso fué lo que constituyó el segundo avatar de la conciencia indiana. Fué la primera el alma del indio; pero la patria elemental que él concibiera, elevábase por esta otra á una dignidad universal y civil. El primitivo aborigen, con su patria sensual y geográfica, renacía en el núcleo de esta nueva

Digitized by Google

conciencia, pero ennoblecido por un ensueño democrático.

Para dar cima á ese ideal como conductores de su pueblo, los hidalgos criollos habían sido admirablemente forjados por el atavismo, el medio ambiente y la educación. El atavismo, salvo ligeras mestizaciones, les adhería al viejo tronco hispánico, salvando en ellos, para después de la guerra, la continuidad de nuestra historia; el medio ambiente les arraigaba en la tierra indiana y les unía, por afinidad de emoción, al alma de los indios y de todos los hombres futuros que hubiesen de nacer en este suelo; y, por fin, la educación abría sus inteligencias á la comprensión de las ideas universales, preparándoles para la obra difícil de la libertad y del progreso. Instinto, sensibilidad é inteligencia, las tres sumábanse, por los antedichos factores, en la unidad vibrante de sus almas indianas. Por eso llegó su obra á magnitudes heroicas; por eso nuestra guerra no significó un retroceso para la civilización; por eso la conflagración beligerante se extendió á toda la tierra indiana; por eso el nombre de «criollo», restringido en la colonia al hijo del europeo, se aplicó después á todo nativo

Digitized by Google

insurgente, así fuese indio ó esclavo; por eso «criollo», «patriota» y «americano» fueron las tres divisas de la independencia, frente á «godo», «realista» y español, con que se designaba al ejército metropolitano; por eso el porteño Castelli lanzaba en quichúa sus manifiestos á los pueblos del norte y éstos, en Salta, venían á las puertas de la casa de Guruchaga donde se alojó, cantándole esta copla en castellano, al son de sus tamboriles y charangas:

A nosotros toca
la dominación
de cuanto en sí encierra
la indiana nación.

XXIII

La libertad hispanoamericana y la constitución de nuestras nacionalidades, no fué cuestión de razas, en el sentido estricto de este vocablo. Fincó en la tierra y el ideal indianos, por eso

Digitized by Google

fraternizaron en la obra todos los nativos, ya fuesen caucásicos europeos como Alvear, semitas africanos como Falucho, ó cobrizos indígenas como los aliados del ejército de Buenos Aires en el Alto Perú. Si hubiera sido cuestión de raza, los hidalgos criollos que teorizaron y propagaron la revolución, habrían estado con los españoles de quienes descendían, pues casi todos ellos mostraban ejecutoria de nobleza ó prueba de sangre. Españoles eran, además, no sólo por la genealogía y el nombre, sino por el tipo, la lengua, la religión, el vestido, las costumbres y hasta las universidades donde habían estudiado. Eran indianos sólo por la cuna y muchos lo eran en primera generación; pero eso bastó para contrarrestar, por la caracterización del ambiente ó la atracción del suelo nativo, todas las influencias atávicas. Patriota como el doctor don Francisco Guruchaga, diputado por el cabildo de Salta, á la junta de 1810, era no sólo vástago de pura cepa española, sino vástago de noble alcurnia, arrancado á su tierra natal durante la infancia y llevado á España donde estudió y vivió en el medio de las altas clases hasta 1808. En caso análogo se encontraban Alvear,

Digitized by Google

San Martín ỳ Belgrano, y casi todos los hombres célebres de la Revolución. Pero convino á la política de aquel instante y á la obra docente de los publicistas que narraron su historia, explotar todas las pasiones que pudieran coadyuvar á la guerra, incluso el odio al español que bullía en el ánimo del gaucho despojado por el abuso de alcaldes y corregidores, del indio explotado en la servidumbre feudal de las estancias, del mulato injuriado por el blanco, del esclavo vendido por su amo, del cholo excluído de la sociedad; y aunque muchas veces fuera ese hidalgo criollo el enemigo del gaucho en el estrado judicial, del indio en el latifundio, del mulato en la ciudad, del esclavo en la merca, del cholo en el salón,—llegado el instante de la guerra se unió con ellos en nombre de la cuna común y de la libertad indianas. Correligionarios de los liberales de América fueron los iberales de Cádiz. La emancipación vino, al término de tres siglos, como una fatalidad geográfica, y la nueva sociedad de las Indias, vió germinar aquí ideas sembradas desde los tiempos de Carlos III, mientrás allá se malograron por la inepcia de Carlos IV, por el despotimo napoleónico y por la restauración de todas las monarquías coligadas.

Digitized by Google

Seguir la historia de las naciones tan sólo por sus peripepcias dramáticas, lleva al error en que nosotros hemos sido educados: el creer que las sociedades cambian, substancialmente apenas cambian sus instituciones políticas. Pero si buscamos blanco en la ciudad, del esclavo en la merca, del la continuidad de la historia en la vida pacífica de los hogares y las almas, veréis que después de 1810 seguimos siendo tan españoles por nuestra civilización, como antes de 1810 éramos ya argentinos por nuestro territorio.

La obra de los conquistadores ha sobrevivido para nosotros en tres elementos fundamentales de nuestra constitución espiritual: el honor, que es el régimen de nuestra moral doméstica y sólida base de nuestra familia; el cristianismo, que es la norma sentimental de nuestra vida pública y base de nuestras instituciones; el castellano, que es el idioma de nuestros pensamientos y el signo intelectual de nuestras nacionalidades.

Yo podría hablaros aún de la influencia que las jurisdicciones virreinales han tenido en los límites de estas nuevas repúblicas; podría demostrar cómo nuestro federalismo argentino se ha plasmado

Digitized by Google

alrededor de antiguos centros coloniales; podría igualmente demostraros la escuela democrática que fueron instituciones como los cabildos, los mayorazgos, las universidades; podría asimismo recordar el abolengo peninsular de tantos nombres ilustres por su obra americana, ó nombres de tribus indias protegidas por leyes españolas;—pero yo no quiero inducir á favor de esa continuidad intrahistórica, accidentes que afecten á la organización externa de los estados, ó á la psicología personal de sus individuos. Hablo aquí de una cosa antes no dilucidada en nuestro país: la constitución espiritual del pueblo argentino.

Yerran asaz quienes crean que nuestro pueblo modificará su íntima constitución espiritual, porque después de 1810, España haya dejado de enviar á Buenos Aires sus virreyes, y porque después de 1910 Italia siga enviándonos su inmigración é Inglaterra sus capitales. Inmigrantes y capitales todo será absorbido por la tierra indiana, como lo fueron antes de la Revolución las cosas y los hombres que los virreyes regían. La constitución espiritual de un pueblo—ó sea su efigie interna; la fuerza inmanente de su alma colectiva; la

Digitized by Google

imagen de él que le preexiste y le subsiste; aquello de que sus instituciones, sus riquezas, sus ideas, sus obras todas, no son sino transitorias encarnaciones,—eso se ha definido ya en nuestro país; y como nada se malogra en la historia, la eternidad de nuestro pasado está ya en ella, preñada de futura eternidad.

Reposa la psicología del pueblo argentino ante todo en su poderoso instinto territorial. Este es un elemento común á todos los pueblos, y es algo así como el nexo que une el suelo con la verdadera constitución espiritual del pueblo que lo habita. Por consiguiente, no podrá esclarecerse dicho instinto, sino estudiando las diversas formas en que la conciencia de la propia tierra se manifestara en sus habitantes anteriores, y estudiándola á aquélla tal como hoy la poseemos. Lo primero nos liga directamente á los primitivos indígenas, y hace de ellos nuestros antepasados espirituales, cualquiera que sea nuestro abolengo individual y nuestro nombre de familia. Lo segundo explicará ciertos caracteres secundarios de su psicología: así para nosotros, brotan de nuestro suelo: el valor indomable en la guerra y el optimismo generoso en la

Digitized by Google

paz. Sobre ese instinto fundamental que liga un pueblo á su territorio, los siglos concluyen por definir su espíritu, como la dominación española hízolo con nosotros, dejándonos el sentido caballeresco en la familia, el sentido humanitario en la sociedad, y el sentido idiomático que une por la expresión lo que hay de todo ello en cada uno de nosotros, haciendo la gran alma colectiva con hálitos de nuestras almas.

Por debajo de todos ellos y de las alternativas históricas, la fuerza del indianismo, el influjo de las tierras americanas, está oculto y presente como un instinto colectivo. Por eso cuando el hidalgo criollo proclamó la emancipación en nombre de la libertad — dogma de origen europeo, — todas las muchedumbres nativas le apoyaron, porque ese dogma favorecía aquel instinto. Mas cuando casi todos los hidalgos criollos, acordándose del color de su piel y de la alcurnia de sus linajes personales, quisieron apartarse de las muchedumbres nativas y usufructuar en beneficio propio la conquista amasada con la sangre del pueblo,—entonces la legión gloriosa se trocó en montonera, y atropelló contra los que auspiciaban la monarquía ó contra

Digitized by Google

los que auspiciaban el unitarismo, ó contra los que auspiciaban el «localismo» porteño en contra de la unidad argentina: Moreno contra Liniers, Dorrego contra Rivadavia, Avellaneda contra Tejedor:—fácilmente percibiréis en esas perentorias personificaciones, cuáles fueron movidas por el indianismo territorial, durante los tres períodos en que tales héroes actuaron.

Esa alma argentina brotada de nuestro territorio, cuando ya fué consecuente de sí misma, consciente de su suelo, consciente de la humanidad,—llegó á pedir su sitio entre los pueblos libres agitada por un bello movimiento dramático. Los grandes actos épicos parecían hasta entonces propios de los pueblos que ya hubieran conquistado su personalidad, pero el nuestro la conquistó entre el tumulto y el brillo de sus actos heroicos: llegó flameando al viento una bandera de victorias nunca hasta entonces vista y cantando á sus huestes un himno de libertad nunca oído hasta entonces. Comenzó la jornada guerrera proclamando la igualdad de los hombres en las ruinas de Tiaiguanaco, y terminóla ofreciendo á los desheredados del mundo, el refugio de su tierra y el amparo de su fraternidad.

Digitized by Google

XXIV

El himno que cantara nuestro pueblo desde el primer instante de la gesta, fué un himno fervoroso á la Libertad. Grito de guerra ante te el trono de los virreyes, fué á su vez un salmo de concordia ante el altar de la Patria. El ritmo del decasílabo heroico traducía en su agitación el tumulto de las ansias del pueblo, y la unción de su canto tenía la serenidad de la esperanza... Tal volvemos á oirle, cien años después:—briosa la letra como la acción de aquel día; solemne la música como la unción de su gloria... Deplorable modelo de retóricas, las rimas que le falten ó las sílabas que le sobren, no le han impedido volar sobre los claustros académicos, porque fué lanzado su verso agudo al ámbito donde vuelan las flechas. Para eso no le consagró el veredicto de los certámenes florales, sino un senado de patricios; ni le estrenó el orfeón de las verbenas, sino la épica hueste que

Digitized by Google

cumplía al morir, el juramento del coro, rugiéndole en la batalla por sus mil bocas roncas de sangre:

Coronados de gloria vivamos,
ó juremos con gloria morir.

Ese himno tomó su inspiración en la propia tierra conflagrada donde debía cantarse. A pesar de las reminiscencias clásicas entonces en boga, prefirió la simplicidad y rudeza de las cosas americanas. El único nombre exótico que entre ellas asoma, es el de Marte, pero embelleciendo con su prestigio los rostros bronceados de los nuevos campeones. Fuera de aquélla, todas sus voces han brotado del alma colectiva y se siente á las veces, en su sólida contextura:—«San José, San Lorenzo, Suipacha»—«Potosí, Cochabamba, La Paz»—el áspero laconismo de un mensaje en la guerra—ó en el nervioso decasílabo sus tres acentos golpean:—«¡ Libertad! ¡ libertad! ¡ libertad!»—como tres hondazos indios en el metal de una rodela enemiga.

Cantaba América en castellano contra el castellano opresor, para que éste pudiera saber un día

Digitized by Google

que no la movió en la guerra odio de razas, sino bandos de ideas, pues no en vano estaba con los criollos de Buenos Aires el español Larrea, y con los españoles de Salta el criollo Zorrilla. Luchábamos sólo por la república, al servicio de una forzosa reivindicación indiana; mas cantábamos nuestro credo en castellano para que todos los hermanos de América nos oyesen, hasta en las zonas remotas del viejo Méjico; y para que el mundo al oirlo, supiese que no rompíamos por la independencia el lazo mental que nos ligaba á la civilización europea. Por eso el himno anunciaba á los libres del mundo el advenimiento de la nueva nación,—manifestándose también en ello el instinto de solidaridad humana que presidió nuestra historia.

La nueva patria, todavía latente en el sueño de sus fundadores, aparece en el himno multiforme y quimérica como una deidad. Ora es Buenos Aires que se pone, como en la sexta estrofa, al frente de los pueblos unidos. Ora es, como en la estrofa final, toda la América, cuyo nombre resuena desde un polo hasta el otro en el clarín de la fama. Y es que las nacionalidades hispánicas constituyéronse más tarde, creando formas externas necesarias á

Digitized by Google

la evolución de nuestros pueblos, en tanto que el himno, inspirado por el esfuerzo mismo de la guerra, brotó del alma indiana, en ese instante de convulsión emancipadora, que concentraba en la estirpe criolla, el amor de todas las comarcas americanas y el recuerdo de todas sus encarnaciones históricas. Ese canto glorificaba el heroísmo argentino, vencedor en San Lorenzo, en Suipacha, en Salta, en Tucumán; pero vibraba de cólera patria al ver á los enemigos comunes esparciendo el horror y la muerte sobre el lejano Quito ó el «triste Caracas». El indianismo, álgido entonces, nos hacía sentir como propias todas las cosas indianas, á través del espacio y el tiempo. Tal es la emoción que nuestro himno traduce; y siéntola, sobre todo, cuando en la segunda estrofa, su verbo castellano proclama esa unidad histórica de nuestras civilizaciones anteriores, y entronca en el indio la genealagía de la estirpe criolla, cantando en el canto:

Se conmueven del Inca las tumbas,
y en sus huesos revive el ardor,
lo que ve renovando á sus hijos
de la patria el antiguo esplendor.

Digitized by Google

Grito de guerra y salmo de esperanza—nuestro himno contiene en sí dos movimientos espirituales, propios del indianismo en el primer instante de su emancipación: movimiento de agresión el uno contra enemigos accidentales; movimiento de esperanza el otro,—todo él animado por un ensueño de libertad. Era lógico, pues, que pasada la guerra, callaran los clarines de la batalla. El indianismo emancipado y triunfante, no podría desconocer que el adversario de 1810 había dejado de serlo, apenas las legiones realistas abandonaron para siempre nuestro territorio. El pueblo vencido era, ante todo, nuestro progenitor. La gloria de nuestras armas consistía, además, no en haberle vencido, sino en haber usado de la victoria para crear una sociedad más justa, un estado más libre, un pueblo más hospitalario. Renovar entre las labores de la paz rencores que nos habían servido en la demolición de la guerra, era funesto á nuestro destino y contrario á la hidalguía ibérica de nuestras almas. Vilipendiar á España era, por otra parte, vilipendiarnos á nosotros mismos, puesto que su sangre, su familia, su religión, su espíritu, sobrevivían en nosotros,—todo, hasta el idioma

Digitized by Google

en que la mancillábamos. Lo único que la guerra había modificado eran las instituciones políticas, creando las que el indianismo necesitaba para realizar su obra local. Y el himno frenético de 1813 acalló sus estrofas hostiles, cuando á la luz tranquila de la historia, el pueblo argentino vió rampar en un cuartel de sus blasones al león heráldico que la musa guerrera pintó desquijarrado por sus robustos brazos, y rendido á sus plantas... Restablecida la armonía espiritual de los pueblos hispánicos, la nación ha acallado estrofas del odio, como colgó después de la victoria, las armas, los clarines, los pendones con que marchó á la batalla.

Salmo de concordia ante el altar de la Patria, canto de la esperanza y la libertad argentinas,— resuene por los siglos de los siglos, aquella parte del Himno que tiene la serenidad de la esperanza y el entusiasmo de esa libertad. Himno de paz, antífona de amor, loa de gloria, la musa indiana canta en aquellos versos con apolínea serenidad y varonil entusiasmo. La memoria de ninguna ofensa obscurece sus ojos, el ansia de ninguna venganza enronquece su voz. El sentimiento patrio se levanta sobre ellas con la mejestad de los cóndores

Digitized by Google

triunfales sobre la aspereza de las crestas andinas. Generoso y optimista en su juventud, ofrece al mundo sus dones y oye que el mundo lo saluda proclamándole grande. Si habla de la vida la desea eterna y coronada por los laureles del triunfo que conquistó su valor; si habla de la muerte la desea heroica, ó sólo como castigo de una vida sin gloria; si habla de tronos, ya no es de los que destruye sino de los que levanta á la igualdad ennoblecida; si habla de trofeos, ya no es de los que arrebata al vencido, sino de los que trae á la patria como presea de su libertad. Una absoluta confianza hinche el pecho de la raza nueva al modular ese canto, y el gesto militar no asoma entonces sino en el paso denodado con que emprende su marcha hacia el porvenir. Himno que se cantara en Chile, himno que se cantara en el Perú, himno que ha resonado durante un siglo bajo los ámbitos de nuestro cielo,—cuando la muchedumbre coree su música religiosa y solemne, sienta vibrar en sus entrañas el fuego santo de la antigua epopeya; y engrandecido por ese verbo hasta la majestad de su soberanía mire el pueblo en la tierra de la patria su trono, y en el sol de las Indias su diadema.

Digitized by Google

XXV

A la orilla del lago Titicaca, en las altas mesetas donde tuvo su cuna la dinastía de los Incas, quedaban á principios de la revolución, menos destruídos que ahora, los muros de Tiaiguanaco,—resto de las moradas imperiales, del convento de las vírgenes aicllas, de la casa de justicia y del más famoso templo del Sol. Desde lo alto de aquellas rocas mutiladas, que fueron trono de la vieja dinastía y ara del viejo culto, proclamó Castelli, ante las tribus y las legiones de la patria, la liberación del territorio y la igualdad de los nuevos hombres americanos que venían á continuar, en la historia, la interrumpida empresa del indianismo.

La legión emancipadora que á raíz de los sucesos de mayo partiera de Buenos Aires, hallábase un año después en la frontera norte del virreinato. Acampada á la sazón en Laja, había jornadeado la

Digitized by Google

vasta zona que media del Plata al Desaguadero, recibiendo en los pueblos el apoyo de los cabildos provinciales ó la adhesión de los curacas indios en la meseta boliviana. Castelli, que conducía aquel ejército, era la encarnación más viva del espíritu porteño—entusiasta, ligero y locuaz,—cuyas cualidades y defectos poco han cambiado desde entonces. Agente de la emancipación en las provincias, lo mismo la hubiera salvado con su arrojo que la hubiera perdido con su irreflexión. Diez ciudades le vieron á su paso imponer por la sangre ó la palabra el credo democrático de Moreno; pero el ideal de la Junta, tan ponderado en la mente del admirable secretario, simplificábase hasta el jacobinismo en el corazón del intrépido representante. Su verbosidad se derramaba igualmente en el brindis de los banquetes salteños, entre damas gentiles, que ante las tribus estupefactas, en el sermón diabólico de sus misas de Viacha. Libertad é Igualdad eran su único credo: por ambas palabras se declaraba enemigo de Dios y del rey. Las ideas exóticas prendían con facilidad en su inteligencia, pues poseía la mentalidad cosmopolita y escasamente indiana de los hombres del puerto. Pero

Digitized by Google

viajar al interior, volver de nuevo á Chuquisaca, por entre campos conocidos antaño, camino de la universidad, y recibir la hospitalidad de los hogares provincianos; ver á los pueblos indios alzarse en su favor, capitaneados por sus viejos alcaldes, desde Humahuaca hasta Ayohuma; vivir la vida castrense en contacto con los cholos, mestizos de la ciudad, y con los gauchos, mestizos de la campaña, que le enviaban Santiago, Tucumán, Salta, Jujuy y Oruro; sentir todos los días, desde su tienda de guerrero ó desde su caballo de capitán, nacer el sol ó caer la tarde sobre la hermosa tierra americana, grandiosa en esa ruta del Alto Perú— todo ello despertó en su alma porteña el instinto indiano que duerme en la sensibilidad del nativo. Caída en tan brusco chapuzón la cáscara del europeísmo y de universidad que lucía, la pulpa de sus buenas ideas francesas sólo sirvió para nutrirle entonces aquel instinto. Sensual y vanidoso como era, hasta esos dos defectos le ayudaron para encontrar un bello gesto americano el día de la proclamación. Castelli mostró aquel día, por uno de esos actos que sólo la raza inspira, cómo los hombres de Indias podían asimilar sin bastardearse

Digitized by Google

ideas exóticas, y cómo éstas, podían, á través de su sensibilidad, cobrar nuevo significado en las fuentes de la propia tradición, y nueva belleza en el escenario estupendo de los paisajes natales.

La proclamación de la igualdad argentina en las ruinas de Tiaiguanaco, es el acto más lleno de teatral indianismo que haya consignado la historia de nuestra emancipación. Eran aquellas ruinas el monumento más prestigioso de la arquitectura quichúa. Los indios de las inmediaciones le atribuían una data preincaica y un origen divino. Ya en tiempo de la conquista mostraban estas construcciones comienzos de ruina y huellas de una remota antigüedad. En presencia del español Juan Varagas, que tenía encomienda sobre las tribus locales, preguntaba Cieza de León á unos indios, si los Incas habían sido los autores de aquellos palacios. Y los indios al oirle sonreían, asegurando que, según la tradición, eran anteriores al establecimiento de la dinastía. Manco Capac, al fundar el imperio, había vacilado, siendo Titicaca su cuna, si debía establecer cerca de ella su capital. La triple muralla del Cuzco construyéronla los Incas sucesores á imitación de los muros de Tiaiguanaco;

Digitized by Google

pero éstos fueron alzados por manos sobrenaturales en una sola noche. Autorizaban esta creencia el carácter sagrado de su edificio, el tamaño enormísimo de sus bloques transportados hasta allí por un arte misterioso que dejaba atónita á la posteridad, y hasta la leyenda de la alta montaña, tálamo del sabeísmo indiano, donde el Sol y la Luna engendraran á los primeros reyes de la estirpe solar. Autorizábala, igualmente, la vecindad del Titicaca, lago altísimo, cuya belleza y misterio turbaban la fantasía de los naturales.

En torno de aquellas ruinas se congregaron el 25 de mayo de 1811 las tribus y las legiones de la patria. Formaban la democrática legión, vestida de chiripá y armada de tercerolas y lanzas—los gauchos, negros, cholos, mulatos, peones de las campañas ó artesanos de las ciudades. Y engrosaban la muchedumbre, encrespando los suaves collados, todos los pueblos montañeses, que al mando de sus curacas ó caciques tradicionales, habían prestado acatamiento á la Junta de Buenos Aires. Convertidos al cristianismo, pero indígenas puros en su mayoría, veían al Representante como á un restaurador de la antigua vida indiana, pues no otra

Digitized by Google

cosa significaba para ellos la revolución, al oirla alzada contra los amos extranjeros que asesinaron á Atahualpa. Bajo sus ponchos decorados por figuras geométricas al estilo de sus huacas arcaicas ó sus piedras míticas, aquellos millares de indios traían sus hondas y sus chuzos para ofrecerlos á la revolución. Todos venían para oir la palabra de liberación y de igualdad en los labios del hidalgo criollo,—blanco, pero hijo de la tierra como ellos.

Acaso eran los indios, en la simplicidad de su patriotismo territorial, los que mejor sentían la emoción de aquel instante y la sugestión de las ruinas cercanas, inmóviles en su altura de gloria. Pero tanto como ellos, sentíala el jefe blanco, quien volvía por la curva de las ideas universales, al hogar imperecedero del indianismo. La tierra y el ideal identificaban á unos y otros en una sola emoción. Castelli, vanidoso y sensual, debió sentir como ninguno la gloria de aquella escena que él mismo fraguara, al aparecer—la figura arrogante, —sobre las rocas del derruído palacio de la justicia, que aún se llamaban «los escaños del Inca». La mirada de sus ojos profundos pasó quizá por

Digitized by Google

la rumorosa muchedumbre de «*argentinos*», á quienes iba á bautizar con ese nombre, pero bajo la advocación de los viejos dioses tutelares.

El trueno popular de las aclamaciones subió en hurras y aplausos hasta el cielo celeste, como la bandera todavía increada. La luz del claro día destacó mejor sobre las ruinas cercanas, entre las jambas y los ídolos, la línea simple y ruda de sus ornamentaciones. En lo alto de la puerta central, el templo ostentaba la figura del sol esculpida en la piedra, con la nariz triangular, los ojos cuadrados y los rayos poliédricos que fingían extraños mitos vueltos hacia su lumbre en acto de adoración. Y mientras el rumor popular se desvanecía allá lejos, sobre los horizontes y las cumbres, la mirada del Héroe se volvió hacia las ruinas como evocando la sombra de los penates indianos de quienes se sentía solidario y continuador.

En medio del silencio que engrandecía á los hombres y á las montañas, el representante del gobierno libre proclamó la igualdad de los que le oían. Anunció entonces á los pueblos la esperanza de la futura república. Y como preguntase á los indios emancipados qué pedían para su felicidad,

Digitized by Google

le respondieron en coro:—«Abarrante, Tatay!»—¡Aguardiente, señor!, pedían en su jerga, desde lo profundo de la secular ignominia...

No escapaba á los héroes el problema difícil de semejante república. Pero en el frenesí de la tierra y el ideal comunes, se prometían elevar la raza hasta la dignidad de las democracias verdaderas. Desde allá partimos, y las ruinas de Tiaiguanaco nos miraron partir. Ya sin sus vírgenes el convento de las sacerdotisas solares; saqueados por el antiguo invasor los iconos de oro que decoraban el templo, apenas si las vastas murallas ciclópeas se levantaban como un testigo colosal sobre los alcores andinos, integrando en solemnidad y grandeza, la visión de la circundante montaña...

XXVI

Hay en la relación de Aarón Leví—que vosotros ya conocéis,—un instante en que los Mohanes, por boca de su intérprete Francisco

Digitized by Google

el Cacique, declaran nueve razones, cuyo sentido es obscuro. Una de ellas, la quinta, dice: «Un día hablaremos todos, haciendo en este tiempo con la boca: ¡ba, ba, ba, ba!—y saldremos como nos parió la tierra.» Otra es más lacónica, y simplemente dice: «Irá mensajero»... Yo no sé por qué cábala nueva realizaríamos la exégesis; pero bástenos comprender una de ellas, la más clara entre todas: «A los que quisieran venir á vivir con nosotros les daremos tierra»...

Los que tal cosa anunciaban no eran hebreos, como Aarón Leví pretendiese, ni eran tampoco tibetanos ó atlantes. Eran, por asimilación ó creación, indios de América, indios que hace doscientos años ofrecían á los hombres de buena voluntad el don indiano que nosotros debíamos ofrecerles, doscientos años después. Al constituir la unidad nacional con el objeto de afianzar la justicia, consolidar la paz interior, proveer á la defensa común y promover el bienestar general — buscábamos asentar en todos ellos los beneficios de la Libertad para nosotros, para nuestra posteridad y «para todos los hombres del mundo que quieran habitar el suelo argentino». Era, como veis, la promesa an-

Digitized by Google

tigua que los indios de Quito hacían en 1644 á un extranjero: «A los que quisieren venir á vivir con nosotros les daremos tierra»—don de la tierra ahora engrandecido por la promesa de la libertad...

Cuando vuelvo los ojos, con visión religiosa, á lo hondo de nuestro pasado continental, se turba mi alma al descubrir cómo asoman en la primera encarnación del alma indiana, larvas de ideas y sentimientos que en su segundo avatar se han definido como fuerzas colectivas, en lo inmanente de las nuevas sociedades americanas. Venga en buena hora la crítica histórica á aquilatar nuestras fuentes coloniales, á discernir la leyenda de la verdad, y venga asimismo la sociología determinista á demostrar las causas económicas de nuestros cambios externos, ó el origen francés de nuestros ideales revolucionarios, ó el modelo yanqui de nuestras formas constitucionales. Por debajo de todo eso hallaremos siempre un espíritu territorial que aceptaba ó rechazaba la fórmula exótica, y á veces le veremos, así en este caso, creando por sí mismo una fórmula suya como la de 1853. En efecto ¿cuá era el precedente asiático ó europeo que

Digitized by Google

dictaba al numen continental de nuestra América esa promesa fraternal en sus constituciones? ¿Qué nos erigía en legisladores de la humanidad, sino la tierra vasta y desierta de nuestras Indias, en demanda de seres humanos para renovar eternamente su espíritu? ¿Quién nos había enseñado esa actitud hospitalaria que supimos asumir ante el mundo, sino ese mismo numen continental, cuando al ser inminente la expansión ultraoceánica de Europa, dictó palabras de fraternidad á los primitivos caciques de las Antillas ó el Plata y á los suntuosos emperadores de Tezcuco y el Cuzco?

Todo nos induce á creer que nuestro continente, considerado «nuevo» en la historia de la humanidad, éralo también en la formación de la tierra. Aquí en las zonas más australes de América—justamente las que se hallan ligadas á nuestro núcleo del Plata,—muestra mejor que en otras zonas lo novísimo de su formación. Tierras y lagunas saladas, fósiles marítimos en las altas regiones andinas, médanos movibles sobre las pampas atlánticas, bajíos aún cubiertos por las aguas sobre aluviones en ascensión—todo eso parece mostrarnos un continente todavía húmedo y arenoso de su re-

Digitized by Google

ciente génesis marítima. Alzado en medio del Océano como una tierra neutral, fué desde sus orígenes refugio y término de inmigraciones, como si nuestras Indias hubieran nacido para realizar un destino de Fraternidad, necesario á la salud de los hombres, después del Asia que nos diera la visión más profunda de la Muerte, y de Europa que ha realizado la más intensa concepción de la Vida. Obra filosófica, religiosa y contemplativa la primera, llegó al funesto extremo de sus negaciones, inmovilizando al hombre por el fatalismo ó el Nirvana, ante la esfinge negra de la Eternidad. Obra política, mecánica y activa la segunda, ha traído al hombre hasta el morboso individualismo de la civilización actual, generado por el jurismo latino, por el militarismo feudal y por el capitalismo burgués. América—aleccionada por la experiencia de los siglos y por dolores ajenos que á ella misma le tocó padecer,—busca realizar un destino en la fraternidad humana, que concilie por la igualdad, la libertad y la justicia, lo que crearon de bueno los dos continentes predecesores, eludiendo para ello el extremo de los goces egoístas y de las negaciones absolutas.

Digitized by Google

La empresa de los Incas y su imperio expansivo, se me aparece como un grandioso y trunco esfuerzo del alma continental. Ellos se decían enviados del Sol á quien adoraban por padre y por Dios, para unificar los pueblos de América en una ley, una religión y un idioma. La suplantación de las bajas idolatrías locales por el rito solar; de los dialectos autóctonos por el quichúa civilizador; de los caciques bárbaros por el curaca imperial, fueron actos sistemáticos y decisivos en favor de una civilización indiana. La economía interna del imperio, fundaba en una suerte de colectivismo agrario, acentuaba ese carácter democrático y fraternal de la sociedad indiana, donde la aristocracia, más que un privilegio opresor, comportaba las cargas de un protectorado sacerdotal sobre las diversas clases y comarcas del reino. Empresa tan extraordinaria habíase extendido por el sur hasta el Tucumán y Chile, cuando la súbita y vigorosa expansión del alma europea vino á interrumpirla y á malograrla, al salir aquélla de su sede continental. Sus propios reyes habían anunciado el desastre, prestando oído á las voces fatídicas que desde lo oculto de nuestra tierra y nuestro cielo, señalaron

Digitized by Google

la grávida vibración del alma europea, próxima á derramarse sobre el mundo por la imprenta, la navegación, la pólvora, después del Renacimiento, verdadera liberación de la naturaleza, y de la Reforma, verdadera liberación del espíritu.

Destino así bosquejado antes del descubrimiento, acentuóse después de la Emancipación, cuando la conciencia indiana del aborigen ancestral renació en los ideales de la estirpe criolla. Durante los tres siglos coloniales, una nueva unidad espiritual se había constituído, gracias á lo cual el alma de América volvió á revelarse. Era como la antigua de los Incas, sobre la base de una nueva religión: el cristianismo; de un nuevo idioma: el castellano; y de un nuevo gobierno: el virreinal. Esta alma indiana entonces suprimió el único factor que la lesionaba, substituyendo esa oligarquía extranjera por la soberanía continental, y restablecido el equilibrio político, en la democracia y la independencia, aceptó el cristianismo y el castellano como instrumentos tan favorables á su propio destino como al destino de la humanidad.

El fondo intensamente evangélico del sentimiento religioso en América, la índole democrática de

Digitized by Google

todas nuestras instituciones, la unidad del idioma ibérico en la casi totalidad del nuevo mundo, son caminos que nos conducen ya á la realización de un vasto ensueño americano. El ideal de solidaridad humana que es característico de los pueblos del Plata, parece movernos á iniciar en esta parte del mundo la nueva civilización y á realizar este esfuerzo continental por la felicidad de los hombres. El preámbulo de nuestra constitución, credo escrito de donde brotan nuestra política pacifista y nuestra economía de inmigración, es la afirmación más generosa que pueblo alguno haya realizado en favor de todos los hombres. «A los que quieran vivir con nosotros les daremos tierra»—según ya lo decían los indios á Aarón Leví; pero esto no significa—según algunos lo pretenden—que la Argentina haya de ser una sucursal de las naciones ó un asilo de nuestros adversarios. No quiere ella ser factoría de Europa ó sede de diversas colonias extranjeras, pues dejó de ser una colonia de España porque ansiaba las glorias de una patria para la tierra de sus hijos. No quiere América tampoco realizar ese destino de fraternidad humana si ha de ser con sacrificio de su alma y de

Digitized by Google

su tradición. Los que ahora la defendemos de los continentes enemigos, traemos en nuestra fe la fuerza esclarecida del indianismo—antigua, disciplinada y segura como las fuerzas de la naturaleza.

XXVII

El prejuicio caucásico acerca de los indios y el error patriótico acerca de los españoles, han dividido de tal modo la sucesión de nuestras épocas, que la historia y el arte luchan por restablecer en ellas el hilo de la continuidad. Hemos creído que la vida nacional comenzó en el instante preciso del 25 de mayo, y que la nueva sociedad creada por la revolución era totalmente distinta de la sociedad colonial. Con igual extravío de criterio y falta de información, hemos creído que los elementos de las sociedades indígenas no sobrevivieron al descubrimiento, y que las nuevas sociedades creadas por la conquista eran exclusivamente es-

Digitized by Google

pañolas. Atentos á los cambios dramáticos del progreso, nadie quiso escrutar, dentro de las movibles formas externas, la corriente silenciosa intrahistórica, permanente, de nuestra verdadera civilización argentina. Habría bastado meditar sobre el significado geográfico de nuestra propia denominación gentilicia, para comprender que el pueblo creador de la independencia era anterior á la independencia misma, y viejo como el nombre del territorio que ese pueblo habitaba. Igualmente ese pueblo, que tardó tres siglos en constituir su conciencia colectiva, no tenía por únicos antepasados al grupo escaso de conquistadores y colonos, sino á éstos y á los millares de indios anónimos que les ayudaron á abrir caminos, á fundar ciudades, á apacentar ganados, á cultivar sementeras, á explotar minas, á navegar ríos, á someter rebeldes, á procrear criaturas. La tierra argentina, esa era nuestra madre común—tálamo y crisol de la raza. Por consiguiente, es en el indianismo donde ha de buscarse el origen y continuidad de nuestra historia.

El influjo territorial había modificado al indio, abocetando torpemente nuestro tipo futuro, con

Digitized by Google

elementos autóctonos que se remontaban al hombre fósil del pampeano medio, ó con forasteros inmigrantes — peregrinos del Asia, peregrinos del Africa, peregrinos de la sumergida Atlántida. El indio fué como una primera encarnación del alma humana en la historia de nuestro continente; pero el destino de América destruyó la pristina estirpe, refundiendo sus elementos en otro tipo superior.

Para ello la tierra comenzó por adaptar el español al nuevo medio, por diferenciarle su hijo en el criollo, por renovar su sangre en el mestizo, por perpetuar su nombre en el nativo, por dignificar á su esclavo negro en el mulato libre, y fundiendo todos estos elementos con el aborigen precolombiano, tardó trescientos años en crear el tipo nuevo, que se alzó como un segundo avatar de la conciencia indiana.

La estirpe argentina, cuya épica afirmación colectiva empezara en 1810, reconocía por progenitores—en sangre ó en espíritu—al indio y al español. El genio del nativo puro, en lo que tenía de indolente, de supersticioso y de sensual, impurificaba todavía algunos tipos de la segunda creación, incapacitándoles para la comprensión de las ideas

Digitized by Google

universales y la práctica del progreso. Asimismo el genio del conquistador cristiano, en lo que tenía de advenedizo, de autoritario y de europeo, bastardeaba también algunos tipos en el extremo opuesto de las clases elevadas, incapacitándoles para el arraigo de una civilización verdaderamente americana. El ideal que nuestro destino buscaba no podía ser ni en la tribu del Alto Perú que pedía aguardiente á Castelli, su libertador: ni la hueste ebria que seguía las banderas del Chacho, su caudillo; ni el pueblo sedentario que soportaba la tiranía de Ibara, su gobernador. Mas el ideal perseguido no podía ser tampoco, el diputado de 1816 que quería traernos un monarca europeo, ni el constituyente en 1853, que pretendía trabarnos la libertad religiosa, y el estadista contemporáneo que entregaría nuestro patrimonio á la avidez extranjera. Hombres indianos, con sólo el instinto territorial y el heroísmo de su defensa, no nos faltaran, desde el cacique Oberá hasta don Juan Manuel de Rosas; pero esto solo no fuera suficiente á la obra de la civilización. Hombres exotistas, con la pasión del progreso á costa del exterminio, no nos faltaron, tampoco, desde don Juan de Garay

Digitized by Google

hasta don Torcuato de Alvear; pero esto solo no fuera suficiente á la obra del patriotismo. Necesitábase una conciliación de ambos extremos, porque cuando el indianismo faltó del todo, nos dió almas decorativas pero vacuas, como la de Saavedra, y cuando faltó la disciplina de las ideas universales, nos dió almas hermosas pero regresivas, como la de Facundo. Acaso el arquetipo en la primera década de libertad fué Mariano Moreno, en quien la emoción americana y la pasión democrática ardían dentro del ideal humano, como un foco de luz abrillantado por su propio cristal. El parece la personificación efímera excepcionalmente repetida más tarde en el transcurso del siglo—de aquella generación de 1810, que llevaba en el alma el calor genésico de la tierra natal, como los indios, que sentía la «fraternidad» con el sentimiento cristiano de los misioneros que hablaban y cantaban de libertad en la «lengua» de los conquistadores, y que legaba á las generaciones una patria libre, para que en ella realizáramos por la fecundidad prodigiosa de esos cuatro elementos—la tierra, la fraternidad, la libertad y el idioma,—una obra espiritual que llevará más allá de sí misma el nombre del alma argentina.

Digitized by Google

El destino de nuestra América obró como el artífice exigente que destruye á golpes la primera estatua cuando ella no satisface su ambición; pero utilizando en liga de mejor ley el bronce donde plasmó la obra destruída, funde la nueva imagen, buscando siempre, en solidez y belleza la forma de un tipo ideal.

Esta segunda encarnación indiana, estudiada en sus arquetipos representativos de la independencia y la organización nacionales, puede considerarse como el «hombre» que el destino de América necesitaba para incorporarse con una estirpe y una obra propias al acervo de las creaciones universales. No en sus formas embrionarias del mulato, del gaucho, del cholo, del zambo, del compadre—desaparecidos algunos ya, condenados los otros á desaparecer por la cruza, el industrialismo ó la educación—sino en su forma sintética y alta del hidalgo americano, capaz del patriotismo y la civilización, es una estirpe que vivirá en América, que enseñará el modelo de redención á las diversas clases sociales, y que retendrá durante siglos la dirección de su cultura. El fué capaz, por la fascinación de su voz ó la potencia de su brazo, de fun-

Digitized by Google

dir en torno suyo un nuevo pueblo, de elevar hasta las cimas del ideal y del heroísmo á seres individualmente inferiores, de proclamar ante el mundo los más generosos credos de la civilización. A su conjuro, brotó de las obscuras entrañas del pueblo el alma argentina, de pie sobre la tierra que conservaba, fortalecía ó inspiraba en ella las virtudes atávicas de valor, de hidalguía, de orgullo, de generosidad, de optimismo—ardiendo todos á una en el fervor de la patria. Vibrante aún de su luz y de su fuego en algunas mentes selectas, esa alma no desaparecerá, sobre todo si la educación tiende á perpetuarlo, pues las nuevas inmigraciones sólo pueden traer á nuestra tierra, como lo hicieron las antiguas, simiente exótica para un continuo retoñar indiano. Los americanos, sin embargo, se verán impedidos de llegar á esa convicción, si persisten en considerar la propia historia como una cosa discontinua, colonial y subalterna, pero no si la estudian con la autonomía de criterio que el indianismo aconseja, libre de toda servidumbre intelectual ó preconcepto europeo. Esa lenta infiltración europea podría impurificar, pero no destruir al hombre americano tal como le viera el siglo

Digitized by Google

XIX en sus instantes de gloria, puesto que tiene éste en su apoyo la fuerza caracterizante del territorio indiano, la gloria y la experiencia de su pasado, las leyes políticas de la sociedad que gobierna y las disciplinas intelectuales de la educación que dirige. Defendidos por esas conquistas de la historia, perpetuemos el tipo espiritual de los fundadores; sigamos dirigiendo en América la obra de la civilización; elevemos hasta nosotros las clases inferiores de la sociedad; esclarezcamos la conciencia de los nuevos ideales americanos en el alma de los nativos; no perezcamos por insuficiencia como el indio, y seamos tales que la inmigración sólo nos obligue á integraciones ó pérdidas parciales, necesarias á la civilización de América, como quien lima y pule, sin destruir, la refundida estatua del apólogo. Enarbolemos todas las banderas humanas, pero nutramos nuestro espíritu con savia de nuestro suelo y de nuestra estirpe, procurando, ante cada problema, el equilibrio de todas las fuerzas progenitoras dentro de la emoción territorial.

Digitized by Google

XXVIII

Mas he ahí que imprevistos enemigos han aparecido para denostar de esa vieja raza argentina, que hizo la independencia y la organización nacionales; que fundó una patria libre y humana sobre el territorio del Plata colonial; que conquistó en el Sud desiertos inexplorados donde cabría un vasto imperio antiguo; que transmutó en medio siglo de lucha y pensamiento sus ideas é instituciones seculares de quietismo, de aislamiento, de autoridad, por otras de progreso, de fraternidad, de democracia; y que ha producido, en sólo dos generaciones, arquetipos como San Martín, Moreno, Rivadavia ó Sarmiento, Alberdi, Mitre, hombres que en vida prolongada y ardiente, supieron elevarse á la escabrosa altura de los héroes clásicos, adoctrinando á su pueblo con prácticas de labor, de desinterés, de amor, de sacrificio, de inteligencia y de justicia humana.

Digitized by Google

¡Pensad lo que podría llegar á ser este pueblo del Plata que tiene en su tierra y en su raza tales surgentes de idealismo y semejantes moldes de heroicidad! Mucho de la actual grandeza material—agropecuaria—es el producto indirecto de aquella formidable siembra de idealismo, pero olvidando que la pequeña tribu «indiana» sigue entregando su sudor en la proficua gleba, como antes entregaba su sangre en la porfiada batalla, y que de su carne siguen saliendo los actuales conductores de la patria,—se la baldona porque no hizo más, sin ver que el desmirriado y desarmado montón traía á sus espaldas tres siglos de servidumbre colonial, y que tenía delante la extensión aterrorizante de su propio desierto. Fuerzas extraordinarias debe tener en su alma ese pequeño pueblo, si no ha sucumbido en un siglo á las empresas heroicas que voluntariamente se impusiera, á las pestes, ignorancias, guerras y tiranías que lo azotaron; á las promesas de gloria, de riqueza y de redención humana que formuló ante el mundo, y que viene realizando en condiciones sociales y geográficas para sí mismo tan adversas.

Digitized by Google

Cuéntanse los enemigos de esa vieja raza argentina—médula de nuestra raza futura—entre los mismos hombres de afuera, que han venido á pedir su hospitalidad; ó entre sus propios desertores, que visten de materialismo y liberalismo académicos su estolidez claudicante y solemne. Son los clientes y los bastardos de la estirpe del Plata, cuyo blasón quiere ser este libro.

La civilización consiste en ideas, y no hay idea progresiva que no haya sido asimilada ó realizada por esa raza. Argentinos han sido durante el siglo anterior todos los iniciadores de democracia y fraternidad que hemos tenido. A los nombres del francés Jacques, del alemán Burmeister bien podríamos aparear, creo, el de Sarmiento en educación y el de Ameghino en ciencia. Y si no los tuviéramos, eso no acusaría una inferioridad étnica, sino un retardo social, pues la función que realizaron los otros fué conducida por el amparo clarovidente de nuestros propios gobernantes.

La civilización consiste asimismo en hechos, y no se sabe que el instinto obscuro de las muchedumbres ó los pueblos nativos se hayan

Digitized by Google

opuesto nunca á su trasplante ó á su germinación: ferrocarriles, telégrafos, escuelas, puentes, fábricas, alambrados, siembras, todo ha nacido ó venido del Plata con nuestro auspicio, con nuestro aplauso, con nuestra colaboración. ¿Obra del extranjero? ¡Mentira! Mentira feliz que hasta hace poco prosperaba al favor de nuestra indiferencia, y que ya se comienza á rectificar. Obra de solidaridad internacional, en todo caso, y del mecanismo expansivo que tiene la civilización capitalista que hoy impera en el mundo. Por eso han venido los capitales europeos,—que no hubieran venido sin nuestra garantía de orden y nuestro auspicio de progreso, condición de sus lucros. Por eso han venido también los brazos extranjeros, que no hubieran venido sin nuestra legislación y nuestros salarios, redención de su miseria. Obra de solidaridad humana, eso es, en todo caso, nuestro progreso.

¿Por qué negarnos lo que nos pertenece, ó lo que ha de pertenecernos fatalmente con el transcurso del tiempo? ¿Creen estos nuevos «colonizadores» que van á vencer á la vida, que van á vencer á la muerte? Los *capitales* extranjeros que

Digitized by Google

vienen á plantar industrias en la tierra del Plata, vuelven pronto á sus arcas originarias, compensadas por pingües dividendos, y lo que de ellos aquí se radica, torna al cabo en ser «argentino» por razón económica y por razón territorial. Los hombres extranjeros que vienen á elaborar riquezas en la tierra del Plata, vuelven pronto á sus patrias originarias, bien pagados por su labor, ó mueren aquí, redimidos; y lo que de ellos sobrevive en sus hijos es «argentino» por razón psicológica y por razón territorial. Las ideas extranjeras que vienen á crear cultura en la tierra del Plata, aquí se transforman en la medida del medio para encarnarse y vivir, pero ya se sabe que las ideas no son patrimonio de las patrias actuales. ¡Ideas francesas!... ¡Ideas italianas!... ¡Ideas alemanas!... Esto, ¿qué significa? Ideas grecolatinas, en todo caso. Ideas cristianas ó budistas, más bien. Ideas humanas, en realidad. No tienen patria la luz expansiva, ni el sonido vibrante. Dhyanes de redención humana sobre la angustiosa tierra, eso son las ideas. ¡No luchéis contra nuestra raza, enemigos! ¡No os obstinéis contra nuestra vida, extranjeros! ¡Todo ha de ser argentino sobre la tierra argentina!

Digitized by Google

XXIX

No es algo nunca visto lo que en este libro de meditaciones y de evocaciones anuncio. La historia, que es experiencia hūmana, recuérdanos que ha de realizar aquí la tierra, eso que realizó ya con los hombres, en otras partes del globo, y aun aquí mismo. El fenómeno de inmigración no es nuevo en América, ni exclusivo de este continente. Aseméjase, por él, nuestra historia, á la de todos los pueblos, y diferénciase de éstos por la diversidad de nuestros caracteres telúricos, y de los hombres é ideas extranjeras asimiladas ó regeneradas por la tierra del Plata.

España, por ejemplo, fué asiento de colonias fenicias, de colonias cartaginesas, de colonias griegas, de colonias romanas, de colonias árabes; pero cuando el pueblo castellano fundó su nacionalidad, fué porque el ambiente de las tierras ibéricas había creado un tipo y una civili-

Digitized by Google

zación locales, con celtas, íberos, latinos, árabes y visigodos,—extranjeros todos por sus orígenes territoriales, pero españoles por su posteridad en el suelo de España.

El reino británico, hoy tan fuerte y característico, es también un producto de imaginaciones y conquistas continentales, que modificaron el espíritu de los aborígenes—así los celtas en Irlanda y los sajones en Inglaterra,—ó que cambiaron con la invasión normanda, lengua, costumbres y gobierno, pero generando, no nuevos normandos, como los extranjeros, sino el moderno tipo británico.

Francia, igualmente, ve al bárbaro primitivo de las Galias someterse á Roma; muda bajo la dominación imperial, idioma, religión, traje y gobierno; mestízase, caído el imperio, con los pueblos francos que la invaden, y de todo eso brota la Francia ruda de Luis XI y de Rabelais, cuyas modificaciones ulteriores fueron espirituales y lentas, como obra del progreso y la educación.

Y vosotros, italianos de hoy que os creéis descendientes directos de los estruscos cuyas joyas

Digitized by Google

y vasos magníficos yacen en las entrañas de la península itálica, vosotros descendéis de egipcios, de griegos, de árabes, de fenicios, de berberiscos, de españoles, de galos, de judíos, de francos, de godos, de longobardos,—todas gentes que nacieron fuera de Italia, y que vinieron, en son de guerra ó en demanda de hogar, á crear vuestro verdadero abolengo, á crear la nueva raza de Italia.

Al igual de esas tierras, las Indias recibieron durante tres siglos al colonizador castellano y crearon, mezclándose con el indio, el *criollo* del siglo XIX; como antes habían recibido al invasor que venía del Asia misteriosa ó de la Atlántida sumergida, y creado, mezclándole ó no con su primer autóctono, el *indio,* inca ó azteca, del siglo XVI, que los españoles del descubrimiento encontraron.

Renuncien, pues, los extranjeros de la inmigración á torcer esa ley de la vida en la planta, fundamento de razas y de patrias. Renuncien igualmente á ello, los anunciadores de una fraternidad materialista, que no sería sino la convivencia de hombres heterogéneos en una sorda

Digitized by Google

hostilidad babílica. Pónganse unos y otros del lado de esta fórmula nueva y racional, revelada por la historia; fórmula que es indianismo cuando mira á la tierra y á la raza, y que es nacionalismo cuando mira al Estado y á la civilización. Hombres de Italia, renunciad á italianizarnos. Hombres de Francia, renunciad á galicanizarnos. Hombres de Alemania, renunciad á germanizarnos. Hombres de Inglaterra, renunciad á britanizarnos. No lo podríais. No lo queremos tampoco. Aprended la lección de Norteamérica, hombres. Aprended la experiencia de España, reyes.

La inmigración moderna, constituída por hombres de esas y otras nacionalidades, se diferencian de las antiguas en que es *individual y pacífica,* no como las que sus propios países soportaron, ó como la que España realizó en América, *colectivas y armadas,* ó las más remotas inmigraciones tibetanas y atlánticas, en los siglos precolombianos. Este nuevo período de inmigración, siendo pacífico, se diferencia también del otro de la conquista, en que será susceptible de direcciones intelectuales. Los que nos mantenemos fieles á la tradición sin identificarnos con

Digitized by Google

ella, podremos imponer el cauce á las nuevas corrientes espirituales y humanas. Para ello era necesario establecer la verdad histórica, rehacer en el pueblo argentino la conciencia de su territorio, ó sea restaurar en el Blasón de Plata de nuestra raza, los cuarteles desdorados de su tradición, y el esplendor de sus emblemas heráldicos. He ahí el esfuerzo de emoción patriótica y de idealismo humano que representa este libro.

Venid, todos, pues, á colaborar en nuestra causa de cultura, porque está próximo el día en que sobre el suelo argentino, el inglés no sea un inglés, ni el francés un francés, ni el italiano un italiano, ni el alemán un alemán, ni el judío un judío, ni el árabe un árabe. Próximos están los días de esa magna pascua indiana, en que desde el Plata á los Andes, bajo el sol de los Incas, una nueva estirpe del Sol se proclame «argentina»— por la sangre ó por el ideal.

Aprended todos, inmigrantes nostálgicos que recordáis á la patria lejana; cónsules que les defendéis hasta creerles con privilegios; reyes que tendéis sobre el mar, por vuestros ojos azules, la miradá atávica de los antepasados conquista-

Digitized by Google

dores y rapaces:—aprended, todos, que comienza á ser una realidad el anuncio de «la nueva y gloriosa reacción» que el verso brioso del Himno preludiaba,—brioso como un joven corcel que piafa y salta porque va á emprender, sobre la pampa amanecida, su carrera libre, con la crin al viento.

Aprended, mentores y soñadores de una fraternidad bárbara, de un cosmopolitismo regresivo, de un idealismo absurdo y—anarquistas, nihilistas, sensualistas, nietzscheanos, herveístas—que va á quedar sordo para vuestra voz el aire de este ámbito matinal que antes la conducía, porque otro credo más noble, más fino, más humano, más piadoso, más fraternal, más justiciero, más clarovidente, más libertador, más progresivo—más «argentino» en vibración y en idea,—ha llegado para la juventud de nuestra América. El triunfo del cosmopolitismo y del individualismo, no puede ser sino un retardo para la civilización. Nada nuevo nos han traído, que, si fuese bueno, no estuviese ya, como historia ó como profecía, simbolizado en los emblemas del Blasón que restauro. Forma visible

Digitized by Google

de todo ello es nuestro escudo cívico, donde las manos entrelazadas de la fraternidad sostienen el gorro frigio de la libertad, sobre una línea recta de igualdad que divide el campo verdoso, cuyo círculo es de justicia. Y todavía tiene símbolos de paz en los olivos, símbolos de gloria en los laureles, símbolos de fuerza en las armas, símbolos de nuestra propia vida en el dorado sol naciente.

XXX

Nuestra historia de cinco siglos no se hubiera realizado, sin esa tierra legendaria que tentó al conquistador, que asimiló al inmigrante de otras épocas, que caracterizó el ser descendiente, que le alió al aborigen en la unidad de un pueblo, y que hizo el alma argentina, valiente, generosa, altiva y optimista.

La tierra indiana ha sido nuestra cuna y nuestro Blasón; la tradición argentina encuentra en

Digitized by Google

ella su origen y su continuidad, se bautiza en las aguas natales de nuestro río, se nutre en el lino fecundo de nuestras pampas, se corona de luz en la cima inviolada de sus montañas, se embellece en la fuente de las leyendas territoriales que he narrado, y tomando de la herencia incaica la única parte que le correspondía, finge de azul y sol, bajo los cielos australes, la simbólica gloria de su bandera.

Nuestra bandera simboliza esa tierra.

No es la divisa de un gobierno, ni de un partido político, ni de una dinastía reinante, ni de una secta religiosa. No simboliza armas transitorias, parciales ú hostiles. Es el emblema de una entidad permanente, absoluta, sagrada: es el misterio mismo de la tierra donde nacemos sin haberla elegido, donde vivimos sin alcanzar la dicha, donde morimos sin revelar su misterio. No hay en las naciones feudales una semejante, porque todas están enrojecidas en la sangre de antiguos crímenes, ó ennegrecidas en la sombra de inconfesables horrores, ó tatuadas por la heráldica de la violencia, de la ignorancia ó el error. No lleva la nuestra sobre su paño las es-

Digitized by Google

tilizadas lises del privilegio; ni la cándida media-luna del fanatismo; ni las monstruosas águilas de la fuerza. Apenas si es azul, junto á la banda blanca donde fulgura en oro el sol de Dios, único emblema de su seda.

Cuando el día de su juramento, en el Salado del Norte, la hueste patria la vió ondear en el aire por la primera vez, creyóla una flotante nébula nacida de las riberas australes, dorada en medio por un campo de sol, y azulada en los bordes por un reflejo de los cielos. Así fué como, para el alma serena del inventor, la entraña de la patria, idealizándose en el vaho de las aguas epóminas, se convirtió en bandera.

Hálitos de la tierra, cuna y sepulcro del hombre, han formado ese lábaro. Todo es noble y eterno en su símbolo. Nuestro suelo argentino, nuestro suelo de plata, como el blasón congénere, está en el blanco heráldico de su paño,—el metal que en la ciencia de los armoriales es además fuerza y paz.

Nuestro cielo infinito y nuevo como una esperanza, donde brillan las pléyades germinadoras y la cruz del Sud fraterna, trasúntase en el azul

Digitized by Google

celeste, cuyo color es un emblema de voluntad y de amor. La inteligencia está, por fin, simbolizada en el sol que es su mejor empresa; emblema de tradición incáica, de iniciación apolínea, de renovación universal. Ya veis si ese pabellón puede servir de enseña á todos los hombres y á todos los ideales.

¿A qué prender en su asta heroica y febea el trapo rojo de la reivindicación socialista? No hay justicia democrática que no esté contenida en las posibilidades ideales de nuestra Revolución—formidable tormenta de aquella nube, la blanca nube azul de nuestra bandera. Alzad divisas rojas en Europa, divisas de púrpura igualitaria, de sangre vengadora, de fuego purificador. Alzadlas allí, obreros que no podéis hacer flamear en el asta de vuestras ágoras, el trapo negro, ó amarillo, ó verde de las divisas feudales: la bandera del Sultán, la bandera del Emperador, la bandera del Papa. Esta blanca y azul, es la bandera de una Revolución, es la bandera de un pueblo. El trapo rojo, en cambio, ha sido en América la enseña del crimen, del despotismo y de la barbarie. Esa blanca y azul debe ser la de nuestra justicia.

Digitized by Google

¿A qué elevar tampoco, en abigarrado ornamento, lábaros de otras patrias junto á ella? Hombres de la inmigración que exornáis con la extraña vuestros palacios:—¿No comprendéis que al abandonar vuestras patrias, murieron ellas en vosotros, como el árbol deja de estar en la hoja que cae? ¿No sentís que como la hoja desprendida abona el suelo donde rueda, vosotros vais á fecundar la tierra que os recibe? ¿No sabéis que cuando la patria deja de estar en la tierra donde hemos nacido, se halla en la tierra donde vamos á morir, porque ésta guarda el reposo, la eternidad, el destino, lo que no hallasteis en vuestra cuna? ¿Por qué rechazar la sombra de esta bandera celeste y blanca, símbolo de la tierra y de la vida? Ignoráis que en su banda de plata, negáis el suelo donde se asienta vuestra casa; y en su banda de azur, el aire donde respira vuestro pecho; y en su sol apolíneo, las armonías de la justicia, de la verdad y del arte?

Venid, pues, hacia la columna de los hombres de Mayo; venid hacia la columna de los viejos hombres color de tierra, de madera y de bronce; venid, regocijados, al son del Himno libertador,

Digitized by Google

himno del pueblo como una sanción del trabajo; venid, hombres de todas las razas oprimidas y de todos los credos democráticos, á fortalecer con vuestra múltiple voz el canto argentino, á engrandecer la secular columna de hombres libres á cuyo frente flota y va, como una nébula en su turbio río, la bandera del sol, la bandera de plata, la bandera de azul, para que entre el tumulto de los otros pueblos y entre la gloria de las otras banderas, llegue también la nuestra, según el anuncio de su vidente, al pie del trono del Altísimo, como una inmaculada enseña de justicia, de redención y de luz.

LAVS TERRAE

Digitized by Google

Digitized by Google

ÍNDICE

Págs.

PRÓLOGO 13

BLASON DE PLATA

I.—De cómo y por qué en el alma paladinesca de los Conquistadores, floreció nuestra leyenda de Plata 21

II.—De qué varias maneras los cosmógrafos y soldados del Rey describían, en Castilla y las Indias, el Río maravilloso 27

III.—De cómo la influencia epónima de este mito fluvial llegó á más apartadas y fragosas comarcas 34

IV.—En qué se trata de por qué, cuándo y cómo, los pueblos montañeses de Cuyo, atraídos por el Plata, se disgregaron del Reino de Chile 41

V.—Donde se habla de la misteriosa Patagonia y de la venturosa Ciudad de los Césares que en ella florecía 47

Digitized by Google

Págs.

VI.—De cómo se amojonó, sobre las comarcas más remotas, el hospitalario hogar de los hijos del Plata 56

VII.—Del Tucumán, y de la embajada que enviaron al Inca Viracocha, y del primer gobernador castellano que llegó al Plata. 63

VIII.—Dónde se nombra á los aborígenes argentinos y se señala la dificultad de rememorar á tan numerosas tribus 71

IX.—De lo que contara el judío Aarón Leví, y lo que sostenían los Padres de la Iglesia, con la fe de los Libros Santos, sobre el origen de los Indios 79

X.—Dónde se sigue con el origen de los Indios, y se habla del hombre prehistórico de la pampa, y de gigantes y enanos y otros monstruos 87

XI.—Dónde se describe cómo llegó Colón al Río de los Mares, y la escena del Duche, que el autor interpreta como un rito de la fraternidad 95

XII.—Dónde se cuenta la hospitalidad con que los primitivos dueños de las tierras del Plata recibían á los navegantes 102

XIII.—Que recuerda la funesta profecía del Rey Nezahualcoyotl, en Tezcuco, y el pre-

Digitized by Google

Págs.

sagio de la Luna, en el Cuzco, bajo el reinado de Huayna Capac 109

XIV.—De cómo, cumplidos los presagios, el aborigen indianizara el alma del Conquistador, y éste hispanizara su gobierno social 117

XV.—De cómo el espíritu de las tierras argentinas pasaba al hijo del hombre blanco por la carne terreña de las madres indias 126

XVI.—Donde se traza, con palabra oportuna, una silueta del antepasado Conquistador en heroica rebusca de Trapalabandas y Quiviras. 134

XVII.—En que se evoca la rebelión de las tierras del Plata contra sus opresores extranjeros, y se describe la muerte simbólica del Cacique Oberá 139

XVIII.—En que se reinvindica la memoria de los individuos muertos y se dice lo que de ellos sobrevive en nuestras tierras y nuestras almas 147

XIX.—Del Indianismo y el Exotismo, síntesis que el autor propone en cambio de la de «Civilización y Barbarie» 155

XX.—De cómo y por qué se trajeron esclavos

Digitized by Google

Págs.

negros al Plata, y de las variedades sociales que hibridaban la estirpe criolla. . . 164

XXI.—De cómo el hijo indiano de los blancos extranjeros—flor de hidalguía y de valor—fundió con un ideal, toda esa hueste de almas 173

XXII.—Donde se explica por el indianismo lo que en los hombres de la nueva estirpe, llamada americana, ó criolla, había de común 182

XXIII.—De cómo el Grito de Mayo y la emancipación, nuestra mayor hazaña, no fué sino una reconquista del espíritu indio sobre su territorio 189

XXIV.—Donde se hace un comentario de nuestro Himno Patrio, considerándole como expresión de esa fuerza emancipadora. 197

XXV.—De la escena en que el Representante de la Junta del Plata, desde las ruinas incaicas de Tiaiguanaco, proclamó la unidad histórica y territorial de los pueblos indianos. 204

XXVI.—De cómo el Preámbulo de nuestra Constitución integró aquel voto de Soberanía y de Igualdad, con una promesa de Justicia. 211

Digitized by Google

Págs.

XXVII.—Dónde se afirma que los herederos de la gloria del Plata no hemos consumado aún la obra de la emancipación . . . 219

XXVIII.—De cómo el Indianismo emancipador vese hoy otra vez amenazado por fuerzas exóticas y enemigas 227

XXIX.—Donde se dice que una victoria de tales fuerzas no sería sino efímeros retardos, estériles para la Civilización . . . 232

XXX.—Donde se anuncia, por una alegoría de nuestra Bandera, la victoria definitiva de los hijos del Plata 238

Digitized by Google

Digitized by Google

ESCRIBÍ ESTE BLASÓN DE PLATA EL AÑO C
DE NUESTRA LIBERTAD; Y LOS TALLE-
RES DE GRANADA Y C.ª TERMI-
NARON DE IMPRIMIRLO EL
DÍA 20 DE FEBRERO
DE 1912

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

DATE DUE			

STANFORD UNIVERSITY LIBRARIES
STANFORD, CALIFORNIA 94305-6004

Digitized by Google GAYLORD

Digitized by Google